

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
PUBLICACIONES DE LA SECCIÓN DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Nº 1

LOS PARADEROS

DE LA MARGEN DERECHA

DEL RÍO MALABRIGO

(DEPARTAMENTO DE RECONQUISTA, PROV. SANTA FE)

POR

JOAQUÍN FRENGUELLI y FRANCISCO DE APARICIO

Profesores en la Sección

De los ANALES DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN, tomo I, páginas 7-112

PARANÁ
REPÚBLICA ARGENTINA

1923

FRENGUELLI-

3

LOS PARADEROS DE LA MARGEN DERECHA DEL RÍO MALABRIGO

(DEPARTAMENTO DE RECONQUISTA, PROV. DE SANTA FE)

Por JOAQUÍN FRENGUELLI y FRANCISCO DE APARICIO

ANTECEDENTES

La sección de Historia y Geografía de la Facultad de ciencias de la Educación ha proyectado un plan metódico de investigaciones, a fin de contribuir — dentro del campo de sus actividades — al estudio de los distintos problemas científicos directamente vinculados a la región que sirve de asiento a la Universidad.

La realización de ese plan — que estaría a cargo de los diversos profesores de la casa y que habría de llevarse a cabo, en la medida de lo posible, con la colaboración de los alumnos — se ha entorpecido, en la forma que es de imaginar, debido a la inestabilidad en que se ha desenvuelto hasta hoy el nuevo organismo universitario, así como a la falta absoluta de recursos.

Sin embargo, si bien las circunstancias anotadas han impedido la ejecución de trabajos intensivos, que demandarían fuertes gastos, no han sido obstáculo para que algunos profesores realizaran, por su propia iniciativa, reconocimientos preliminares de exploración que les permitirán abordar de lleno las investigaciones propiamente dichas una vez que se disponga de los medios necesarios para llevarlas a la práctica.

Preparando la realización de ese plan, los autores del presente trabajo han recorrido numerosas localidades de la provincia de Santa Fe, en la extensa área que media entre Reconquista y Puerto Gaboto, dando preferente atención a las zonas bañadas por los principales tributarios del Paraná. Los estudios realizados en regiones distantes de los cursos de agua han sido, arqueológicamente, infructuosos; sin embargo, en las proximidades de la estación Soledad hemos podido constatar la existencia de un paradero indígena, en las márgenes de un antiguo cauce, que parece haber tenido en otro

tiempo un apreciable caudal de agua y que en la actualidad sólo constituye una pequeña cañada temporaria. Como abundan en la provincia cauces de esta índole evidenciando un profundo cambio hidrológico, no es difícil que su estudio detenido pueda dar lugar a hallazgos de importancia.

En la carta esquemática adjunta (lámina I) se han indicado los yacimientos arqueológicos que personalmente hemos reconocido. Excepción hecha de Puerto Gaboto, localidad que fuera ya objeto de exploraciones anteriores, ninguno de los yacimientos anotados en la provincia de Santa Fe ha figurado hasta hoy en la bibliografía arqueológica argentina.

Como, en la mayoría de los casos, sólo hemos realizado reconocimientos superficiales que no permiten clasificar con precisión el tipo de yacimiento, hemos creído conveniente generalizar la común denominación de *paradero*, adoptando el signo correspondiente del proyecto de leyendas propuesto por Boman y Torres (1).

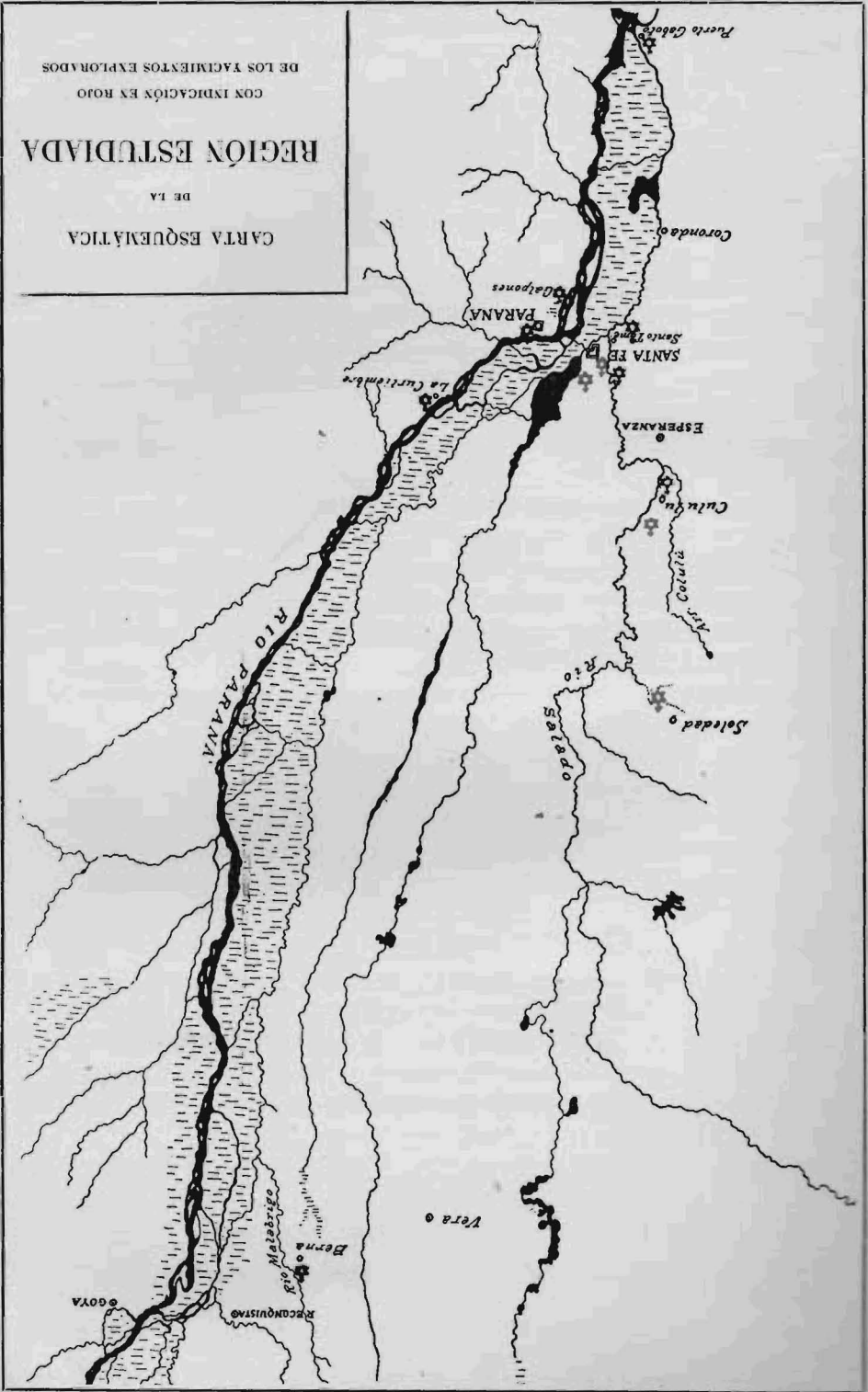
Es de justicia advertir que tales estudios han podido realizarse gracias a la ayuda y colaboración de instituciones y particulares que, en todo momento, se ofrecieron para facilitar nuestras investigaciones.

Debemos, en primer término, exteriorizar nuestro agradecimiento a los directores de la empresa del ferrocarril de Santa Fe, bajo cuyos auspicios se realizaron los trabajos de exploración de los yacimientos que en el presente ensayo se estudian.

Como se verá más adelante, la empresa es propietaria del campo que fué asiento de los antiguos paraderos, y efectúa en él obras de desmonte para extraer balasto. En el curso de esos trabajos aparecieron algunas piezas de interés arqueológico, que la empresa puso a disposición de la Facultad y fueron ya objeto de estudio por parte de uno de nosotros. Posteriormente, como los hallazgos continuaran, fueron invitados los profesores que se interesaran a trasladarse al lugar de los descubrimientos. Aceptada por nosotros la gentil invitación, la empresa, luego de brindarnos todo género de comodidades para nuestro traslado y alojamiento en los campos del Malabrigo, puso a nuestra disposición todos los elementos que estimáramos necesarios para realizar nuestras investigaciones. Fruto de esa generosidad — por desgracia, tan poco frecuente — es el trabajo que hoy damos a luz.

(1) ERIC BOMAN Y LUIS MARÍA TORRES, *Proyecto de leyenda uniforme para mapas arqueológicos*, en *Primera reunión de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, Tucumán, 1916*, Buenos Aires, 1919.

CARTA ESQUEMÁTICA
 DE LA
 REGIÓN ESTUDIADA
 CON INDICACIÓN EN ROJO
 DE LOS YACIMIENTOS EXPLORADOS



ESTUDIO GEOLÓGICO DEL VALLE DEL RÍO MALABRIGO

en las adyacencias de los yacimientos explorados ⁽¹⁾

El paraje, objeto del presente estudio, se halla sobre la margen derecha del río Malabrigo, en la proximidad de su desembocadura en el río San Javier, límite de los anegadizos del río Paraná, a lo largo del litoral santafecino.

Situado en el distrito de Reconquista, al nordeste de la provincia de Santa Fe, forma un área triangular cuyos lados están constituídos: al este, por el río Malabrigo; al sudoeste, por el arroyo Palometa, afluente del anterior, en su margen derecha, y al noroeste por la sección del ramal de Vera a Reconquista (F. C. S. F.), que corre entre el desvío kilómetro 297 y el puente sobre el Malabrigo.

En la localidad se conoce el paraje bajo el nombre de « Campo de las tres lomas ». Desde el punto de vista zoológico y fitográfico está situado en la « subregión litoral norte » de Delachaux ⁽²⁾, formando parte de una zona de transición (Chaco santafecino) entre la región chaqueña y la del monte oriental, en el concepto de Holmberg ⁽³⁾, la cual, a su vez, constituye la zona periférica de la estepa pampeana.

Fisiográficamente está comprendida dentro de la zona que recientemente ⁽⁴⁾ he denominado « pampa baja », caracterizada, especialmente, por la morfología de los valles fluviales que muestran las huellas de tres ciclos erosivos, consecutivos y escalonados a lo largo de laderas amplias y suavemente inclinadas.

En efecto, el río Malabrigo corre formando complicados meandros entre barrancas de excavación muy reciente (3^{er} ciclo) en el fondo de un valle maduro más amplio (2^o ciclo) embutido a su vez dentro de otro valle madurísimo de mayor amplitud aún (1^{er} ciclo). Esta disposición puede observarse claramente en el perfil A de la lámina III, que corresponde a la forma de la superficie del terreno cruzado por la vía férrea, entre los kilómetros 293 (estación Berna) y 301 del ramal mencionado. Los tres valles, correspondientes a rejuvenecimientos erosivos, determinados por leves *saccades* ascendentes, miden un ancho aproximativo de 2800, 1300 y 40 metros respectivamente.

El último, provocado por un rejuvenecimiento, que puede considerarse

⁽¹⁾ Las fotografías de la presente parte fueron tomadas por el señor Aparicio y el autor y los dibujos fueron ejecutados por este último.

⁽²⁾ E. DELACHAUX, *Las regiones físicas de la República Argentina*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XV, página 102, Buenos Aires, 1908.

⁽³⁾ E. HOLMBERG, *La flora de la República Argentina*, en *Segundo censo*, páginas 385 a 476, Buenos Aires, 1898.

⁽⁴⁾ J. FRENGUELLI, *Algunos datos sobre la falla del río Paraná y la estructura de sus labios*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XLIX, páginas 189 a 278, Buenos Aires, 1922.

recién comenzado, es el cauce por el cual corren las aguas del río actual. No siempre ocupa el eje del valle del ciclo anterior, por el contrario, divaga con sus meandros encajonados, entre ambos bordes de éste, alcanzándolos a veces y hasta afectándolos con erosiones laterales (fig. 1).

A la altura del « Campo de las tres lomas » el cauce del río Malabrigo se aproxima mucho al borde izquierdo del valle mayor, dejando a su derecha una zona de 1000 a 1200 metros de ancho, constituida por el suelo del valle, la cual comprende la mayor parte del área triangular arriba mencionada.

Análoga disposición se observa en el arroyo Palometa. Pero siendo, sin duda, de edad más reciente, carece del valle más amplio (1^{er} ciclo) de cursos mayores; por lo tanto el cauce actual, encajonado entre barrancas, corre con un ancho de 9 a 10 metros, en el fondo de un valle, de 300 a 350 metros de sección transversal, modelado por el 2^o ciclo sobre la ladera derecha del valle del 1^{er} ciclo del río Malabrigo.

Al cruzar el « Campo de las tres lomas », el arroyo Palometa ocupa también una posición asimétrica respecto al eje de su valle mayor, recostándose preferentemente sobre el borde derecho de éste. Por consiguiente, también sobre este lado, se halla una amplia faja del campo dentro de un antiguo valle fluvial.

Por estas circunstancias, solamente una pequeña área del paraje en estudio está fuera del ámbito de los valles excavados en esta localidad por los procesos erosivos del 2^o ciclo y, más exactamente, la sección, en forma de triángulo equilátero de 750 metros de lado aproximadamente, comprendida entre el ángulo de confluencia de los valles del 2^o ciclo, ya mencionado, con base sobre el trecho correspondiente del ramal a Reconquista. Pero, a su vez, ese triángulo yace sobre la ladera derecha del valle más amplio del 1^{er} ciclo del río Malabrigo.

Las vertientes de los valles recordados, correspondiendo a ciclos precozmente envejecidos sobre rocas incoherentes son sumamente suaves: el declive sería insensible a un examen directo si el viajero no prestase atención al hecho de que el ferrocarril, aproximándose al cauce del río Malabrigo, va paulatinamente levantando el nivel de sus terraplenes para conservar el de los rieles. Gráficamente se puede poner de manifiesto sólo estableciendo una considerable desproporción entre las escalas vertical y horizontal (véase lám. III).

La notable insuficiencia del declive hace que cualquier pequeño obstáculo, opuesto por las irregularidades y ondulaciones del terreno o por la misma vegetación, provoque frecuentes estancamientos de las aguas de lluvia, relativamente abundantes en la región, de situación muy próxima a la isohieta 1000, según el mapa de Davis (1). Más aún, el desagüe se efectúa con tanta dificultad que, durante la estación lluviosa gran parte de la zona correspondiente al eje del valle del 2^o ciclo se transforma en una cañada, po-

(1) G. DAVIS, *Clima de la República Argentina*, en *Segundo censo*, tomo I, páginas 259 a 379, Buenos Aires, 1898 (véase pl. XII).

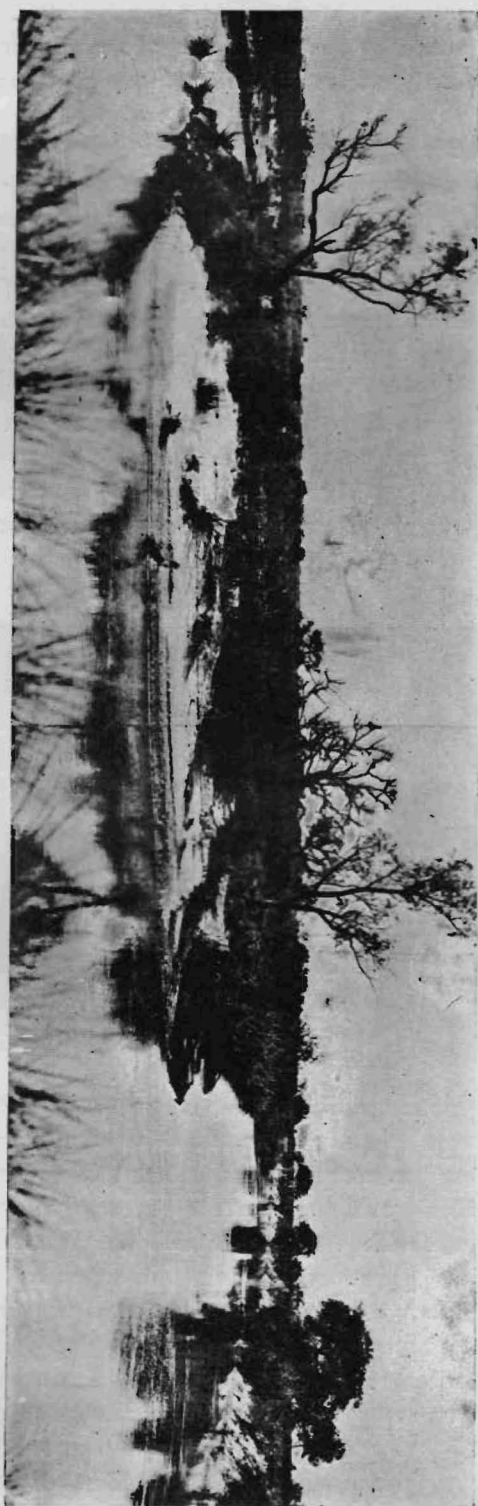


Fig. 1. — Meandro del río Malabrigo

blada de juncos y achiras, y a sus lados, algo terraplenados, praderas de gramináceas con romerillos, verbenas, heliotropos, tubiá y matas de cortaderas, entre las cuales se levanta la esbelta silueta de la palma caranday (*Copernicia cerifera*). Pero también en las partes más altas de las laderas, invadida por el bosque de mimosáceas (espinillos, aromitos, algarrobos) y de otras esencias (chañar, ceibo, tala, molle, etc.), característicos de la « formación del monte) mezclados con *cereus* en candelabro, ñandubay, quebrachos blancos y colorados, más propios de la « formación chaqueña », se forma un sinnúmero de charcos y marjales cenagosos que a cada paso obstaculizan la marcha. En estas pequeñas depresiones casi insensibles, que la estación lluviosa transforma en pantanos cubiertos de colonias gelatinosas de nostocáceas, las lluvias mismas, lavando el suelo circundante, arrastran



Fig. 2. — Loma número 5

substancias arcillosas que llegan a formar una capa de limo negruzco e impermeable en el fondo de las depresiones.

Sólo en proximidad de los cauces actuales se excavan surcos y zanjones, los cuales quebrando los bordes barrancosos aseguran el desagüe de una angosta faja ribereña.

Una serie de elevaciones, bajas, anchas y redondeadas en forma de amplio lomo, forma el rasgo fisiográfico más llamativo y más interesante desde nuestro punto de vista (véase lám. II). Estas elevaciones, comprendidas dentro del área cubierta de bosque pantanoso, se destacan en forma de claros cubiertos exclusivamente de vegetación herbácea, si se exceptúa una serie de altas palmeras yatay (*Cocos yatay*), que, como centinelas avanzadas del vecino « palmar de Berna », marcan la parte más alta del dorso de los mismos montículos (figs. 2, 3 y 4).

Su altura sobre el nivel del terreno varía de 2 a 4 metros, en relación con su desarrollo superficial: la mayor altura de 4^m16, medida desde el pie

estructura, podrían hacer presumir que se tratara de construcciones levantadas por antiguos aborígenes, con el fin de asegurarse un «paradero» cómodo o un abrigo para sus muertos en medio de terrenos bajos y anegadizos. Por otra parte, su característica alineación sobre el borde de un valle fluvial, y la naturaleza y homogeneidad de los materiales que los componen inducen a considerarlas como antiguas acumulaciones cólicas (medanos); más o menos afectados por acciones meteóricas posteriores, que las modelaran en forma de lomas, aptas, en estas regiones, para refugios de poblaciones indígenas.

Las mismas dificultades interpretativas surgieron para formaciones análogas en la región del litoral paranaense, consideradas unas veces como restos de formaciones medanosas y otras como verdaderas construcciones funerarias.

Lista ⁽¹⁾ consideró como «túmulos» los «cerritos» de Mazaruca y Medina en la región de los bañados al sur de Entre Ríos. Una suposición análoga fué aceptada también para la colina en el borde del bañado del río Paraná, cerca de Campana (provincia de Buenos Aires), explorada por Zeballos y Pico ⁽²⁾, quienes la declararon un monumento funerario, construido con terreno pampeano rojizo, traído de las barrancas vecinas, semejante a los túmulos hallados en diferentes territorios europeos y americanos.

A la misma interpretación se adhirió Florentino Ameghino ⁽³⁾ al hacer una rápida reseña de los «túmulos» de Entre Ríos y de Campana, así como también de aquellos señalados en el Uruguay y Brasil meridional (Río Grande do Sul, Santos, etc.) estudiados por Meigs (1828) y admitió que estos montículos con huesos humanos y restos de industrias, «monumentos funerarios del tipo *tumulus*» podrían indicar «la existencia en la América del Sud de un pueblo de túmulos que nos es aún desconocido».

Pero, en el Uruguay, investigaciones posteriores de Arechavaleta y Figueira indujeron a este último ⁽⁴⁾ a considerar algunos de estos montículos, que no contenían huesos humanos, sino restos de industria, distribuidos superficialmente, como «lugares elegidos por los indígenas para establecerse momentáneamente», a diferencia de otros «en que los objetos se encuentran sepultados en estos montículos hechos artificialmente, los cuales contienen, además, huesos humanos, siendo, por lo tanto, verdaderos túmulos».

Como construcciones funerarias indígenas en la provincia de Buenos Aires fueron considerados también los «cerrillos» del Pilar, por Lynch Arri-

⁽¹⁾ R. LISTA, *Les cimetières et paraderos minuanes de la province d'Entre Ríos*, en *Revue d'Anthropologie*, volumen I, página 48, París, 1878.

⁽²⁾ E. S. ZEBALLOS y P. PICO, *Informe sobre el túmulo prehistórico de Campana*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, tomo VI, página 244, Buenos Aires, 1878; E. S. ZEBALLOS, *Note sur un tumulus préhistorique de Buenos Ayres*, en *Revue d'Anthropologie*, volumen III, página 577, París, 1878.

⁽³⁾ F. AMEGHINO, *La antigüedad del hombre en el Plata*, libro II, capítulo IX, página 373, Buenos Aires, 1880.

⁽⁴⁾ J. H. FIGUEIRA, *Los primitivos habitantes del Uruguay*, Montevideo, 1892.

bálzaga ⁽¹⁾, desechando la creencia popular de que se tratase simplemente de una « vieja trinchera de la época de la conquista ». Pero más tarde, Outes ⁽²⁾ pudo confirmar completamente esta última versión, constatando que en realidad eran « los restos de un fortín de las primeras líneas de defensa, construídas por los españoles » sobre la margen del lecho mayor del río de Luján.

Mientras tanto, Torres ⁽³⁾, después de haber hecho un breve análisis de las investigaciones anteriores y de haber explorado el « cerro » del riacho Sagastume y el « cementerio » de Mazaruca en los bordes del Paraná Pavón, declaraba que « los cementerios del Uruguay y Entre Ríos... están muy distantes de ser análogos a los túmulos de Campana (Buenos Aires) y Santos



Fig. 4. — Loma número 7

(Brasil) y que como « túmulo » debe considerarse una construcción destinada a sepultar los muertos y « no una creación natural *aprovechada*, como acontece con los mencionados del Uruguay y los de Medina, Mazaruca y Sagastume, ubicados en los « cerros » de arena situados en las márgenes del Paraná Pavón y Paranacito, y especialmente con el de Mazaruca, que ni en la categoría de los simplemente construídos de tierra o arena, se puede considerar » ⁽⁴⁾.

Para los « cerros » arenosos del sur de Entre Ríos « aprovechados unos — los más altos — para cementerios, y los más generales, de sólo 3 ó 4

⁽¹⁾ E. LYNCH ARRIBÁZAGA, *Los cerrillos del Pilar*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, tomo XLI, página 139, Buenos Aires, 1896.

⁽²⁾ F. F. OUTES, *Los supuestos túmulos del Pilar (provincia de Buenos Aires)*, en *Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, serie III, tomo VI, página 251, Buenos Aires, 1906.

⁽³⁾ L. M. TORRES, *Los cementerios indígenas del sur de Entre Ríos y su relación con los del Uruguay, túmulos de Campana (Buenos Aires) y Santos (Brasil)*, en *Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, serie III, tomo III, página 57, Buenos Aires, 1903.

⁽⁴⁾ L. M. TORRES, *Ibid.*, páginas 62 y 63.

metros de altura, para simples paraderos o estaciones» agregaba que, los primeros representan formaciones muy distintas «a los verdaderos monumentos funerarios que, levantados por la mano del hombre, llevan el nombre de túmulos» (1).

En cambio, el carácter de «túmulo» del tipo de los del litoral (paradero-cementerio) fué confirmado por el mismo autor (2), no sólo para el montículo de Campana, sino también para el de la margen izquierda del río Usuró, cerca de Goya (Corrientes), explorado con anterioridad por Ambrosetti (3), Creo útil llamar la atención sobre la circunstancia de que la localidad donde se levantaba este montículo, está situada, aproximadamente, a la misma latitud del «Campo de las tres lomas» sobre la margen opuesta del río Paraná.

También como túmulos, construcción humana, sea ésta total o parcial, fueron consideradas por Torres (4) análogas formaciones en la región del delta del río Paraná, en contraste con la opinión de Carlos Ameghino, quien, según referencia del mismo Torres (5), las atribuía a simples acumulaciones naturales (médanos).

Como restos de acumulaciones eólicas fueron considerados también por Outes (6) refiriéndose especialmente al «cementerio» de Mazaruca, cuya exploración había efectuado junto con Torres. Al respecto Outes escribe: «Mazaruca, como la mayoría de los otros enterratorios en elevaciones más o menos aisladas, son médanos relativamente consolidados, cubiertos algunos con una capa de tierra vegetal bastante densa, que considero producida por la transformación paulatina de la arena cuarzosa, de grano no muy fino, que forma la totalidad del material subyacente, y a la que se agregan, de continuo, los elementos detríticos aportados por las inundaciones y a la descomposición de la exuberante vegetación herbácea que cubre la superficie del suelo cenagoso. He observado que tanto los huesos humanos como otros objetos retirados por mí de Mazaruca, se hallaban sepultados en tierra vegetal bastante arenosa, la que colmaba el interior de los canales medulares de aquellos cuando aparecían al descubierto (7).»

En sus publicaciones posteriores, Outes siempre hace la referencia en

(1) L. M. TORRES, *Ibid.*, páginas 72 y 73.

(2) L. M. TORRES, *Arqueología de la cuenca del río Paraná*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XIV, página 53, Buenos Aires, 1907.

(3) J. B. AMBROSETTI, *Los paraderos precolombianos de Goya (provincia de Corrientes)*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XV, página 201, Buenos Aires, 1894.

(4) L. M. TORRES, *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*, en *Biblioteca centenaria*, de la Universidad nacional de La Plata, tomo IV, Buenos Aires, 1911.

(5) L. M. TORRES, *Ibid.*, página 24.

(6) F. F. OUTES, *Cráneos indígenas del departamento de Gualeguaychú*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, tomo LXXIII, página 5, Buenos Aires, 1912.

(7) F. F. OUTES, *Ibid.*, página 7.

la mayor importancia para separar formaciones genéticamente tan distintas. Pero es evidente que ambas sirvieron para enterrar cadáveres y, por lo tanto, no alcanzo a comprender cómo los túmulos, construcciones eminentemente funerarias, « satisfacían necesidades *ineludibles* del medio y de la vida indígena » (1), y, menos aún, cómo puedan guardar relación con la ictiofagia de sus constructores, como insinúa Márquez Miranda (2).

En fin, es mi opinión que, en general, estas curiosas formaciones tumulares o tumuliformes, verdaderos *kulturlager*, sumamente interesantes para la etnografía de los aborígenes de esta región, no han sido aún suficientemente estudiados, especialmente por lo que se refiere a su estructura; lo que debe obligarnos a sentar conclusiones con mucha circunspección y prudencia.

Por lo tanto, para los montículos del río Malabrigo he tratado de abordar la cuestión en la forma más objetiva que me fué posible, realizando un estudio detallado, no sólo de la situación y caracteres de composición y estructura de las lomas, sino también de las condiciones geológicas de la región que forma su base y de las causas probables que los han determinado.

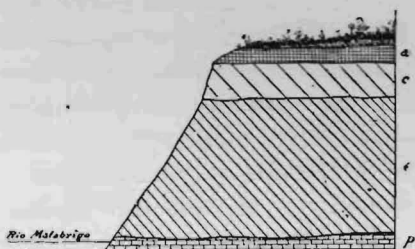


Fig. 5. — Barranca del río Malabrigo
(escala vertical 1 : 100)

Para este fin pude utilizar los escasos perfiles naturales que existen en la región, los cortes artificiales practicados en las excavaciones y algunas perforaciones *ad hoc* realizadas por el personal del Ferrocarril provincial de Santa Fe, puesto amablemente a nuestra disposición.

Los perfiles naturales se observan a lo largo de los cauces del río Malabrigo y del arroyo Palometa, cortados entre pequeñas barrancas.

En la región estudiada, las barrancas que limitan sobre la derecha el cauce del Malabrigo muestran estructura uniforme y monótona. Tienen un alto de 2,50 a 3 metros y de abajo arriba muestran la superposición de las capas siguientes (fig. 5):

p. Arenisca poco coherente, gris verdosa, clara (3), compuesta por granos

(1) L. M. TORRES, obra citada, página 25.

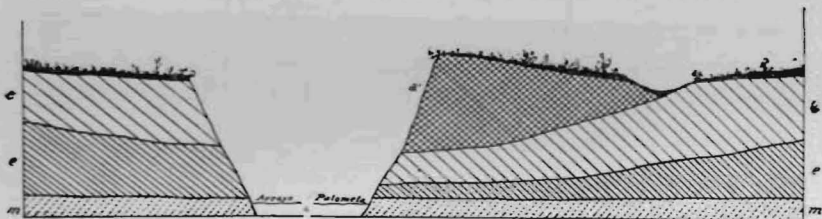
(2) F. MÁRQUEZ MIRANDA, obra citada, página 181.

(3) Las letras con las cuales clasifiqué los diferentes elementos estratigráficos, en las descripciones y perfiles, corresponden a la escala ya establecida por Doering (*La formation pampéenne de Córdoba*, en R. LEHMANN-NITSCHE, *Nouvelles recherches sur la formation pampéenne*, etc., en *Revista del Museo de La Plata*, t. XIV, pág. 172, Buenos Aires, 1907) y completada por mí en *Los terrenos de la costa atlántica en los alrededores de Miramar*, en *Boletín de la Academia nacional de ciencias en Córdoba*, tomo XXIV, página 325, Buenos Aires, 1921. Recientemente A. Castellanos (*La presencia del hombre fósil en el pampeano medio del valle de los Reartes sierra de Córdoba*), en *Boletín de la Academia nacional de*

de arena silícea fina, cementada por escasa cantidad de materiales arcillosos, con vetas delgadas e irregulares de tosca calcárea. Forma el fondo del río y la base de las barrancas ;

e. Fango arenoso, gris claro, en partes verdoso, en otras pardusco, con abundantes tosquillas calcáreo-arenosas ramificadas, y más numerosas manchas de óxidos de hierro y manganeso ; se compone de arena de cuarzo de grano finísimo, cementada por materiales arcilloides : después de desecado, al contacto con agua se deshace rápidamente. En partes contiene frecuentes conchillas de *Planorbis peregrinus* d'Orb., *Succinea meridionalis* d'Orb., y *Bulimulus sporadicus* d'Orb. Su espesor varía de 1^m50 a 2 metros, formando un banco de estratificación indecisa ;

e. Fango arenoso, pardo oscuro, con numerosos nodulitos de limonita manganesífera y concreciones más grandes de « hierro de pantano ». La proporción de los elementos psamíticos a veces aumenta considerablemente, transformando el sedimento en arena de grano fino y mediano, casi suelta.



Figs. 6 y 7. — Barrancas del arroyo Palometa (escala vertical 1 : 100)

Forma un banco de 0^m75 a 1 metro de espesor, sin estratificaciones, separado por una línea de demarcación neta (superficie de erosión) del banco subyacente. Un detalle importante consiste en que esta formación, especialmente en las superficies cortadas, en forma de displayado, por acciones erosivas recientes, contiene numerosos trozos endurecidos, de la misma estructura de la roca englobante, pero de color negruzco o rojo ladrillo, más o menos intenso : tienen el aspecto de las comunes « tierras cocidas » de los depósitos pampeanos y postpampeanos, formando a veces, en su conjunto, el revestimiento de excavaciones en forma de hoyo, más o menos deformadas y rellenadas de materiales de escurrimiento pluvial ;

a. Humus negro, arcilloso y arenoso.

Sedimentos análogos rellenan el lecho mayor del arroyo Palometa. En efecto, el perfil de las barrancas del cauce menor muestra, de abajo arriba, la serie siguiente (figs. 6 y 7) :

ciencias en Córdoba, t. XXV, pág. 369, Buenos Aires, 1922, y *La limite plio-pléistocène et le problème de l'homme tertiaire dans la République Argentine*, en *Revista de la Universidad nacional de Córdoba*, año X, n^{os} 1, 2 y 3, pág. 110, Córdoba, 1923), quien anteriormente había adoptado la escala de Doering, ha tratado de llevar en la misma una muy lamentable confusión, agregando denominaciones nuevas y nuevas letras minúsculas y mayúsculas.

m. Fango arenoso, gris claro, casi blanco al desecarse, con numerosas manchas limoníticas ; compacto, estratificado en capas delgadas : se compone de arena silícea de grano fino y finísimo, cementado por escasa cantidad de elementos pelíticos arcilliformes. Forma el fondo del arroyo, asomando por pocos centímetros desde el nivel del agua, en la base de las barrancas ;

e. Arena silícea, fina, pardusca, casi suelta en la parte inferior, mezclándose hacia la superior con materiales arcilliformes progresivamente más abundante y con tosquillas calcáreas ramificadas, su espesor varía desde 0^m15 a 1 metro, aproximativamente, formando un banco sin estratificaciones, separado de los sedimentos sub y superpuestos por superficies de erosión ;

c. Fango pardo-grisáceo, inferiormente casi plástico, superiormente muy arenoso por un progresivo aumento de elementos psamíticos de grano fino hasta grueso, de cuarzo y calcedonias ; contiene numerosas y pequeñas tos-

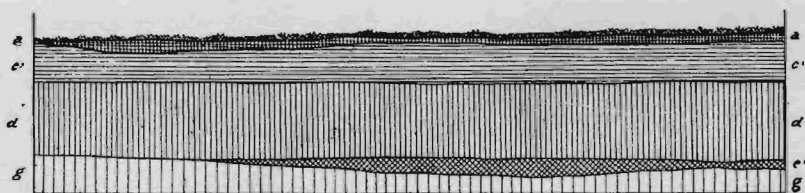


Fig. 8. — Corte del desmorte del ferrocarril entre el arroyo Palometa y la loma número 4 (escala 1 : 100)

quillas calcáreo-arenosas. De forma irregular, y nodulitos de limonita manganesífera. Su espesor varía de 0^m50 a 1 metro, más o menos ;

a. Fango gris verdoso, muy obscuro, plástico ; ocupa aproximadamente el eje del valle mayor del arroyo, mostrándose en la parte superior de las barrancas, con un espesor hasta de 1^m70, cuando el cauce ocupa una posición mediana con respecto al valle anterior.

Una serie metódica de sondeos nos indicó que estos sedimentos (*e*, *c*, *a'*) están distribuidos dentro del lecho mayor del arroyo Palometa en forma de *thalwegs* superpuestos y, desde el inferior (*e*) hasta el superior (*a'*) progresivamente más angostos. Los fangos *e* del *thalweg* mayor terminan lateralmente en bisel entre bancos de loess cólico. Sobre la izquierda del arroyo este engranaje se observa a unos 350 metros desde el puente del ramal de servicio que une el kilómetro 297 con la población de la estancia del Campo de las tres lomas.

Este ramal corre entre las paredes de un desmorte de 2 a 2,50 metros de altura, por un recorrido de unos 800 metros, poniendo al descubierto la superposición de los elementos siguientes (fig. 8) :

g. Loess cólico, pulverulento, pardo claro, con carbonato de calcio (3 %) distribuido en la masa y levemente arenoso ; forma, por 25 a 50 centímetros, la base de las paredes del desmorte continuándose debajo del nivel de

los ríeles, ; su superficie, en contacto con los sedimentos superpuestos, presenta una zona variable de descomposición en *lehm* ;

e. Fangos pardos claros, arenosos, distribuidos en forma de lentes delgadas (0^m25 a 0^m30 de mayor espesor) en las depresiones de la superficie del loess anterior ;

d. Loess eólico, pardo-grisáceo, muy arenoso, descompuesto en *lehm* en casi la totalidad de su espesor, el que varía al rededor de un metro ; contiene algunas tosquillas calcáreas ;

c'. Fango arcilloso, muy arenoso, gris pardusco oscuro, muy duro al desecarse, conteniendo numerosos nodulitos limonitíferos y, en partes, restos frecuentes de batracios y pequeños peces (vértebras y huesos craneanos sueltos : forma una capa continua de un espesor de 0^m50 aproximadamente ;

a. Humus negro, arenoso.

Los aluviones arenosos *e* del valle del arroyo Palometa lateralmente terminan en bisel entre los bancos de loess *g* y *d* (véase lám. III) de la trinchera

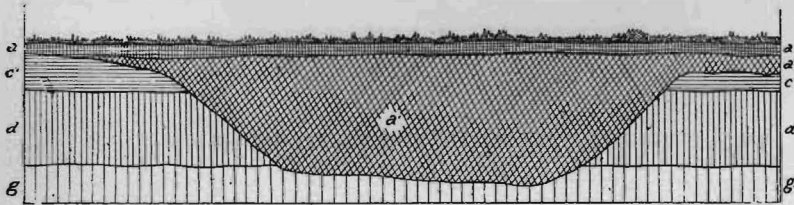


Fig. 9. — Corte del desmonte del ferrocarril a la altura de la loma número 5 (escala vertical 1 : 100)

descrita, en su extremidad sur. Por lo tanto, deben correlacionarse con los fangos *e'* del mismo desmonte, los cuales, en el perfil descrito ocupan una posición idéntica, y representan un régimen de pantanos y marjales que se interpoló entre dos fases de sedimentación loésica (fases de clima seco). Del mismo modo los fangos *c'* representan otra fase de ciénagas, posterior a la sedimentación eólica del loess *d* y contemporánea a la deposición de los fangos *c* en el valle del arroyo Palometa.

A los elementos estratigráficos recordados en el desmonte, a la altura del extremo sur de la loma número 5 se agrega un nuevo elemento constituido por el relleno de un cauce, muy reciente, excavado en el espesor de los sedimentos mencionados, hasta afectar la parte superior del loess *g'* (fig. 9). Se compone de un fango arcilloso (*a'*) semiplástico, gris muy oscuro, casi negro, homogéneo e idéntico al fango *a'* del valle del arroyo Palometa, con el cual debe sincronizarse. El cauce que lo contiene, cuyo eje está cortado oblicuamente por el desmonte, tiene un ancho de 30 metros, aproximadamente, por una profundidad máxima de 24 metros, y se dirige hacia el este, paralelamente al cauce del Palometa y alcanza el valle del Malabrigo pasando entre las lomas números 4 y 5. Sobre su costado norte los fangos que lo rellenan se prolongan en un lecho delgado que, rodean-

do la base de la loma número 5, se intercala entre el humus *a* y el fango *c'*.

Creo útil insistir en que los fangos oscuros de este lecho cenagoso así como los fangos *a'* que rellenan el cauce al cruzar el intervalo entre las dos lomas recordadas, no pasan debajo de las arenas que forman el cuerpo de estos montículos, sino que las circunscriben adosándose parcialmente a ellas en su periferia (fig. 11). En otros términos, la excavación y el relleno del cauce en examen son procesos posteriores a la acumulación de los materiales que forman las lomas contiguas.

La misma observación se puede efectuar a la altura de la loma n° 4 que fué cortada por el mismo desmonte. El perfil que el corte ha puesto a la luz es el siguiente (fig. 10) :

- g*. Loess, pardo claro, pulverulento, calcarífero ;
- e*. Fango pardo, con concreciones calcáreas, distribuído en lentes delgadas

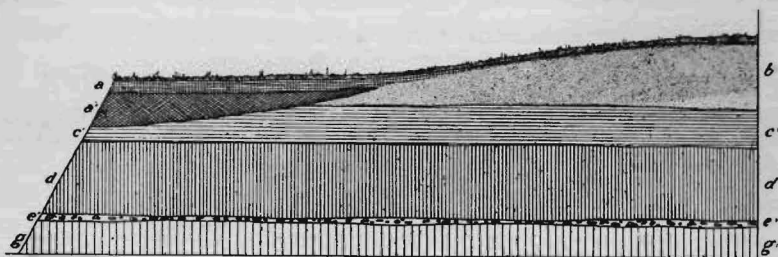


Fig. 10. — Desmonte del ferrocarril al pie de la loma número 4 (escala vertical 1 : 100)

(máximo espesor 0^m5-0^m10 y muy extendidas, marcando una separación neta entre el banco de loess subyacente (*g*) y el banco superpuesto ;

- d*. Loess-lehm pardo grisáceo (un metro) ;
- c'*. Fango arcilloso y arenoso pardo (0^m20 a 0^m50) ;
- b'*. Arena de la loma ;
- a'*. Lente de fango pardo grisáceo, obscuro, muy arenoso, de estratificación indecisa (máximo espesor 0^m50) ;
- a*. Humus negro, cubierto por tierra vegetal, en formación.

Por lo tanto, las arenas *b* de la loma se insinúan claramente entre las capas *c'* y *a'*, siendo cortadas en bisel por el proceso erosivo que excavó el pequeño cauce relleno por los fangos *a'*. Por el mismo perfil vemos también que la acumulación de las arenas *b* siguió directamente la sedimentación de los fangos *c'*.

A la misma conclusión llegamos examinando el corte de la gran excavación practicada en el emplazamiento de la loma número 7, y destinada a la explotación del banco de loess *g*. El corte puso al descubierto una serie análoga a la del desmonte y, de abajo arriba, formada por los elementos siguientes (fig. 11) :

- g'*. Loess cólico, pardo claro, pulverulento, de textura migajosa, con carbo-

nato de calcio distribuido en la masa excepto en su parte superior (zona superficial de descomposición en *lehm*); fué cortado en un espesor de dos metros sin alcanzar su base;

e'. Fango pardo claro, duro, compacto, con vestigios numerosos de vegetales, formando una capa discontinua y delgada, alcanzando como máximo un espesor de 0^m25 a 0^m30;

d. Loess pardo grisáceo, muy arenoso, de un metro de espesor aproximadamente;

c'. Fango arcilloso y arenoso, pardo grisáceo, obscuro, con abundantes nodulitos limonitíferos, de un espesor de 0^m20 a 0^m50 centímetros;

b. Arena de la loma.

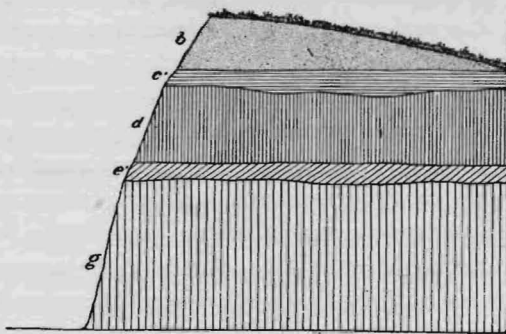


Fig. 11. — Corte en la loma número 6 (escala vertical 1 : 100)

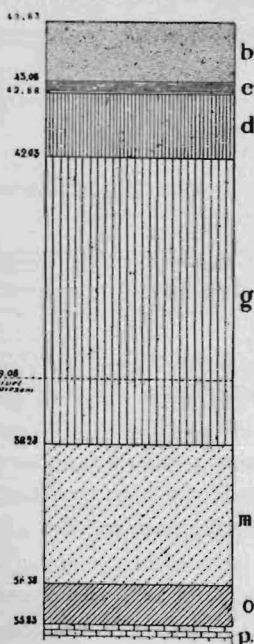


Fig. 12. — Perfil de una perforación a la altura de la loma número 6 (escala vertical 1 : 100).

Para completar el estudio del subsuelo hice practicar una perforación sobre un borde de la misma loma, hasta alcanzar la superficie de la arenisca *p*, que, desde las barrancas del río Malabrigo, suponía se extendiese en el subsuelo por lo menos hasta el punto perforado. En efecto, la superficie de esta arenisca fué hallada a la profundidad de 8 metros, esto es, aproximadamente a 36 metros sobre el nivel del mar (o del mareógrafo del Riachuelo), altura a la cual corresponde también la superficie de la misma arenisca en la base de la barranca del río Malabrigo.

Hasta esa superficie se perforaron sucesivamente las capas siguientes (fig. 12) :

b. Arena de la loma desde la superficie del suelo hasta la profundidad de 0^m80;

c'. Fango pardo grisáceo obscuro, desde 0^m80 hasta 0^m95;

d. Loess pardo grisáceo, desde 0^m95 hasta 1^m80;

g'. Loess pulverulento, pardo claro, desde 1^m80 hasta 5^m60;

m. Fango pardo grisáceo blanquecino, muy arenoso, casi una arena de cuarzo, finísima, cementada por escaso material arcilliforme verde claro, cuyos caracteres corresponden a los de los fangos que forman el fondo del cauce del arroyo Palometa, con los cuales debe correlacionarse : en la parte inferior contiene pe-

lometeta, con los cuales debe correlacionarse : en la parte inferior contiene pe-

queñas losquillas de caliza gris, muy arenosa y dura, desde 5^m60 hasta 7^m45 ;
o. Fango pardo amarillento, cargado de arena de grano finísimo, con gruesas concreciones calcáreas, modulares, desde 7^m45 hasta 8 metros.

Los perfiles que acabo de describir demuestran claramente que las acumulaciones arenosas de los montículos en cuestión, en la serie estratigráfica de la región, se intercalan entre los fangos *a'* y *c'*, representando, por consiguiente, una formación homóloga a la capa *b* de la serie de Doering.

Pero, para interpretar más correctamente el valor estratigráfico y morfológico de estas formaciones es necesario examinar más detenidamente sus caracteres de forma, estructura y contenido.

La forma general de estos depósitos arenosos es la misma observada en las lomas, las cuales resultan completamente formadas por ellos; exceptuando la pequeña zona periférica de adosamiento de los fangos *a'* y la superficie, revestida por una delgada corteza de humus en formación. Se puede comparar a un casquete de esfera o de elipsoide, muy chato, de superficie

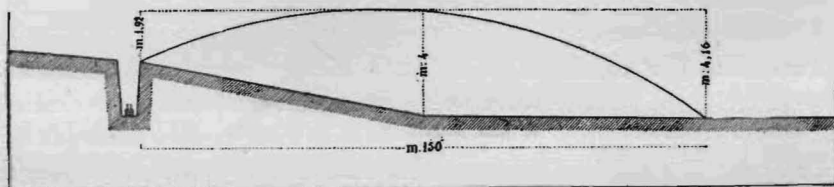


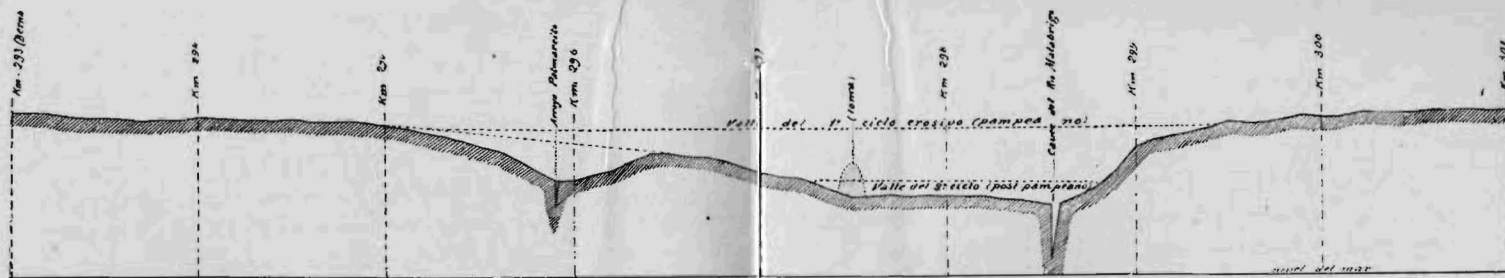
Fig. 13. — Base de la loma número 5 (esquemática)

regularmente curva, cuyo perímetro se coordina con la superficie del terreno circundante.

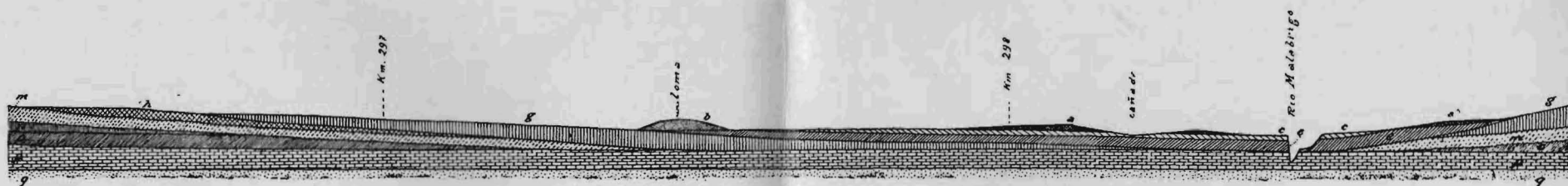
Descansan sobre una base formada por capas de la anterior sedimentación, cortadas en forma de plano, suavemente inclinado hacia el valle del río Malabrigo.

Una serie de mediciones y sondeos, practicados con el fin de estudiar el comportamiento de esta base en la loma número 5, ha demostrado, además, que la inclinación de este plano no es uniforme, sino relativamente mucho más pronunciada (2,80 %) en correspondencia del subsuelo de la loma que se extiende más o menos desde el plano axial transversal de la misma hasta el borde del desmante del ferrocarril, donde el montículo termina (fig. 13). En cambio desde el mismo plano axial hasta el pie oriental de la loma, la inclinación de la base es mucho menos pronunciada, representando la continuación del piso del valle que atribuimos al segundo ciclo erosivo del cauce del río Malabrigo. En otros términos, las arenas de este depósito se hallan *placadas* contra un desplazado que marca la margen derecha del valle mencionado.

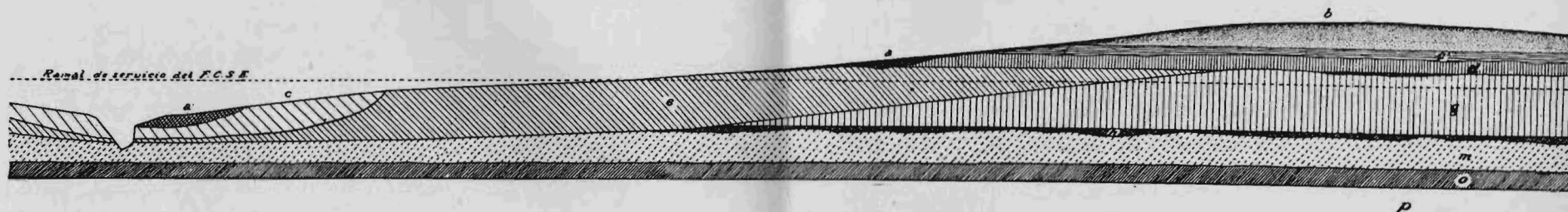
Formando la totalidad de las elevaciones, el depósito arenoso aumenta, naturalmente, desde la periferia hasta el centro de las mismas: el mayor espesor, mediante excavaciones o sondeos, fué observado en corresponden-



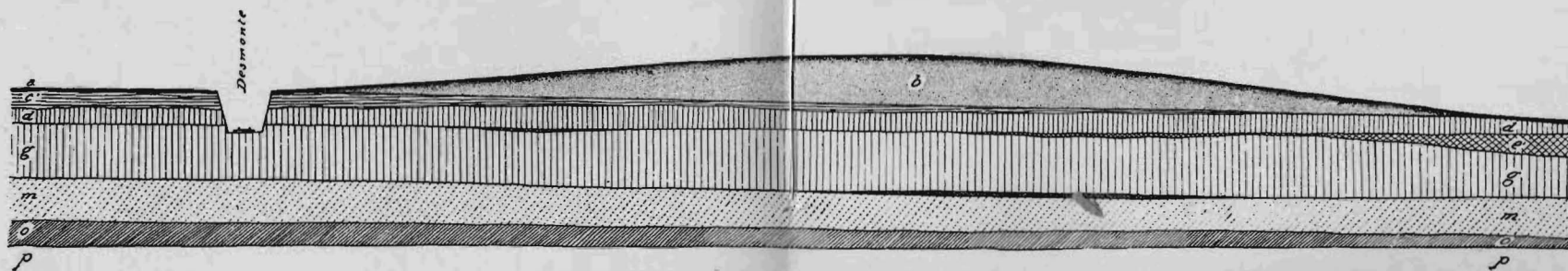
A. Perfil transversal del valle del río Malabrigo, a lo largo del ramal Vera a Reconquista, entre kilómetro 293 (Berna) y 301. Escala horizontal 2: 40.000; vertical 2: 600



B. Corte esquemático transversal al valle del río Malabrigo, entre kilómetro 296,400 y 298,900. Escala horizontal 2: 10.000; vertical 2: 1000



C. Corte esquemático transversal al cauce del arroyo Palometa pasando por el montículo número 4. Escala horizontal 2: 2000; vertical 2: 330 (6 mm = 1 m.) de norte a sur



D. Corte esquemático de oeste a este sobre el borde derecho del valle del segundo ciclo (postpampeano) del Malabrigo, pasando por el desmonte del ramal de servicio del Ferrocarril Santa Fe y una loma. Escala horizontal 2: 800; vertical 2: 400

cia del centro de la elipse perimetral de la loma número 5 (la más elevada y extendida) alcanzando a 4 metros.

El material que los constituye es una arena homogénea, compacta, no cementada, que la simple presión y un cierto grado de humedad han hecho coherente. Esta arena se compone de gránulos de cuarzo finísimo (en su mayoría menos de 5 μ diámetro, más escasos de 5 a 100 μ .) mezclados a raros gránulos de minerales accesorios (feldespatos, piroxenos, magnetita, anfíbol, etc.). Los gránulos cuyo diámetro supera los 20 μ son bien redondeados, a causa de haber sufrido un largo proceso de desgaste mecánico.

Los depósitos no contienen concreciones propias, ni muestran vestigios de estratificación. Su color es amarillo pardusco claro uniforme, característico de las ordinarias acumulaciones de arenas silíceas, como las que forman generalmente las islas de deyección del Paraná en su curso medio.

Pero en todas las lomas, a comenzar desde la delgada corteza superficial de tierra vegetal, la zona superficial del depósito ha sufrido un intenso proceso de infiltración húmica, la cual ha transformado el primitivo color amarillento en negro pardusco, degradando paulatinamente hacia la profundidad, donde pasa por transición muy suave al color propio del depósito. Por lo tanto, el límite inferior de la zona de humificación no se puede delimitar netamente; sin embargo el espesor de la misma zona se puede calcular entre un máximo de 1^m70 (en la loma n^o 4) y un mínimo de 1^m20 (en la loma n^o 6).

Esta zona de infiltración húmica no afecta sólo la parte más elevada de las lomas, sino que se extiende, a guisa de cubierta de espesor más o menos uniforme, por todo el desarrollo de la superficie de la loma (fig. 14). Por esta circunstancia, hacia la periferia de los montículos, a partir desde el punto donde, por el progresivo adelgazamiento del depósito el espesor de éste comienza a ser menor que el espesor máximo de la zona de infiltración, toda la capa arenosa está afectada por el proceso de humificación.

Insisto sobre este detalle porque el contraste entre la zona superior negra y el núcleo interno amarillento, por un examen no suficientemente detenido, podría inducir en el error de interpretar la primera como superpuesta secundariamente al segundo; mientras que, en realidad, se trata de un único depósito arenoso, primitivamente homogéneo, afectado, después de su sedimentación y después de haber adquirido forma definitiva, por un proceso de simple infiltración de origen superficial.

Estos depósitos arenosos no contienen restos de organismos al estado fósil, pero encierran restos antropológicos y arqueológicos numerosos e interesantes: esqueletos humanos, residuos de cocina y objetos manufacturados.

Los despojos humanos se hallan esparcidos, sin orden, en la masa arenosa, especialmente en la parte central de las lomas a una profundidad uniforme de 1 metro a 1^m20, desde la superficie de los montículos: se

hallan, por lo tanto, situados siempre en el espesor de la zona de humificación, en proximidad de su base.

Debido a la gran permeabilidad del terreno englobante, su conservación es muy deficiente: los huesos son blandos y frágiles, los cráneos siempre aplastados por el peso de la masa arenosa superpuesta. Las cavidades craneanas y medulares están rellenas de arena más o menos intensamente teñida por los materiales de infiltración superficial.

Una circunstancia muy llamativa, que forma el rasgo más característico y constante de estos yacimientos, es que los esqueletos nunca se hallan enteros, ni las diversas piezas óseas conservan sus relaciones topográficas normales. En cambio, huesos o porciones de ellos, pertenecientes a un esqueleto o a esqueletos diversos, se encuentran dispersados en el espesor del depósito arenoso o confusamente amalgamados entre sí. La descomposición de los esqueletos, la dispersión de las varias partes o fragmentos de ellos, la confusión de huesos de esqueletos diversos, alcanza un extremo increíble: dos cráneos junto con algunos huesos largos, un cráneo metido entre las costillas de una parte de caja torácica, dos tibias al lado de huesos del carpo y dientes aislados, una serie de costillas al lado de un pie, huesos de niño mezclados con otros de anciano y frecuentemente confusiones de huesos diversos, fragmentarios, y en parte aplastados, amalgamados desordenadamente entre sí y cementados por la arena negra del depósito.

Los restos más abundantes son partes de esqueletos infantiles. Muy a menudo, junto con huesos amontonados se hallan algunos pequeños cantos rodados, lustrosos y a veces abigarrados de calcedonias, que faltan en el resto del depósito.

Los « restos de cocina » son frecuentes en todo el espesor de los yacimientos y especialmente en proximidad de la periferia de los montículos: pertenecen a vegetales y a animales.

Los primeros consisten en carbones y nueces de *cocos yatay* distribuidos sin orden, especialmente en la parte superior de la arena negruzca. Estos últimos probablemente no fueron utilizados como alimento sino como simple combustible; la mayor parte de ellos hallanse parcialmente quemados. Tanto éstos como los que no presentan vestigios de carbonización, nunca están partidos en forma de permitir la extracción de las semillas. En cambio, muchos de ellos están cortados transversalmente u oblicuamente, en una o en ambas extremidades, por roedores, cuyos dientes se observan siempre claramente grabados en la sección de la pared de los pequeños cocos.

Entre los restos de animales he observado escasos huesos de aves, reptiles y peces, mucho más abundantes huesos de mamíferos y valvas de moluscos (bivalvos fluviales).

Los huesos de mamíferos se encuentran siempre rotos, astillados o partidos y a menudo parcialmente quemados. Pertenecen sobre todo a guasunchos (*Coassus rufus* Ill.), ciervos (*Odocoileus campestris* Cuv., *O. palu-*

dosus Desm.), nutria (*Myocastor coypus* Mol.), mulita (*Praopus hybridus* Desm.) y peludo (*Enphractus villosus* Desm.), mezclados con restos de pequeños roedores, especialmente tuco-tuco (*Ctenomys brasiliensis* Blainv.) y apereà (*Cavia leucopyga* Br.).

Los restos de aves son representados casi exclusivamente por partes de huesos y fragmentos de cáscara de huevos de ñandú (*Rhea americana* L.); los de reptiles por huesos de iguana (*Tupinambis teguixin* (L.) Blgr.) y los de peces por restos de silurídeos (*Myletes*, *Doras*, etc.).

Los restos de moluscos son particularmente abundantes y son representados por valvas de Unionáceas, pertenecientes especialmente a las especies *Diplodon burroughianus* (Lea) y *Anodontides trapezialis* (Lam.) probablemente var. *exótica* Lam. (1), ambas comunes en el río de la Plata y en el Paraná hasta Corrientes. Sus valvas se hallan siempre separadas y amontonadas en gran cantidad en varios puntos y en el espesor de los diversos depósitos.

Los restos industriales contenidos en estos yacimientos consisten, casi exclusivamente, en fragmentos de alfarería; los instrumentos líticos son muy escasos y faltan por completo los de hueso y metal.

Dejando a la competencia del colega Aparicio la tarea de analizar dignamente este importante material, me limitaré a señalar que todos estos manufactos se hallan diseminados sin orden en el espesor de la zona humificada de los diversos montículos arenosos, a comenzar desde la superficie (inmediatamente debajo del humus actual) hasta la profundidad de 0^m70 a 0^m80.

Recordaré, además, que en estos yacimientos faltan las características « tierras cocidas » tan frecuentes en los paraderos distribuidos a lo largo de los ríos de la provincia de Santa Fe y de otras localidades. Pero ya las señalé como abundantes sobre la orilla derecha del cauce del río Malabrigo, contenidas en el espesor de los fangos o, más exactamente, revistiendo cavidades en forma de hoyo, excavadas en estos fangos. A pesar de que no siempre se conservan en su posición originaria, puedo afirmar, como lo he hecho en otros yacimientos, que estas tierras cocidas son fragmentos de paredes de antiguos « fogones », probablemente destinados a la cocción de alimentos o alfarerías.

Es posible que los fogones pertenecieran a los mismos pobladores de las lomas, que elegirían las orillas de Malabrigo como lugar más apropiado para excavarlos. Además de que los artifices hallaban allí, también, materiales aptos para la confección de sus tiestos.

En base al anterior examen se nos presentan varios problemas relacionados con la naturaleza y el significado de estas formaciones arenosas.

Como cuestión previa será necesario examinar brevemente la edad de los depósitos, la que mana directamente de la posición estratigráfica de los mismos.

(1) Debo a la amabilidad del profesor Martín Doello-Jurado la determinación de estos dos bivalvos.

Ya hemos visto que las arenas que los forman se intercalan entre los fangos c' y a' de la escala de Doering.

Para comprobar esta posición, y para interpretar correctamente la génesis y naturaleza de los montículos, he construído los perfiles esquemáticos de la lámina III, coordinando los datos tomados directamente en la localidad.

En los perfiles A y B, que representan, en diversas escalas, un corte transversal al valle del río Malabrigo, vemos netamente dibujados los tres valles embutidos, a que me he referido al principio de esta nota. En el perfil B vemos, además, que sobre el piso del valle del 2º ciclo se estratifican, superponiéndose, tres camadas de fangos fluvio-palustres (a , c , e) que representan sedimentos de desborde del mismo río Malabrigo, durante tres fases sucesivas de un período inmediatamente anterior a la escavación y ahondamiento del cauce actual (3º ciclo). Durante este período el río corría a un nivel algo más alto que el actual y en las tres fases sucesivas, sus sedimentos se distingieron lateralmente sobre áreas progresivamente menores.

Tres camadas de sedimentos análogos (h , m , o) se distienden, superponiéndose por áreas progresivamente más angostas, sobre el piso del valle del 1º ciclo, más ancho; representando también tres fases de desborde del mismo río en un período todavía más antiguo y a un nivel un poco más elevado, en relación al nivel ocupado por el río durante el período sedimentario anteriormente considerado. En otros términos, observamos dos períodos sedimentarios, cada uno formado por tres fases sucesivas y escalonados por la ladera de la depresión del Malabrigo en forma de terrazas amplias y pronunciadas. Constatamos, por lo tanto, que el valle en examen, no sólo presenta los caracteres morfológicos típicos de valles fluviales de la « pampa baja », sino también las características estratigráficas de los mismos sobre las cuales recientemente he insistido (¹). Entonces, en base a cuanto he sentado en esta oportunidad, los sedimentos mencionados se deben distribuir cronológicamente en dos grupos: un grupo pampeano (*pleistoceno*) formado por las capas o , m , h , y un grupo postpampeano (*oloceno*) constituido por las capas e , c , a' ; separados los dos grupos por la interpolación de un leve rejuvenecimiento erosivo (*preplatense*) que, en nuestras regiones marca el límite entre el cuaternario y el postcuaternario; ambos levantados sobre el nivel actual del río por aquel leve movimiento ascendente que ha determinado el comienzo del ciclo actual (3º ciclo) y el encajonamiento del Malabrigo en el espesor de sus sedimentos hasta alcanzar nuevamente la superficie de la base terciaria (*arenisca paraucanense*).

Esta interpretación está confirmada por el engranaje lateral de los sedimentos fluvio-palustres con los bancos de sedimentación eólica y también por las relaciones entre estos y los depósitos cenagosos contemporáneos de los primeros,

(¹) J. FRENGUELLI, obra citada, páginas 249 a 251, figura 23 B.

En esta localidad el engranaje es muy incompleto porque los bancos loésicos, que eventualmente se formaron, fueron afectados profundamente por erosiones, remociones y destrucciones debidas a los episodios recordados (rejuvenecimientos erosivos y frecuentes y prolongados desbordes). Sin embargo, observando los perfiles B y C, vemos claramente que los bancos de loess pampeano *n* (*ensenadense*) y *g* (*bonaerense*) terminan en anchos y delgados biseles, entre los fangos *o-m* y *h-e*, respectivamente.

Mayores datos podemos utilizar para los sedimentos postpampeanos si los examinamos en los perfiles sobre el borde del valle del 2° ciclo. Aquí he ya notado cómo las capas o lentes de fangos *e'*, *c'*, *a'*, evidentes equivalentes estratigráficos y cronológicos de los sedimentos fluvio-palustres *e*, *c*, *a*, de los valles del Malabrigo y del Palometa, se intercalan sucesivamente entre los depósitos *g*, *d*, *b* (loess cólicos *bonaerense*, *platense*, y arena de las lomas).

Por consiguiente también aquí, como en otras numerosas localidades de las pampas, podemos coordinar una serie estratigráfica en que sobre una base *araucanense* (plioceno superior) se alternan, regular y sucesivamente, formaciones fluviales o limnias con formaciones cólicas.

En el cuadro siguiente expongo de nuevo esta serie y sus equivalencias estratigráficas y cronológicas; tal como he considerado legítimo establecerla, en base a largos años de observaciones continuadas y extendidas sobre un área suficientemente amplia (1):

Edad	Serie de A. Doering	Pisos	
		Fases húmedas (cataclimatéricas)	Fases secas (anaclimatéricas)
Pleistoceno (pampeano)	<i>o</i>	Preensenadense	Ensenadense
	<i>n</i>		
	<i>m</i>	Prebelgranense	Belgranense
	<i>k</i>		
	<i>h</i>	Prebonaerense	Bonaerense
<i>g</i>			
Oloceno (postpampeano)	<i>e</i>	Preplatense	Platense
	<i>d</i>		
	<i>c</i>	Precordobense	Cordobense
	<i>b</i>		
	<i>a'</i>	Preaimarense	Aimarense
<i>a</i>			

(1) Compárese también el cuadro en mi trabajo sobre los terrenos de Miramar (pág. 438) ya citado. De los varios miembros de esta serie sólo el banco *k* no ha sido constatado por mí en la región del Malabrigo.

Ya he sostenido, en base a numerosos datos estratigráficos, tectónicos y paleontológicos, que esta alternancia, tan constante y característica, refleja en nuestras regiones las conocidas pulsaciones del clima cuaternario y post-cuaternario con sus fases cataclimáticas (glaciales) y cataclimáticas (interglaciales) alternadas y combinadas con leves oscilaciones del suelo.

Por las correlaciones anteriormente establecidas se deduce que los depósitos arenosos que forman los montículos en discusión :

1° Tienen en la serie, el lugar, de un elemento de sedimentación eólica, bajo una fase de clima árido ;

2° Corresponden a la última fase anaclimática del oloceno, naturalmente sin contar la fase actual también de caracteres anaclimáticos (1) ;

3° Deben sincronizarse con el *cordobense* (Doering) de la provincia de Córdoba y de otras regiones de la cuenca loésica argentina (2).

Ahora bien, si a estas conclusiones agregamos los caracteres de composición y estructura de los depósitos y su característica distribución a lo largo del borde de un cauce fluvial, podemos afirmar que ellos representan restos de un cordón medianoso :

1° Acumulado contra el displayado del valle del 2° ciclo (postpampeano) del Malabrigo, durante la segunda fase anaclimática olocena (sincrónica al *Gschnitiense* de los Alpes) ;

2° Cortado transversalmente y modelado en forma de lomas durante la sucesiva fase cataclimática *preaimareense*, por los arroyos que descendían al Malabrigo y por escurrimientos pluviales ;

3° Fijado y humificado parcialmente por la vegetación que empezó a desarrollarse a partir del comienzo de esta última fase húmeda.

(1) Compárese : J. FRENGUELLI, *Edad del loess pampeano dentro del ciclo glacial-interglacial*, en *Prometeo*, año I, número 16, Paraná, 1922.

(2) En la región estudiada, las deducciones de orden cronológico y estratigráfico no han podido ser complementadas por elementos paleontológicos dignos de atención. Pero los factores utilizados son suficientes, a mi juicio, para fundar las conclusiones sentadas, puesto que, en una serie de terrenos tan recientes, los elementos estratigráficos pueden subsanar la falta de fósiles. Por otra parte, el estado actual de desorden en que se halla la distribución estratigráfica de los fósiles pampeanos y postpampeanos, desorden agravado por los estrechos criterios de ciertos « paleontólogos comparatistas », obliga muchas veces, en el estudio de nuestros terrenos, a renunciar al precioso subsidio de la paleontología o, a lo menos, a utilizarlo con muchas reservas. Asimismo, basta hojear mis escritos, para darse cuenta de que siempre he tratado de aprovechar en la forma más amplia posible los fósiles de las capas y formaciones de que he ido ocupándome ; hasta algunos de ellos son exclusivamente de carácter paleontológico. Por lo tanto, considero completamente injustificado un reciente reproche del doctor Castellanos, quien demuestra, de tal manera, no digo falta de estudio de los trabajos que critica, sino un desconocimiento completo. Me ocuparé más extensamente de la cuestión en una próxima publicación que aparecerá en este mismo volumen ; por el momento terminaré recordando al doctor Castellanos las siguientes palabras del conocido diatomólogo N. Peragallo : « Il est puéril de dénier aux autres des facultés d'observation que l'on s'attribue si généralement à soi même. »

Fácil es investigar el origen de la arena que proporcionó a los vientos los materiales para la acumulación del primitivo cordón medanoso, puesto que puede haber sido dejada por los vientos al cruzar el valle del Malabrido cubierto de sedimentos sumamente arenosos, movilizadas por un excesivo y prolongado desecamiento durante la fase árida del *cordobense*. Aun en la actualidad, los sedimentos platenses y máxime precordobenses de la región, cuando están expuestos al desecamiento y a procesos levigatorios se cubren de una costra de arena silícea fina, casi suelta y fácilmente removida por los escurrimientos pluviales y las acciones cólicas.

Admitiendo como de edad olocena superior (*cordobense*) el proceso de acumulación del cordón medanoso y como *preaimareense* el conjunto de fenómenos que segmentaron el cordón y modelaron los varios segmentos en forma de lomas bajas y relativamente extensas; debemos, necesariamente, deducir que los montículos fueron habitados en tiempos sumamente recientes. En efecto, dada la distribución de los restos antropológicos, ligados estrictamente a la zona de humificación de cada montículo, puesto que todos están contenidos en ella, y dada la forma de la misma zona de infiltración superficial, cuya base sigue paralelamente a la superficie de las lomas mismas, debemos admitir que en este momento las arenas ya estaban fijadas y el modelado de las lomas ya concluido.

Pero para mayor prolijidad conviene todavía fijar con más exactitud el momento en que se verificaron los procesos metasomáticos que determinaron la formación de la zona humificada. Para hacerlo podemos utilizar algunas observaciones generales y, sobre todo, algunos detalles de estructura de los mismos montículos.

Desde el punto de vista general podemos decir que después de la fase árida del *cordobense*, la fase sucesiva, *preaimareense*, se demuestra en la región pampeana, como una fase de considerables precipitaciones atmosféricas, con formación de pantanos, excavación y luego rellenamiento de cauces mediante fangos pardos grisáceos o verdosos, por lo común muy oscuros. La pluviosidad de esta fase, por cierto no fué comparable con la intensidad de la misma durante fases cataclimáticas anteriores, lo que se manifiesta en el desarrollo relativamente reducido, tanto en el sentido vertical, como en el horizontal, de sus sedimentos; sin embargo, fué intensa, y en la misma localidad vemos pruebas irrefutables. Lo mismo podemos decir del correspondiente descenso de la temperatura, no muy acentuado, pero que se manifiesta en los tintes grisáceos y verdosos de sus sedimentos. Estas circunstancias, si fueron propicias para el desarrollo de una vegetación suficiente para la fijación de los médanos, no lo fueron para la formación de un verdadero humus: la elevada cantidad de substancias turbosas que dan el color obscuro de estos fangos y que a veces forman verdaderas capitas en ellos, habla también en este sentido.

En cambio, en la fase *aimareense* sucesiva disminuyó la *lluviosidad*, au-

Fácil es investigar el origen de la arena que proporcionó a los vientos los materiales para la acumulación del primitivo cordón medanoso, puesto que puede haber sido dejada por los vientos al cruzar el valle del Malabrigo cubierto de sedimentos sumamente arenosos, movilizados por un excesivo y prolongado desecamiento durante la fase árida del *cordobense*. Aun en la actualidad, los sedimentos platenses y máxime precordobenses de la región, cuando están expuestos al desecamiento y a procesos levigatorios se cubren de una costra de arena silícea fina, casi suelta y fácilmente removida por los escurrimientos pluviales y las acciones cólicas.

Admitiendo como de edad olocena superior (*cordobense*) el proceso de acumulación del cordón medanoso y como *preaimareense* el conjunto de fenómenos que segmentaron el cordón y modelaron los varios segmentos en forma de lomas bajas y relativamente extensas; debemos, necesariamente, deducir que los montículos fueron habitados en tiempos sumamente recientes. En efecto, dada la distribución de los restos antropológicos, ligados estrictamente a la zona de humificación de cada montículo, puesto que todos están contenidos en ella, y dada la forma de la misma zona de infiltración superficial, cuya base sigue paralelamente a la superficie de las lomas mismas, debemos admitir que en este momento las arenas ya estaban fijadas y el modelado de las lomas ya concluido.

Pero para mayor prolijidad conviene todavía fijar con más exactitud el momento en que se verificaron los procesos metasomáticos que determinaron la formación de la zona humificada. Para hacerlo podemos utilizar algunas observaciones generales y, sobre todo, algunos detalles de estructura de los mismos montículos.

Desde el punto de vista general podemos decir que después de la fase árida del *cordobense*, la fase sucesiva, *preaimareense*, se demuestra en la región pampeana, como una fase de considerables precipitaciones atmosféricas, con formación de pantanos, excavación y luego rellenamiento de cauces mediante fangos pardos grisáceos o verdosos, por lo común muy oscuros. La pluviosidad de esta fase, por cierto no fué comparable con la intensidad de la misma durante fases cataclimáticas anteriores, lo que se manifiesta en el desarrollo relativamente reducido, tanto en el sentido vertical, como en el horizontal, de sus sedimentos; sin embargo, fué intensa, y en la misma localidad vemos pruebas irrefutables. Lo mismo podemos decir del correspondiente descenso de la temperatura, no muy acentuado, pero que se manifiesta en los tintes grisáceos y verdosos de sus sedimentos. Estas circunstancias, si fueron propicias para el desarrollo de una vegetación suficiente para la fijación de los médanos, no lo fueron para la formación de un verdadero humus: la elevada cantidad de substancias turbosas que dan el color oscuro de estos fangos y que a veces forman verdaderas capitas en ellos, habla también en este sentido.

En cambio, en la fase *aimareense* sucesiva disminuyó la *lluviosidad*, au-

mentó la temperatura y como consecuencia vemos, en toda la región loésica un gran desarrollo de humus negro con evidentes caracteres de *tchernozium*.

En la localidad en estudio es interesante observar las estrictas relaciones de las tierras negras (*a*) con las zonas de humificación de los montículos. Desde la base hasta la superficie debajo de la delgada corteza de humus en formación, en cada montículo estas zonas van progresivamente cargándose de sustancias humíferas hasta transformarse en un verdadero *tchernozium* muy arenoso, el cual, sobre la periferia de los mismos montículos, se continúa directamente con el *aimarense* (*a*) que cubre el *preaimarense* (*a'*). Por lo tanto en la periferia de la base de estas formaciones se observa un engranaje entre los fangos (*a'*) y las arenas de los montículos terminando en bisel entre la masa principal y la parte superficial mayormente humificada, la que a su vez se continúa, sin solución de continuidad, con el contiguo *aimaren-*

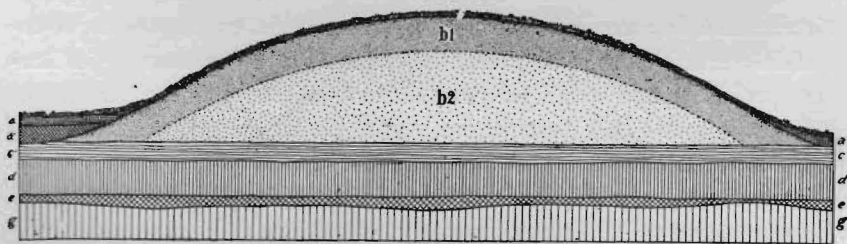


Fig. 14. — Estructura esquemática de los montículos : b1, arena humifera; b2, arena normal

se (*a*) (fig. 14). En resumen, es evidente que la humificación de la arena de las lomas es un episodio contemporáneo a la formación del *aimarense*.

El engranaje estratigráfico a que acabo de referirme es, a mi juicio, el carácter más importante para interpretar correctamente la naturaleza de estos montículos y para diferenciarlos de formaciones análogas para las cuales se ha sostenido una superposición de materiales sobre un núcleo natural más antiguo.

En efecto, si haciendo obstracción de este carácter examinamos comparativamente la figura 14 con los dibujos en que Torres ⁽¹⁾ representa esquemáticamente la estructura del « túmulo número 2 del Paraná Guazú » y del « túmulo número 1 del brazo Gutiérrez » (en el delta medio y superior respectivamente) vemos que entre las formaciones mencionadas existe una analogía tan perfecta que no permitiría diferenciación alguna : en todas un núcleo amarillento o rojizo de arena compacta, cubierto por una capa espesa de arena humifera conteniendo restos antropológicos y arqueológicos.

En cambio, la misma identidad no se puede establecer si estudiamos com-

(1) L. M. TORRES, obra citada, página 261, figura 87, y página 353, figura 134.

parativamente la estructura del borde perimetral de las diversas formaciones mencionadas.

Si, como creo, las observaciones, en base a las cuales Torres ha trazado sus dibujos son exactas, las diferencias al respecto se pueden considerar realmente profundas. En efecto, mientras hemos ya constatado que en los montículos de Malabrigo el engranaje estratigráfico periférico se efectúa por la terminación en el bisel del *preaimareense* (*a'*) en el espesor de la capa humificada (fig. 15 A), en los túmulos de Torres el mismo engranaje está realizado por la terminación del *preaimareense* (o formación homóloga) entre el núcleo y la capa humífera superpuesta (fig. 15, B). En otros términos, en el primer caso (Malabrigo) se observa como un desdoblamiento periférico de la zona de infiltración del montículo en la parte inferior, más espesa, que pasa debajo del *preaimareense*, donde en breve termina, y en una parte superior, más delgada, que pasa encima de los fondos preimareenses, confundándose con el *aimareense*, con el cual se halla íntimamente ligada por conti-

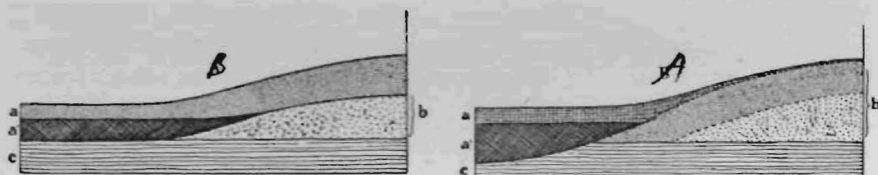


Fig. 15. — **A** Estructura del borde de los montículos arenosos del Malabrigo (según el autor)
B Estructura del borde de los túmulos del Delta del Paraná (según Torres)

nidad, edad y origen; en cambio, en el segundo caso (Delta del Paraná) toda la zona humífera superpuesta al núcleo pasa por encima del *preaimareense* (o formación homóloga).

En conclusión, para las formaciones de Torres la capa humífera aparecería agregada por superposición después que se había ya modelado el núcleo interno y sedimentados los fangos *a'* (fig. 15); en cambio para los montículos del Malabrigo todo el depósito arenoso es de sedimentación anterior a los fangos *a'* y todo responde a un mismo proceso genético: como fenómeno posterior, contemporáneo a las manifestaciones de la vida indígena en la localidad, debe considerarse únicamente el proceso de humificación de la parte superior del depósito, procedente desde la superficie, cuyo lavado meteórico ha contribuido a la formación del humus aimareense al rededor del mismo montículo.

Otra dificultad surge en nuestro caso si, en relación con su contenido antropológico y arqueológico, tratamos de definir las lomas del Malabrigo en base a la clasificación de Torres y Márquez Miranda. ¿Serán ellos « cementerios » o « túmulos »?

Por tratarse de restos de formaciones naturales (médanos), modelados por agentes meteóricos, en una época muy anterior al establecimiento del

hombre débese rechazar completamente toda posibilidad de considerarlas como construcciones funerarias del tipo « túmulo ».

Por sus dimensiones amplias, si bien ninguno de ellos alcanza la altura de 5 metros, exigida como *mínimum* por Márquez Miranda (1), y por su contenido antropológico sepultado en depósitos naturales preexistentes podrían, en cambio, considerarse como enterratorio del tipo « cementerio », de Torres.

Pero, para esta última interpretación hallamos una dificultad en la forma en que han sido enterrados los despojos humanos en nuestros montículos.

En los « cementerios » prehistóricos que yo conozco, en la literatura o personalmente, los cadáveres fueron inhumados directamente y enteros, de modo que al exhumarlos los esqueletos presentan sólo desperfectos debidos a un mal estado de conservación o a las difíciles manualidades de su extracción. En cambio, en los montículos del Malabrigo las diversas piezas esqueléticas se hallan desparramadas sin orden, o confusamente mezcladas en el espesor del yacimiento, como si hubiesen sido enterrados después que los esqueletos hubieran sido despojados de sus tejidos blandos, desecados y dispersados. Además de las condiciones de yacimiento que justifican completamente esta suposición, he observado vestigios de pintura sobre algunos huesos y especialmente en la raíz del tercer incisivo derecho de un fragmento mandibular, la que fué pintada con ocre rojo evidentemente después de haber perdido la protección de su pared alveolar anterior.

Aunque sobre esta curiosa forma de inhumación no se había aún llamado particularmente la atención, creo que ella no represente un hecho nuevo para la región de la cuenca paranaense.

Al describir el único cementerio (n° 1 del Paraná Guazú, Delta superior) recordado en su gran obra, ya muchas veces citada, Torres (2) no se detiene a investigar sobre el modo en que habían sido enterrados los cadáveres; pero de su descripción es posible presumir que los restos óseos se hallaban dispersados en el espesor del montículo medanoso. Más explícitamente el mismo autor, al describir el « cementerio » de Mazaruca, en el sur de Entre Ríos (3), escribe : « varios huesos humanos entre ellos tres vértebras, seis costillas, una mandíbula inferior con tres molares, y finalmente una tibia, todos estos restos en el mayor desorden aunque en buen estado de conservación ».

También en los « paraderos » que conozco a lo largo de las orillas del río Salado, en la provincia de Santa Fe, es muy frecuente el hallazgo de partes de esqueletos humanos, enterrados aisladamente en el *aimarense* y mezclados, sin orden, con restos arqueológicos. Pero, para la mayor parte de estos casos, podríamos suponer que se tratase de enterramientos accidentales de huesos procedentes de cadáveres, abandonados en la superficie del suelo,

(1) F. MÁRQUEZ MIRANDA, obra citada, página 181.

(2) L. M. TORRES, obra citada, página 265.

(3) L. M. TORRES, obra citada, página 72.

cuyos esqueletos habían sido deshechos y dispersados por los animales o por las intemperies.

La misma suposición podría aceptarse para algunos de los huesos aislados, enteros o fragmentarios, sepultados en los montículos del Malabrido; pero se puede excluir para todos los demás amontonados y sepultados a una profundidad aproximadamente constante al lado de cantos rodados de calcedonias, que, por no existir en otros puntos de los depósitos, ni de la región, evidentemente han sido traídos desde lejos y colocados intencionalmente junto con los huesos.

Posiblemente se trata de « entierros secundarios » análogos a aquellos ya conocidos entre muchas tribus, extinguidas y vivientes del interior del Brasil, y a los *bunch burials* de muchas tribus de Norte América (1).

Sería prematura toda otra consideración al respecto, pero es ésta una particularidad que considero muy importante.

En fin, por todas estas circunstancias, creo que los montículos de Malabrido no pueden tampoco considerarse como verdaderos « cementerios », sino como « paraderos » o, si se quiere « paraderos-enterratorios », destinados a las diversas actividades de la vida indígena durante sus fases sedentarias.

Considerando estas actividades como sincrónicas a la sedimentación del *aimarense*, vale decir que las estaciones estudiadas son anteriores a la conquista. Confirma esta deducción la circunstancia de que en estos « paraderos » faltan restos de animales importados y todo vestigio de industria europea. Por otra parte, una mayor antigüedad de los mismos está excluida por la posición de los diversos objetos en relación con la constitución estratigráfica de los montículos y de la región y por el carácter de los restos faunísticos y representaciones zoomorfas, pertenecientes todos a una fauna aún viviente en la localidad.

En conclusión, los montículos del Malabrido son restos de médanos recientes consolidados, sobre los cuales, durante la formación de las tierras negras (*aimarense* de Doering) los indígenas hallaron un lugar apto para establecerse cerca de cursos de agua y al mismo tiempo al reparo de las aguas que durante las estaciones lluviosas inundan la región, fuera del bosque, que no pudo extenderse sobre depósitos excesivamente permeables, y al mismo tiempo rodeados por bosques habitados de copiosa salvajina.

Joaquín Frenguelli.

Paraná, 8 de agosto de 1923.

(1) Eric Boman, según comunicación personal, ha señalado con seguridad la existencia de « entierros secundarios » en San Blas de los Sauces (La Rioja), donde encontró la mayor parte de los huesos de cuatro niños completamente amalgamados en un montón, sepultado a regular profundidad.

ANÁLISIS ARQUEOLÓGICO DE LOS RESTOS EXTRAÍDOS

Observaciones preliminares (*)

Determinado el tipo de yacimiento y estudiadas sus condiciones geológicas por mi colega Joaquín Frenguelli, réstame, solamente, antes de entrar al análisis del material extraído, hacer algunas breves consideraciones acerca de los métodos de explotación y las condiciones en que se hallaban los restos removidos.



Fig. 16

La empresa del Ferrocarril de Santa Fe desmonta esas lomadas a fin de extraer tierra para consolidar sus vías. La ejecución de esos trabajos ha suprimido ya totalmente una de ellas (montículo n° 6, croquis en lámina II). En el curso de esas importantes excavaciones, los directores de los trabajos comprobaron que los restos se hallaban en mayor abundancia en las partes más elevadas.

Actualmente se efectúa el desmonte de la loma n° 4, y los trabajos alcanzan, en la época de nuestras investigaciones, precisamente a la parte culminante. A fin de facilitar el movimiento y embarque de la tierra los técnicos realizan la excavación por medio de un corte perpendicular que luego les permite provocar el desprendimiento de grandes secciones de la barranca así formada, mediante el empleo de barretas.

(*) Los dibujos de la presente parte fueron ejecutados por la señorita Ana Warki y el señor Joaquín Frenguelli; y las fotografías fueron tomadas por el autor.

Tal procedimiento resultábanos excelente, pues además de permitir efectuar con rapidez la remoción, limitaba el empleo del pico y la pala, disminuyendo así las posibilidades de deteriorar el material. Como la empresa — con una generosidad encomiable — había puesto a nuestra disposición el número de peones que estimáramos necesario, trabajamos con una cuadrilla de doce hombres en dicho lugar (fig. 16) mientras con otra, menos numerosa, realizábamos trabajos de exploración en las otras elevaciones, vírgenes aún, en la esperanza de acertar con un rico repositorio.

En todas ellas se realizaron hallazgos, lo cual prueba que los aborígenes extendieron su *habitat* por todas las elevaciones del lugar; sin embargo, la dispersión de los restos es tan grande que no podría precisar si fué más eficaz



Fig. 17

el procedimiento metódico y sistemático de remover totalmente una porción del montículo n° 4 — extremando la escrupulosidad en la revisión de la tierra desprendida, a fin de que ningún objeto pasara inadvertido, — o la tarea, un tanto rabadomántica, de hacer pequeñas excavaciones aquí y acullá.

Las investigaciones efectuadas en la loma 5 dieron excelente resultado e intensificamos en ella las excavaciones, abriendo sobre la parte más elevada una amplia zanja, cortada transversalmente por otras más pequeñas (fig. 17).

Como en las barrancas del río y del arroyo notáramos numerosos vestigios de fogones, realizamos varias búsquedas en sus cercanías, pero éstas fueron, sin duda, las menos felices (fig. 18). La costa fué, probablemente, sólo el lugar de fabricación de sus alfarerías: brindábanseles a mano los elementos esenciales.

Es indudable que toda la alfarería extraída ha sido fracturada intencio-

nalmente y luego dispersados sus pedazos por lugares muy distantes. Cada vez que se encontraba una pieza de importancia poníamos especial empeño en buscar en sus inmediaciones otros fragmentos que le correspondieran; en algunos casos llegamos a excavar personalmente un buen espacio, y la tarea resultó siempre negativa.

Insignificantes, como podrá verse, fueron los hallazgos de instrumentos de piedra; los de huesos faltaron totalmente. Varios trozos de madera, muy deteriorados, fueron extraídos pero ninguno presentaba forma definida; en regiones tan húmedas no cabe esperar que puedan conservarse instrumentos de dicho material.

Numerosos restos esqueléticos fueron encontrados en el interior de las



Fig. 18

lomas. De ellos, así como de las condiciones de inhumación, se ocupa mi compañero de trabajo.

El inventario del material extraído en nuestras investigaciones arroja el siguiente resultado :

Representaciones plásticas.....	74
Asas tubulares con representación plástica.....	5
Asas tubulares	14
Asas comunes.....	2
Fragmentos de cerámica con decoración pintada y grabada.....	3
— con decoración pintada.....	7
— con decoración grabada	51
— imbricada.....	1
Bordes con agujero de suspensión	9
Bordes lisos.....	91
Instrumentos de piedra.....	5
Objetos varios.....	3

Restos industriales

CERÁMICA

REPRESENTACIONES PLÁSTICAS

Psilócidos

En la numerosa colección de esculturas zoomorfas que en el presente trabajo estudio, los loros cuentan en gran mayoría, comprobándose, una vez más, la preferencia que los artistas aborígenes dispensaron a los vistosos y bullangueros habitantes de la selva, y preferentemente, a las especies grandes, habitantes hoy de regiones más cálidas.

Aun cuando varios ejemplares presentan relativa analogía entre sí, la interpretación de los sujetos resulta tan heterogénea y variada que no es posible dividir el material en grupos o series para facilitar su descripción y menester es resignarse a analizarlo separadamente.

Creo oportuno advertir, antes de iniciar la tarea, que he procurado obtener, por medio de la fotografía, la más exacta reproducción de las piezas que doy a conocer, convencido de que el testimonio gráfico es harto más elocuente y eficaz que una precaria prosa. He de limitar, pues, la tarea de ésta, a precisar los detalles que las ilustraciones no destaquen convenientemente.

Hermosa pieza que reúne todos los caracteres que pueden hacer clásica una obra dentro de esta « escuela » es la representada en la figura 19. Exagerada en amplia curva la mandíbula superior; reemplazada por una cavidad la otra; largo y encrespado el moño, como si se hubiera deseado interpretar un instante de ira: los ojos fuertes y expresivos, y todo ello complementado por una decoración que no persigue ningún fin imitativo (1). Cu-

(1) Una afirmación análoga que hiciera en un trabajo anterior, inocentemente, vale decir, sin el propósito de molestar a nadie, tuvo la insospechada virtud de encolerizar al doctor Luis María Torres, quien armó en guerra a un su discípulo — dócil y condescendiente — quien despotricó a gusto contra mi modesto ensayo, y no contento aún, el instigador, que movía los hilos de esta farsa crítica, interpoló el manuscrito, *de su puño y letra*, alternando los violentos denuestos que se me dirigían, con sabrosos y regocijantes párrafos de autoelogio. Así condimentada la singular diatriba, vió luz en una importante revista universitaria (FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA, *Las representaciones plásticas del norte de la provincia de Santa Fe*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, n.º 153, Buenos Aires, 1922). En el convencimiento de que es más propicio al desarrollo de las investigaciones en que estamos empeñados, el aporte de nuevos elementos de juicio que la refutación de ataques injuriosos, remito al lector al material que hoy presento, cuya calidad y cantidad han de permitirle formar opinión, respecto al problema que por tan insólito procedimiento se desea dilucidar.

rioso es observar la forma en que ha sido tratado el copete: el encrespamiento que aísla en penachos su plumaje, se ha sugerido por tres protuberancias tubulares decrecientes que emergen de la masa general.

En varias cabezas de esta colección se ha empleado una interesante combinación ornamental: superficies geométricas, bien delimitadas, sembradas de puntos de forma diversa (una decoración *en semis*, según la expresión de Grasset). Pertenece a este tipo el decorado de la pieza que estudio, el cual ha sido trazado así: perpendicularmente a la cavidad que reemplaza a

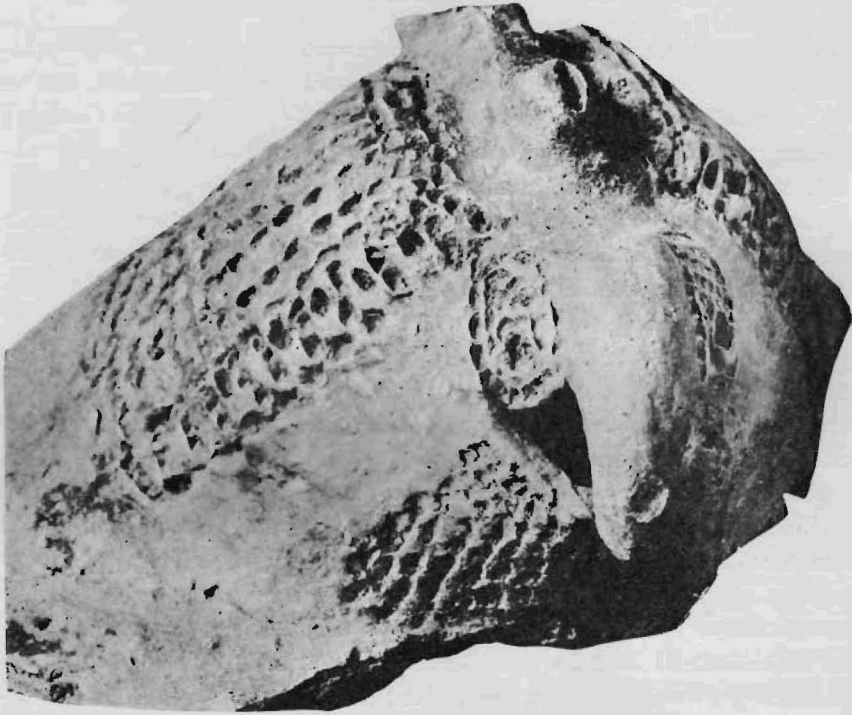


Fig. 19. — Más o menos de tamaño natural

la mandíbula inferior se ha grabado una serie de líneas punteadas paralelas, bien visibles en la fotografía; los ojos han sido encerrados dentro de un marco aproximadamente rectangular, lleno, a su vez, de incisiones punteadas; en la parte lateral de la cabeza se ha cerrado un espacio ligeramente trapezoidal, sembrándolo, luego, por medio de series rítmicas de incisiones, en la forma que indica el esquema (fig. 20). La cabeza conserva aún buena parte de la capa de obscuro ocre rojo que debió cubrir totalmente el vaso; donde ésta falta adviértese que el color primitivo fué pardo muy claro, consecuencia de la deficiente cocción. No tiene esta pieza ningún fragmento de borde que permita precisar su orientación.

Otro ejemplar análogo conserva, en cambio, buena porción del recipiente

que — a diferencia de las reconstrucciones efectuadas hasta ahora ⁽¹⁾ — parece haber tenido una forma subglobular de relativa profundidad (fig. 21).

Presenta esta cabeza análogos caracteres a los señalados en la anterior, más algunas particularidades, curiosas sin duda. La cavidad que comúnmente reemplaza a la mandíbula inferior ha sido obtenida por medio de un reborde en relieve que, si bien evidencia la repetición del propósito de representar a los loros con el pico abierto,

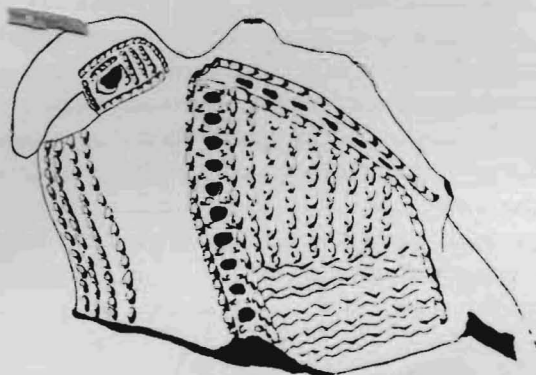


Fig. 20

resulta escultóricamente ineficaz, pues la escasa profundidad así conseguida y la mezquina amplitud de la mandíbula superior no producen la intensidad de sombra necesaria para al-



Fig. 21. — Más o menos de tamaño natural

(¹) Confr. : FÉLIX F. OUTES, *Nuevo jabón septentrional en la dispersión de las representaciones plásticas*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, tomo LXXXV, figura 1, Buenos Aires, 1918; y FRANCISCO DE APARICIO, *Nuevos hallazgos de representaciones plásticas en el norte de la provincia de Santa Fe*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XLIX, figuras 5 y 9, Buenos Aires, 1922.

canzar el efecto deseado. En el nacimiento del pico y sobre el mencionado reborde, se han simulado dos agujeros que sólo pueden explicarse como un capricho ornamental. Estos pseudo agujeros han sido ejecutados por el mismo procedimiento con que se obtienen comúnmente los ojos, es decir, aplastando una bolita de pasta y perforándola luego. Debo observar que este extraño elemento ornamental repítase varias veces en las piezas que estudio, y aparece también aplicado a fragmentos de vasos que carecen de decoración zoomorfa. Larga y penosa tarea sería la de analizar la decoración de la pieza que estudio, complicada de suyo, y asimétrica por añadidura. (En casi todas las piezas de este tipo que conozco, la decoración presenta pequeñas asimetrías, consecuencia evidente de la falta de habilidad para repetir exactamente un motivo ornamental; en el presente caso trátase, a todas luces, de una dife-

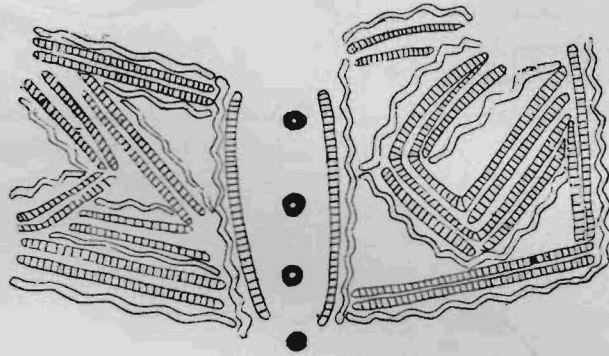


Fig. 22

renciación intencional). El esquema, en desarrollo horizontal, que incluyo (fig. 22) da idea suficientemente clara del caprichoso aderezo.

Un pico resuelto en forma análoga muestra la figura 23. Más artista, sin duda, el autor supo conseguir el deseado efecto. Arqueando en amplia y elegante curva la mandíbula superior y acentuando el reborde saledizo que insinúa la otra logró el gesto del grito, que el ojo fuerte y el penacho enhiesto complementan con sobrada elocuencia. Bajo el pico corre, escotado, el borde de la vasija. Simple es el ornato de la cabeza que la fotografía traduce con expresiva fidelidad. Bástame agregar que ambos costados son simétricos y que los triángulos, sembrados de puntos — principal motivo del ornato — únense en la parte posterior por medio de dos pequeños elementos análogos, y finalmente, llamar la atención acerca del decorado que se advierte en la pared del vaso y que por desgracia la fractura ha interrumpido.

Entre las piezas recogidas en las márgenes del Malabrigo, algunas presentan una curiosa particularidad: la figura zoomorfa, está orientada paralelamente al borde del tiesto. Todas las cabezas de esta indole estudiadas hasta

Fig. 24. — Mas o menos de tamaño natural

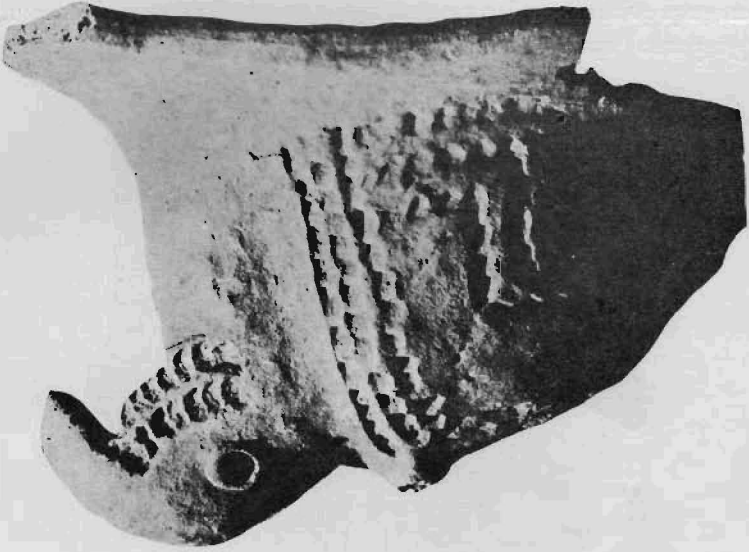
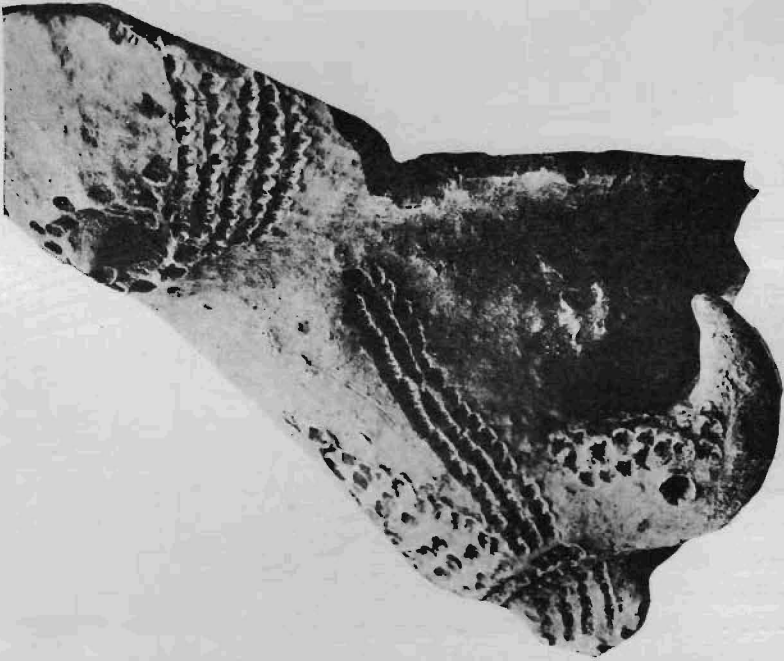


Fig. 23. — Mas o menos de tamaño natural



la fecha, presentábanse perpendiculares a la abertura de la vasija. Ambrosetti fué el primero en llamar la atención acerca de este dispositivo : « ... se

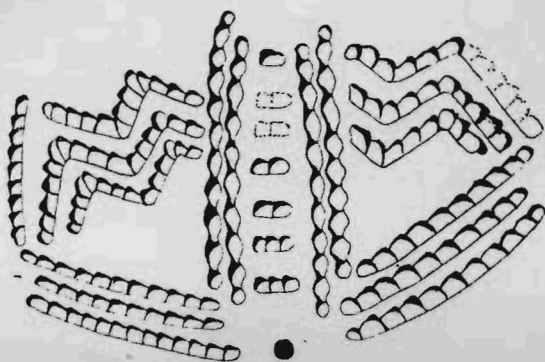


Fig. 25

puede ver perfectamente — dice — que las cabezas se hallaban colocadas como mirando para arriba o como si quisieran entrar en las ollas » (1).

Dos cabezas orientadas así poseo entre las representaciones de loros. Una de ellas es un fragmento completamente mutilado, carente de todo interés y que sólo men-

ciono para documentar esta nueva orientación. No tiene, por cierto, la otra, gran mérito interpretativo (fig. 24). Se ha sintetizado la cabeza en un pico



Fig. 26. — Más o menos de tamaño natural

exagerado y falto de carácter que una decoración precaria, constituida por dos surcos paralelos, desmerece aún más. Luego, sobre el abultamiento

(1) JUAN B. AMBROSETTI, *Los paraderos precolombianos de Goya*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XV, página 410, Buenos Aires, 1894.

que constituye el cráneo, se ha grabado la decoración geométrica representada en el esquema (fig. 25).

Veamos ahora algunas interesantes interpretaciones artísticas.

Ejemplo extraordinario de lo que puede sugerir el contacto íntimo de la naturaleza, aún en el espíritu de un rústico, es la cabeza reproducida en la figura 26. Ejecutada con harto desaliño, libre de toda preocupación técnica, reúne, en cambio, sorprendentes condiciones de expresión y vida. Exagerando sus dimensiones, el pico ha sido magistralmente caracterizado, no sólo en la mandíbula superior sino también en la inferior — que esta vez ha sido modelada, — excavando luego profundamente la cavidad bucal, alcanzándose así un singular efecto realista. Agrégase a esto el ojo de potente expresión y el copete encrespado, tendido por la parte superior del cráneo, para hacer de esta cabeza una obra de energía extraordinaria y de excepcional vitalidad. El moño que recorre toda la parte superior del cráneo ha sido obtenido mediante una serie de escotaduras profundas, partiendo de un penacho inicial, modelado en forma tubular, como en las piezas ya descritas (figs. 19 y 21).

La decoración ha sido ejecutada con muy escasa prolijidad. Consiste, simplemente, en series paralelas de puntos que corren perpendicularmente al moño y cubren ambas caras; debajo y al costado del pico repítese, en pequeño, el motivo ornamental.

Un ejemplar muy estilizado reproducese en la figura 27. Reaparecen en esta cabeza los caracteres generales señalados en la anterior, pero el propósito perseguido es bien otro. Ya no interesa conseguir una potente expresión de sincera realidad, sino una forma esbelta y elegante. Y el objeto ha sido realizado con admirable simplicidad de recursos. Un pico de desmesurada amplitud y un largo copete ondulante tendido por la parte posterior del cráneo, sintetizan la bizarra cabeza. Juega este último importante papel decorativo que complementan, a sendos costados suyos, dos abultamientos escotados. Muy precaria la ornamentación, está limitada a unas cuantas lí-

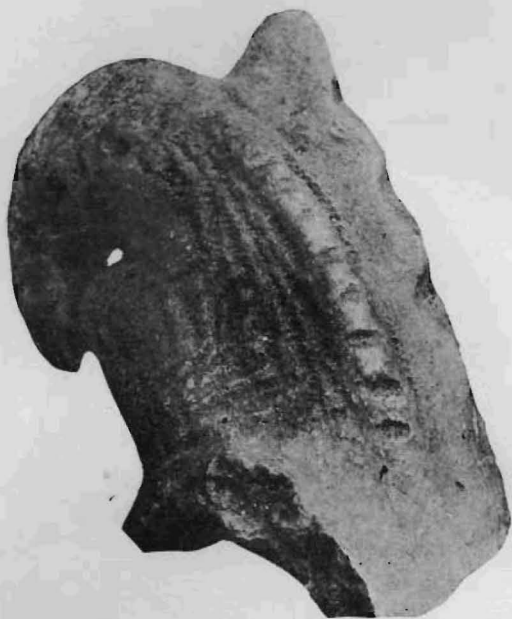


Fig. 27. — Más o menos de tamaño natural

neas paralelas en zig zag. Esta pieza consérvase aún casi totalmente cubierta de ocre rojo.

Más exagerada estilización aún se ha ejecutado en la cabeza de la figura 28. Tan vagos son aquí los elementos de individualización que sólo podemos clasificarla por comparación con el resto del material. (Por torpe que sea la ejecución plástica, por torturada la estilización del modelo, el pico y el moño característicos de las especies preferidas, pueden siempre reconocerse con relativa evidencia.) La interpretación dada a esta cabeza nos es ya conocida. En otra oportunidad he descrito otras análogas en que el pico había

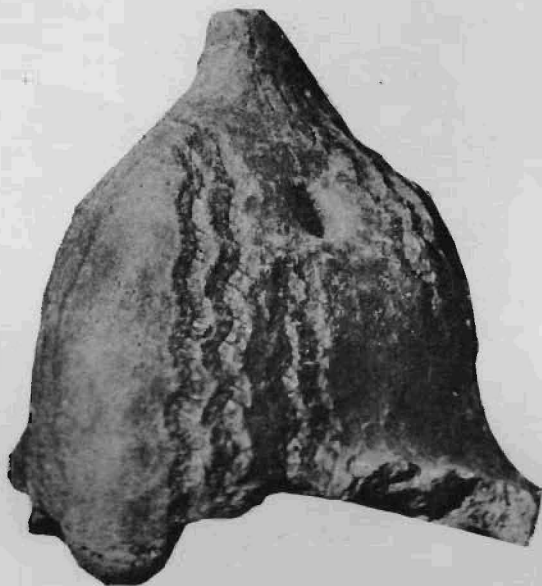


Fig. 28. — Más o menos de tamaño natural

sido modelado entre la masa general del cráneo, dibujándolo por medio de trazos verticales paralelos entre sí (*). La fotografía da idea exacta de la concepción de esta cabeza cuyo pico ha sido dibujado con un doble surco escalonado de línea ondulada; el copete, bien recortado y circuido por análogo elemento decorativo; el ojo, fuerte y profundo, y una caprichosa decoración complementaria de surcos paralelos ondulantes.

Inexpresiva, si las hay, la cabeza de que paso a ocuparme (fig. 29), compensa la falta de todo inte-

rés interpretativo aquilatándose por la importancia de su prolija decoración, ejemplo típico de ornato geométrico, desvinculado de todo propósito imitativo. Ocupa el adorno cuyo esquema reproduce la figura 30, la parte posterior de la cabeza, invadiendo una porción de las caras; luego, percíbese que continuaba, aderezando, acaso, las paredes del vaso.

Interpretación análoga parece haberse perseguido en otra gran cabeza de amplio pico y copete muy plegado (fig. 31), cuya decoración ha sido tan torpemente ejecutada que es imposible traducirla con exactitud en un dibujo. Sin embargo, es evidente que se ha pretendido darle un carácter geométrico y que la sección ornamentada es la misma que en la pieza anterior; así, aunque las cabezas resultan aparentemente muy distintas, es

(*) APARICIO, *ibidem*, figura 8.

indudable que han sido encaradas con muy parecido criterio interpretativo.

Realmente exótica es la representación que aparece en la figura 32. Las líneas del modelo han sido tan torpemente torturadas que, de faltarles el poder animador del ojo, difícil sería reconocer una cabeza en el basto modelado de esa figura. Hállase el ejemplar completamente mutilado, de modo que nada puede conjeturarse acerca de la forma original, pero la circunstancia de presentar una cara absolutamente plana permite suponer que difícilmente ha formado parte de una vasija; en tal caso, hubiera constituido un tipo de asa diferente al de las representaciones plásticas estudiadas hasta ahora.

La figura 33 muestra una cabeza muy simplificada en sus líneas generales, pero cuyos elementos de caracterización han sido



Fig. 29. — Más o menos de tamaño natural

muy cuidados, siendo de lamentar que la mutilación del pico impida apreciar el mérito artístico de la pieza. En su decoración se repite un motivo ya señalado y que veremos aparecer nuevamente: triángulos sembrados de puntos alineanse en esta pieza, en torno al moño, cubriendo toda la parte posterior del cráneo, como puede apreciarse en la fotografía; dicha ornamentación ha sido ejecutada muy torpemente y repítese en la otra cara.

Muy tosca, al punto de carecer hasta de ojos, es la cabeza que aparece en la figura 34. Ha sido ejecutada, sin embargo, con un propósito realista construyendo cuidadosamente la masa del cráneo y el casco, así como las dos mandíbulas del pico. La falta de ojos y de toda decoración le da el aspecto de una obra inconclusa.

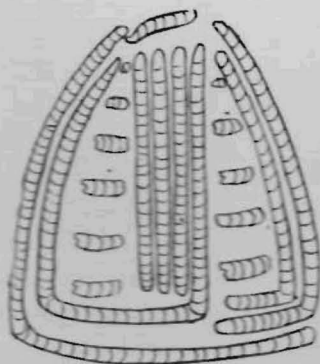


Fig. 30

En cambio, la figura 35 presenta un ejemplar confeccionado con extrema prolijidad. La masa general del cráneo ha sido escindida por un grueso re-



Fig. 31. — Más o menos de tamaño natural

borde, decorado por una serie continuada de incisiones, que circunda posteriormente el moño y cae perpendicular, a ambos costados del pico. El psitácido está representado aquí también en actitud de grito. Vasta la abertura del pico, aumentase aún por la circunstancia de tratarse de una pieza



Fig. 32. — Más o menos de tamaño natural

[hueca; repárase que la mandíbula superior, desgraciadamente rota, fué amplia y arqueada con todo acierto para obtener el gesto que se quiso representar; ligeramente salido y escotado el borde inferior de la cavidad bucal, simula la mandíbula ausente. Por debajo del reborde mencionado anteriormente háse grabado una decoración de motivos triangulares cuyo interior no ha sido llenado sino, simplemente, dividido.

Otra pieza de parecida interpretación reproduce la figura 36. La desmesurada desproporción del pico, deformado torpemente, le resta todo interés artístico, a pesar de tratarse de una obra ejecutada con todo es-

mero. La decoración de las caras laterales consiste, simplemente, en tres series paralelas de incisiones profundas. En cambio, por sobre el reborde sa-

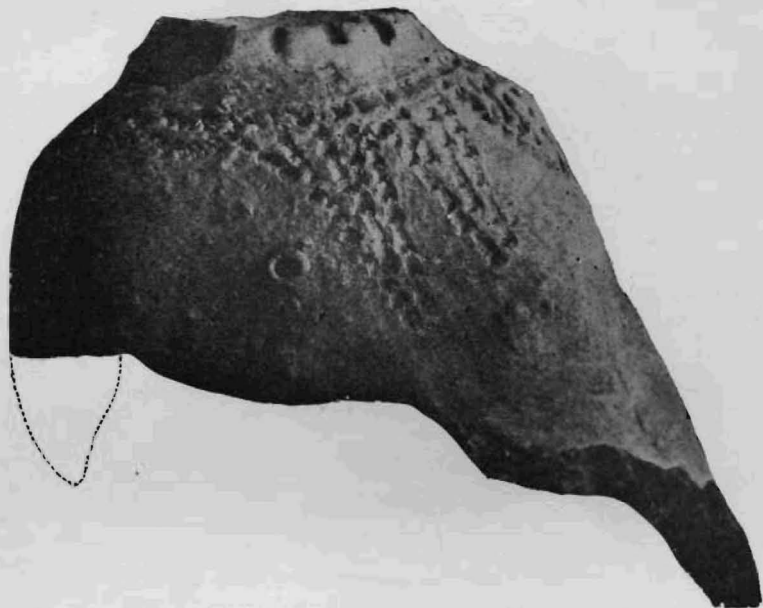


Fig. 33. — Más o menos de tamaño natural

liente, enérgicamente escotado, se ha realizado con prolijidad el aderezo del moño; éste ha sido modelado en dos planos, una especie de plataforma oval, primero, luego el penacho erguido, y cada uno de estos elementos acentuado por una línea circundante de incisiones, análogas a las de las caras laterales.

Las figuras 37 y 38 muestran dos cabezas muy toscas que presentan, sin embargo, bien definidos los caracteres propios de este tipo de representaciones. Grande analogía presentan entre sí los picos de carácter inconfundible y los ornatos, a base de triángulos sembrados de puntos; los moños, en cambio, difieren por completo; mientras en



Fig. 34. — Más o menos de tamaño natural

la segunda se conserva, dentro de la rusticidad del modelado, el carácter de los penachos encrespados, en la primera se lo ha plasmado chato, por



Fig. 35. — Más o menos de tamaño natural

medio de un reborde circular ornado de incisiones y una pequeña protuberancia central que da al conjunto un aspecto de escarapela.

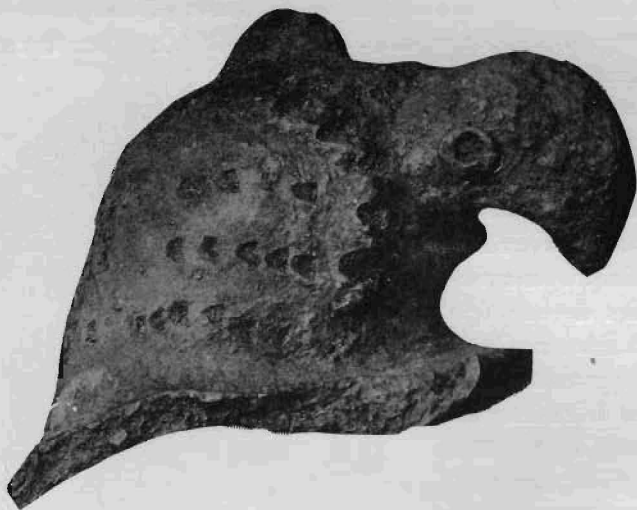


Fig. 36. — Más o menos de tamaño natural

— Dos pequeñas cabezas, más toscas aún (figs. 39 y 40) mantienen todavía, evidentes, los rasgos esenciales que vengo señalando en las piezas anteriores.

Al describir en un trabajo anterior algunas piezas de igual procedencia que las que actualmente estudio, hice mención de un ejemplar que representaba una conjunción de dos animales idénticos (1). Apreciada de perfil,



Fig. 37. — Más o menos de tamaño natural

aquella pieza poseía todos los caracteres de las habituales representaciones de psitácidos, pero, de frente, el pico presentábase doble. Entre el material recogido en nuestras exploraciones en las márgenes del Malabrigo, figuran varias piezas en que, sin duda, se ha pretendido obtener el mismo resultado, pero estilizando tan excesivamente los elementos que sólo nos es posible reconocerlas por comparación con el modelo anterior. A fin de no prolongar excesivamente la descripción de este conjunto, daré a conocer sólo los dos ejemplares mejor conservados, doble el uno y triple el otro (figs. 41 y 42). Exagerada ya en el primero la estilización, llega en el segundo a aislar los elementos pico y moño, haciendo abstracción de todo otro recurso. (Curioso es observar que en las piezas en que se ha duplicado el pico mantiénesse simple el copete, que se ha hecho doble, en esta última, en que aquél se ha triplicado.)



Fig. 38. — Más o menos de tamaño natural

En algunos ejemplares el pico mantiénesse horizontal y arquéase recién en su extremidad, afectando la forma típica del de los rapaces. Los peones que efectuaban la excavación, a medida que descubrían las piezas, holgá-

(1) APARICIO, *ibidem*, figuras 11 y 12.



Fig. 39. — Más o menos de tamaño natural

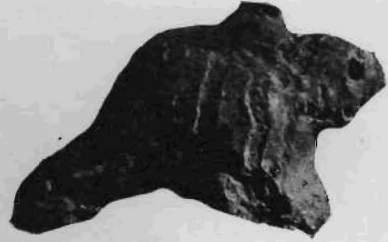


Fig. 40. — Más o menos de tamaño natural



Fig. 41. — Más o menos de tamaño natural



Fig. 42. — Más o menos de tamaño natural

banse en opinar acerca del animal representado y, como buenos conocedores de la fauna local, demostraban en ello no poco acierto. Los ejemplares



Fig. 43. — Más o menos de tamaño natural

a que voy a referirme fueron unánimemente clasificados como « águilas ». Y es indudable que considerados aisladamente podría sostenerse esa hipótesis con relativo fundamento, ya que no es posible aplicar estrictamente ningún criterio lógico. Pero si establecemos una serie de cabezas análogas, veremos que se trata de los mismos elementos típicos de los psitácidos, que venimos encontrando en todas las piezas estudiadas.

En los ejemplares más perfectos, como el de la figura 43, vemos que, a pesar de la horizontalidad del pico los caracteres familiares triunfan y repítense también la decoración en surcos quebrados paralelos señalada en otras piezas.

Así también otra pequeña pieza que, a pesar de sus reducidas dimensiones, reúne todos los rasgos clásicos de las interpretaciones de psitácidos (fig. 44)

y es digna de especial mención la circunstancia de haberse interpretado el copete como una protuberancia circular. Posee la cabecita una profusa decoración, tan suavemente grabada, que es apenas perceptible.



Fig. 44. — Más o menos de tamaño natural

Encuadra dentro de estos mismos caracteres otro ejemplar (fig. 45) de factura bastante cuidada, en el que es curioso observar la carencia de



Fig. 45. — Más o menos de tamaño natural

ojos, señalada ya anteriormente en otra cabeza de ejecución muy tosca.

Interesante, dentro de este tipo, aunque por desgracia muy mutilado, es el reproducido en la figura 46.



Fig. 46. — Más o menos de tamaño natural

Estrígidos

Cuentan entre las piezas mejor realizadas de esta colección, dos cabezas de estrígidos (figs. 47 y 48). Interpretación realista la una, atrevidísima estilización, la otra.

En la primera es evidente que se ha querido representar una especie de buho. El autor ha cuidado sólo de los elementos esenciales de individualización, ojos, « cuernos », pico, pero ha puesto especial empeño en repro-

ducirlos con la mayor fidelidad. Los ojos, el elemento más característico y llamativo de la familia, han sido objeto de preferente cuidado; acusa su ejecución una rara inteligencia, bastó trazar resueltamente tres discos perioftál-



Fig. 47. — Más o menos de tamaño natural

micos concéntricos, para conseguir un efecto sorprendente. Luego, el pico breve y enérgico, ligeramente encorvado hacia abajo y los mechones enhiestos que simulan la « cornamenta » peculiar. La cabeza es chata como si se

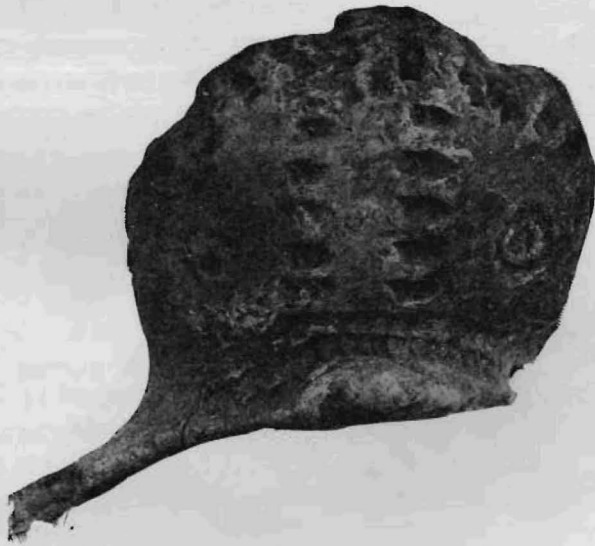


Fig. 48. — Más o menos de tamaño natural

hubieran unido dos láminas por los bordes, identificándolos en una verdadera arista, abultando despues un tanto la parte central. Presenta así, esta pieza, sólo dos caras; en la anterior se han ubicado los ojos y el pico,

sin ningún aditamento decorativo; la otra, en cambio, presenta un ligero decorado, en ella se han emplazado los dos « cuernos » de tal guisa que emerjan sobre la arista superior, advirtiéndose el empeño de definirlos franca-



Fig. 49. — Más o menos de tamaño natural

mente, pues la base de cada uno está circundada por un surco con evidente propósito de destacarlos. La decoración de la cara posterior consiste en breves surcos celulares horizontales, dispuestos con relativa simetría, que cubren toda su superficie.



Fig. 50. — Más o menos de tamaño natural

En la otra pieza (fig. 48) parece reconocerse, a pesar de la acentuada estilización, a algún representante del género de las lechuzas. Falta el pico, suplido con un ligero levantamiento del borde pero, en cambio, los ojos,

circuidos por un surco profundo, imprimen a la cabeza sobrado carácter con su mirar expresivo y fuerte. La decoración es completamente antojadiza en la cara anterior : dos series paralelas de breves surcos horizontales ocupan el espacio que media entre los ojos ; dos trazos largos, de igual elemento, corren por sobre el levantamiento del borde que simula el pico. Es en la parte posterior del cráneo donde la decoración se ha cuidado más :

tres surcos longitudinales, amplios y profundos, han sido ornamentados en su interior por medio de líneas quebradas paralelas y los cuatro rebordes salientes que los limitan, ornamenta-

dos a su vez con series de incisiones profundas. Este ornato produce francamente, la impresión de un amplio penacho caído sobre el cráneo.

Entre el material que estudio, es esta la única pieza que presenta una decoración que responde aparentemente a un fin imitativo, susceptible de interpretarse como un complemento de la caracterización obtenida por el modelado (fig. 49).

Guardan aparente relación con la pieza anteriormente descrita, tres enigmáticas cabezas tan estilizadas que, sólo por comparación, se las reconoce como tales (figs. 50, 51 y 52).



Fig. 52. — Más o menos de tamaño natural

Repítase en todas ellas un cráneo abultado, casi globular, cuyo borde arquéase insinuando un pico y luego una profusa decoración francamente caprichosa. Sólo una de ellas (fig. 51) está provista de ojos ; son éstos laterales, circunstancia que le resta — lógicamente considerada — todo posibilidad de parentesco con la familia a que presumo perteneciente el ejemplar descrito en el párrafo anterior. No hay, pues, posibilidad de conjeturar nada acerca del modelo que pudo servir de fuente de inspiración para la factura de estas cabezas.

¿ Mamíferos ?

No es de extrañar que piezas toscas, realizadas con harto desaliño, nos resulten incomprendibles ; no es más elocuente el ejemplar de que paso a ocuparme, ejecutado con excesiva pulcritud. A pesar de la vaguedad que la ha-



Fig. 53. — Más o menos de tamaño natural

ce indefinible, presenta esta cabeza dos particularidades que le prestan especial interés: repítese en ella la orientación paralela al borde de la vasija que señalamos en piezas anteriormente descritas (fig. 53) y, luego, su deco-

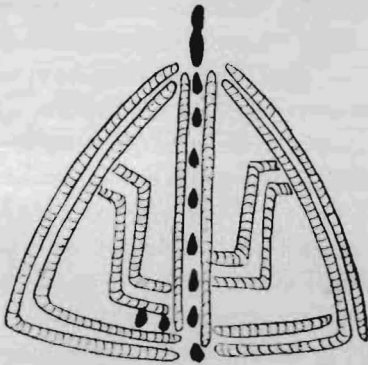


Fig. 54

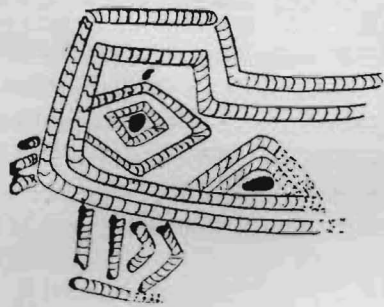


Fig. 55

rado geométrico es típico ejemplo de ornamentación totalmente divorciada de todo propósito de caracterización. En los esquemas (figs. 54 y 55) po-

drá el lector darse idea exacta de la composición que engalana esta pieza, en la parte posterior del cráneo y cuello, primero, y en el fragmento del vaso conservado, luego.

Moluscos

Todas las piezas hasta aquí descritas han formado parte de vasos, a los cuales sirvieron, sin duda, de asas u ornamentos, o se hallan en tal forma mutiladas que no es posible deducir su destino.

En cambio, la figura 56, muestra un fragmento de molusco que permite presumir su forma primitiva, constatándose que la representación del animal ocupaba totalmente la pieza y que ésta no pudo emplearse como recipiente pues en la parte superior, a la vera de la voluta peculiar, existía un agujero apreciable, bien bordeado, análogo a los que aparecen siempre en estas representaciones cuando



Fig. 56. — Más o menos de tamaño natural

ellas constituyeron, por sí solas, el objeto de la creación artística. Esta pieza — de la cual se conserva aproximadamente la mitad — fué de forma subglobular, con una amplia abertura rebordeada que le sirvió de base, y otra



Fig. 57. — Más o menos de tamaño natural

abertura más pequeña (dos centímetros de diámetro, más o menos) en la parte superior; luego, en una sección se ha modelado la espiral, pronunciada de suyo, y acentuada, aún más, por una decoración punteada.

Más elegante y artísticamente interpretado parece haber sido el fragmento reproducido en la figura 57, pero, desgraciadamente, éste es tan pequeño, que poco puede barruntarse acerca de su primitiva forma.

Figuras humanoides

No faltan, entre las representaciones extraídas de los paraderos de las márgenes del Malabrigo, algunas que presenten un aspecto francamente humanoide.

Cuatro son las piezas que pueden incluirse, sin mayor convencionalismo, en esta categoría; cada una de ellas ha sido interpretada de un modo espe-



Fig. 58. — Más o menos de tamaño natural

cial y todas poseen elementos plásticos ajenos a la forma humana, pero como hemos visto repetidas veces que los primitivos artistas que nos dejaron los restos que estudiamos, no se propusieron jamás ser lógicos en sus concepciones, creo más acertado, y aún más científico, atender preferentemente el carácter expresivo de las figuras.

Comenzaremos por el ejemplar que más fielmente traduce los rasgos humanos (fig. 58). Los ojos horizontales indicados por un profundo trazo celular, bien modeladas la nariz y las orejas, indicada la boca por una fuerte presión digital; todo hace presumir que tuvo el autor la intención de ajustarse estrictamente al modelo, y aun el tocado, fantástico a nuestros ojos, pudo ser un elemento de caracterización, puesto que sabemos que buen golpe de las tribus habitantes del litoral de nuestros grandes ríos tuvieron la costumbre de practicarse raras tonsuras y complicados aderezos capilares (1). Restan a la cabeza carácter humano, las fosas nasales abiertas a

(1) En su erudita noticia histórica sobre guaycurúes y mbayás, Colini, relatando estas prácticas, parecería referirse a esta misma cabeza: « *Portavano la testa rasa, lasciando solamente due corone concentriche di capelli con un ciuffo nel mezzo sul cocuzzolo.* » (G. A. COLINI, *Notizie storiche ed etnografiche, sopra i Guayuru e gli Mbaya*, en GUIDO BOGGIANI, *Viaggi d'un artista nell'America Meridionale. I Cadwei (Mbaya o Guaycurú)*, página 294, Roma, 1895.) Refiérese este párrafo a los guaycurúes; más adelante trae parecidas informaciones acerca de los mbayás: « *I giovani portavano i capelli a capriccio, ma gli adult il itagliavano sulle tempie ed intorno alla testa, lasciandone soltanto una corona come i frati francescani* »

sendos costados de la nariz y el trazo decorativo que corre por sobre la oreja.

Huelga afirmar que esta cabeza, provista de tan arbitrarios ojos, carece en absoluto de expresión y sólo puede presumirse su «humanismo» por el análisis de sus elementos; caso contrario es el de una pequeña cabeza, de vivísima expresión e inconfundible carácter (fig. 59). La nariz y la boca son las únicas facciones que aproximadamente responden a un tipo humano; a pesar de su redondez, los ojos son, acaso, los que más humanizan esta figurita con la intensidad de su expresión, obtenida por curioso y simple procedimiento: dos horados circulares, concéntricos, de distinta profundidad. En la parte superior del cráneo corre por sobre la frente un reborde saledizo, acentuado por dos líneas de incisiones. Remata la cabeza un copete prominente que se escurre por detrás, formando pequeñas protuberancias a modo de trenzas.



Fig. 59. — Más o menos de tamaño natural

Las figuras 60 y 61 son francamente convencionales; sólo pueden considerarse como probables intentos de representaciones humanoides, apreciadas

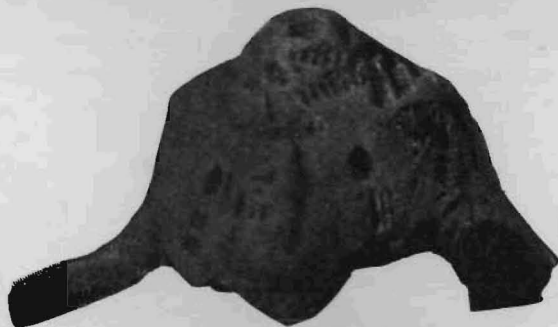


Fig. 60. — Más o menos de tamaño natural

emotivamente. La primera responde al tipo más común y generalizado de interpretación de psitácidos; reproducida de perfil podría afirmarse que se

(*Ibidem*, pág. 307). Dobrizhoffer, Steinen y Peleschi consignan prácticas análogas entre abipones, bakairí, maticos y bororós (citados por Colini, *ibidem*, pág. 307, nota 2).

Conuerdan con estas informaciones las suministradas por Aguirre, relativas a los mbayás: «En el pelo tienen sus variaciones, unos le llevan raspado, dejando solamente un mechón en la corona, y es lo más dominante, y otros van alternando una carrera cortada y otra de pelo desde la coronilla a la circunferencia.» (*Diario de Aguirre*, en *Anales de la Biblioteca*, t. VII, pág. 314, Buenos Aires, 1911.)

trata de un representante de la familia predilecta, pero, vista de frente, adviértese que el pico se asemeja más a una nariz y que por debajo de ésta corre una boca evidente, dando al conjunto la impresión de que quiso representarse un individuo de nuestra especie.



Fig. 61. — Más o menos de tamaño natural

La otra alcanza una pueril comicidad. En breve espacio resúmense, casi indicadas por puntos, las facciones de una cara, luego alárgase hacia atrás un cráneo desproporcionado a guisa de capucha, todo ornado de pequeñas incisiones.

Representaciones indefinidas

Curiosa y violenta estilización ofrecen dos pequeñas cabecitas de ave (figs. 62 y 63). En la primera, sorprende, sobre todo, la extraña interpretación del pico y el copete, que semejan elementos idénticos, y el ojo desproporciona-



Fig. 62. — Más o menos de tamaño natural

do y doblemente circunscrito. La segunda, a pesar de carecer de copete y de ojos, presenta análogo carácter, quizá por la exótica decoración del pico.

Una pequeña cabeza de extraordinario carácter pero de difícil identifica-

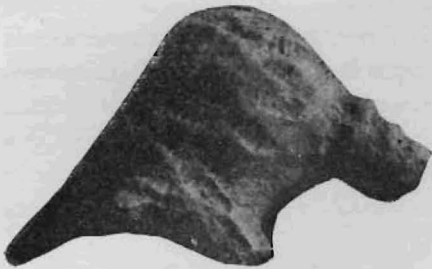


Fig. 63. — Más o menos de tamaño natural



Fig. 64. — Más o menos de tamaño natural

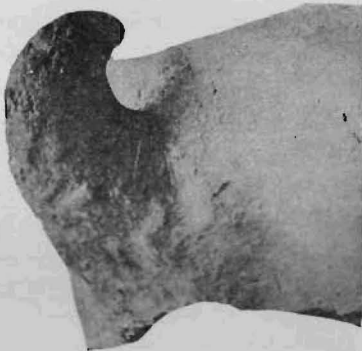


Fig. 65. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

Fig. 66. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

ción merece señalarse especialmente (fig. 64). Una amplia boca, a cuyos costados se han emplazado los ojos, vivísimos, y una nariz apenas indicada por dos surcos que se confunden con el labio superior, dan cierto aspecto humanoide a la extraña cabeza cuyo interior es hueco, circunstancia que pudo permitir usarla a modo de pico, para verter los líquidos contenidos en la vasija de que formara parte.

Sea por el preconcebido propósito de efectuar piezas de menor importancia; sea por exceso de estilización; sea por torpeza del artífice, las esculturas zoomorfas degeneran, reduciéndose en algunos ejemplares a pequeñas masas plásticas adheridas al costado del vaso. Si bien es cierto que algunas veces se presentan bien caracterizadas y hasta con evidentes rasgos familiares (fig. 65); declinan otras en relieves casi informes (fig. 66) y llegan hasta carecer de todo rasgo zoomorfo, a pesar de lo cual puede siempre considerárselas como imitaciones torpes de los modelos bien caracterizados (fig. 67).



Fig. 67. — Más o menos $\frac{2}{3}$, del tamaño natural

raciones interiores⁽¹⁾. Las piezas descritas en esa breve monografía no han formado parte de vasijas; en cambio una pequeña pieza recogida en las márgenes del Malabrigo reúne caracteres análogos pero ha sido ejecutada en el borde de un vaso (fig. 68). Los rasgos zoomorfos han sido repetidos en ambas caras del recipiente, el cual se advierte que estaba provisto, también, de agujero de suspensión.

Siluetas

En un trabajo recientemente aparecido me he ocupado de ciertas representaciones efectuadas en forma de siluetas, recortando el perfil del animal que se desea representar sobre una lámina plástica, complementándolo luego con dibujos o decoraciones interiores⁽²⁾.

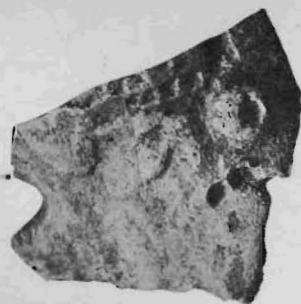


Fig. 68. — Más o menos de tamaño natural

(1) FRANCISCO DE APARICIO, *Un nuevo tipo de representaciones plásticas*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo LI, Buenos Aires, 1933.

Probables representaciones de colas

Al estudiar las piezas procedentes de los paraderos de la costa de la laguna Brava, Outes reconstruyó, hipotéticamente, los vasos a que habían pertenecido; teniendo en cuenta los tipos más difundidos entre los aborígenes del oriente de Sud América e inspirándose directamente en las alfarerías zoomorfas de los bakairí, estudiados por Steinen y Schmidt (1). Los vasos de los bakairí representan generalmente todo el animal, como si estuviera echado de lomo; cabeza, cola y extremidades sirven de asas o aditamentos decorativos, y el vientre del animal ábrese formando la boca de la vasija (2). No satisfizo a Outes esta disposición y concibió su reconstrucción, simplemente, como un vaso simétrico con dos cabezas a guisa de asas; fundando en esta forma su opinión: « En cuanto a las asas — dice — me inclino a creer que fueran un par, pues los platos o boles provistos de una sola son propios de las provincias culturales del occidente de Sud América » (3).

Al reconstruir en un trabajo anterior un gran fragmento de igual procedencia que los que hoy estudio, el cual corroboraba, a mi juicio, la reconstrucción efectuada por Outes, dejé constancia de mis dudas acerca de la simetría de estos vasos: « Si bien los fundamentos dados por el autor (Outes) en apoyo de su hipótesis, acerca de la simetría de estas piezas, son muy atendibles, creo que el problema no puede darse por resuelto.

« Muchas son las razones que podrían aducirse en contra, pero como ellas no saldrían del campo conjetural, creo más eficaz adoptar provisionalmente dicha hipótesis, hasta tanto la fortuna ponga en nuestras manos los elementos de prueba necesarios para fundar debidamente opiniones definitivas (4). »

Entre el material que hoy estudio figuran algunas extrañas piezas que, en mi opinión, pueden constituir una pista para la solución de este problema. Trátase de algunos ejemplares de representaciones plásticas que



Fig. 69. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

(1) OUTES, *ibidem*, figura 1.

(2) KARL VON DEN STEINEN, *Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens*, passim, Berlín, 1894, y MAX SCHMIDT, *Indianerstudien in Zentralbrasilien*, passim, Berlín, 1905.

(3) OUTES, *ibidem*, página 62, nota .

(4) APARICIO, *Nuevos hallazgos*, etc., página 9, nota 2.

reunen todos los caracteres que las distinguen, pero que carecen de todo rasgo zoomorfo, o bien aparecen muy vagos e indefinidos, y pueden, sin mayor convencionalismo, interpretarse como estilizaciones de colas (1).



Fig. 70. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

La figura 69 reproduce el más elocuente de estos ejemplares. Es hueco, más o menos piramidal, ha estado adherido a la pared de un vaso exactamente como las cabezas escultóricas; presenta cuatro caras — como si su base fuera rectangular — pero sus aristas son redondeadas. En la fotografía se advierte claramente que toda su decoración consiste en una serie de ángulos superpuestos, esta decoración cubre totalmente la pieza por todas sus caras, y el aspecto, en conjunto, seméjase mucho a una cola de ave, bastante estilizada, se entiende.

Análoga interpretación puede darse a otra pequeña pieza muy fragmentada (fig. 70). Trátase de un casco de esfera ornamentado con círculos concéntricos de incisiones. Evidentemente fué el remate de una pieza mayor.

Los tres ejemplares restantes son más dudosos, pues podrían interpretarse como estilizaciones exageradas de moluscos.



Fig. 72. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

El mejor conservado (fig. 71) es subcilíndrico. La base visible presenta un agujero central rodeado por un surco circular; el cuerpo del cilindro presenta tres series rítmicas de pequeños surcos horizontales, paralelos. Conserva parte del borde del vaso permitiendo apreciar exactamente su ubicación.

Más curiosa aún resulta una pieza de forma muy semejante (fig. 72). El cuerpo es subcónico, dos surcos simples paralelos lo rodean al llegar al vértice, que emerge como una protuberancia. Conserva también parte del borde y, diametralmente opuesto a él, un agujero amplio — de tres centímetros de diámetro aproximadamente — que debió desempeñar el mismo papel de las asas tubulares



Fig. 71. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

(1) Ambrosetti, siempre sagaz en sus observaciones, reparó ya en algunos restos análogos: «Otras dos piezas — dice — parecen haber querido representar, una la cola de un peludo con la punta doblada y toda llena de dibujos, y la otra algo por el estilo (figuras 19 y 20)» (*op. cit.*, pág. 411).

de que me ocupo más adelante. El croquis que publico (fig. 86) da idea aproximada del extraño dispositivo de esta vasija.

A pesar de su gran analogía con las piezas que acabo de describir, una más pequeña presenta más definidos caracteres de molusco, pues el modelado y la decoración que la rematan son espiralados (fig. 73).

Quédanme aún buen golpe de esculturas zoomorfas por describir, pero trátase de fragmentos excesivamente mutilados o torpemente ejecutados. Su inclusión, a la zaga de los hermosos ejemplares ya estudiados, prolongaría inútilmente este trabajo.

ASAS TUBULARES

Al estudiar en mi citado trabajo anterior, las esculturas zoomorfas procedentes de este mismo paradero, incluí dos asas cuya extraña forma llamó justificadamente mi atención. Tratábase de dos tubos de apreciable diámetro que parecían haber estado emplazados casi al nivel del fondo de la vasija, inhabilitándolas por consiguiente para contener líquidos (1).

En el curso de las excavaciones en los paraderos de las márgenes del río Malabrigo, sorprendíanos sobre manera la abundancia de este tipo de asas que, como podrá verse en seguida, no se presentaba siempre en forma de simple tubo, sino que evolucionaba hasta adaptar las cabezas escultóricas a las necesidades de un adimento tubular.



Fig. 74. — Más o menos $\frac{2}{3}$, del tamaño natural

Estos restos y otros análogos, que a continuación estudiaremos, evidencian el empleo de un tipo de vasija tan peculiar que, a mi juicio, constituye uno de los factores de singularización más netos del pueblo cuyos restos estudiamos.

Difícil sería, sino imposible, explicar, de acuerdo con la lógica moderna, cuál pudo ser el fin práctico perseguido por los primitivos fabricantes de estas vasijas, al abrirles tan amplio boquete, casi al nivel del fondo. Si estos vasos formaron parte del ajuar doméstico, como parecen comprobarlo su

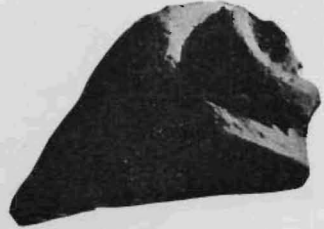


Fig. 73. — Más o menos $\frac{2}{3}$, del tamaño natural

(1) Entre el material procedente de los paraderos de Goya, estudiado por Ambrosetti, figuran tres ejemplares de este tipo de asa. El malogrado maestro sólo se refiere a ellas muy someramente y en forma incidental, en el capítulo titulado « Bocas zoomorfas », nombre bajo el cual las distingue. (AMBROSETTI, *ibidem*, pág. 415).

abundancia y la rusticidad de algunos ejemplares, sólo cabría suponer que estaban destinados a la elaboración de algún manjar cuyo jugo, a medida que iba produciéndose, debía eliminarse o, bien, recogerse en otra vasija.

La cantidad de piezas de que dispongo me permite establecer, dentro



Fig. 75. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

de este tipo de asas, una serie de categorías según su mérito artístico o técnico.

La expresión más rudimentaria estaría constituida por asas completamente lisas, pertenecientes a vasijas que, a juzgar por el fragmento conservado, carecieron también de decoración. Las figuras 74 y 75 muestran dos



Fig. 76. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural



Fig. 77. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

ejemplares de esta índole, uno de ellos perfectamente tubular, subcónico el otro. Ambos ejemplares, así como los otros fragmentos análogos que poseemos son de factura muy tosca (1).

(1) He generalizado el calificativo de « tubular » para estas asas porque es la forma predominante; creo inútil advertir que no todos los ejemplares presentan esta forma exactamente definida; en algunos se torna ligeramente cónica, pero este apartamiento del patrón bien puede interpretarse como una deficiencia de factura, pues se observa precisamente en los ejemplares más bastos.

El primer paso en el camino del arte estaría exteriorizado por una somera ornamentación en la parte del borde que corre por sobre el asa, limitada

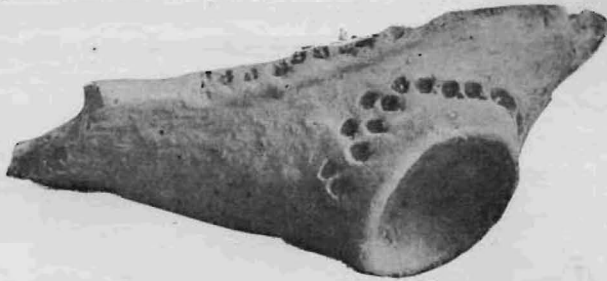


Fig. 78. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

frecuentemente a una pequeña serie de escotaduras, ondulaciones o pliegues, siempre muy toscos (fig. 76). O bien, a la inversa, preséntase ligeramente decorada el asa y liso el fragmento conservado de la pared del vaso (fig 77).

En ejemplares más perfeccionados aparecen decoradas ambas partes. Esta decoración reviste unas veces extrema sencillez (fig. 78); presenta otras caracteres más avanzados que traducen el propósito de irse aproximando al modelo más perfeccionado dentro de la serie: el asa tubular zoomorfa o antropomorfa. El primer ensayo para la consecución de tal intento podría considerarse



Fig. 79. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

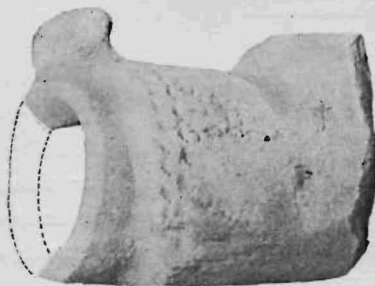


Fig. 80. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

la figura 79 que en la sección del borde que corre por sobre el asa, presenta una protuberancia en la que claramente se advierte el propósito de realizar una estilización zoomorfa, a pesar de su rudimentaria ejecución. Más evidente aún es este propósito en el ejemplar que aparece en la figura 80, en el cual se ha modelado una somera cabeza de psitácido en el borde superior del asa.

Luego entraremos ya a considerar asas realmente zoomorfas (las « bocas zoomorfas », de Ambrosetti).

Magnífico ejemplar de este tipo constituiría la figura 81 de no hallarse tan mutilado. El asa, de forma subcónica, ha sido primorosamente ejecuta-

da; la abertura pulida y bordeada con esmero y toda la superficie decorada. En la parte superior emerge una cabeza de psitácido, sintetizada casi, como en la mayoría de estas representaciones, en la mandíbula superior, desgraciadamente fracturada; como en algunas piezas ya descritas (fig. 21, 23 y 26, etc.) la mandíbula inferior, apartándose de la regla general, ha sido modelada en relieve y decorada luego por medio de incisiones.

Otro ejemplar de este tipo es francamente antropomorfo (fig. 82). Sólo se conserva el asa propiamente dicha, de factura bastante tosca. En la parte

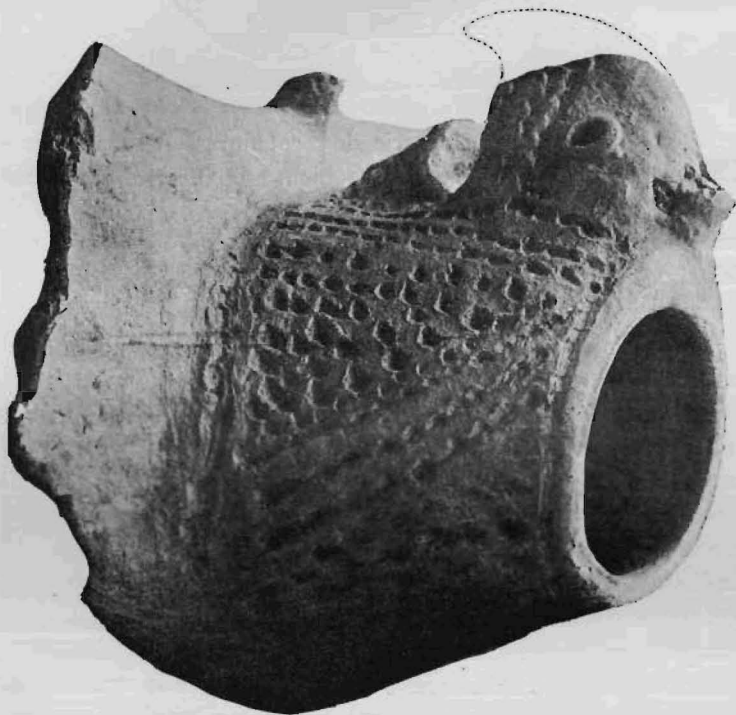


Fig. 81. — Más o menos de tamaño natural

superior ha sido representada la cabeza en forma simple y elocuente: los ojos, circulares y profundos, bordeados con un surco inciso, carecen por completo de carácter humano, que prestan a la pieza, la nariz inconfundible, modelada con gran acierto, y la boca indicada por un trazo de incisiones sucesivas; con análogo elemento se ha limitado la cara por medio de una raya que confina con el borde y cae a ambos costados, y paralelamente a ésta corre otra que al llegar a la nariz descende circundándola.

Conceptúo como el tipo más perfecto y evolucionado de esta serie, la pieza reproducida en la figura 83. En casos anteriores he hecho notar que no son las obras más cuidadosamente ejecutadas los más altos exponentes artísticos de este aborígen pueblo escultor. Antes bien, algunas piezas eje-

cutadas con evidente ligereza y desgaire acusan sorprendentes condiciones en el primitivo artífice y así, la cabeza a que he hecho referencia, modelada



Fig. 82. — Más o menos de tamaño natural

con harto desaliño, ha sido concebida con extraordinaria audacia. El tubo que forma el asa, bien alisado y bordeado en su abertura, ha sido abultado



Fig. 83. — Más o menos de tamaño natural

luego, de intento, hasta darle un vago carácter de cabeza, y de su parte superior despréndese un pico de psitácido, estilizado en amplia curva que

muere sobre el borde de la vasija, dejando un hueco que constituye un asa de suspensión, propiamente dicha. Sobre el pico se han emplazado los ojos, que añaden gran carácter al conjunto. La decoración reduce a algunas líneas de gruesas incisiones que, a pesar de su aparente desconcierto, rodean



Fig. 84. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

la cabeza con una serie de ambiguos triángulos. Esta curiosa pieza nos da noticia de un extraño tipo de vasija en la que además del tubo de ignorado destino de que venimos hablando, se ha emplazado un asa vulgar para la suspensión y manejo del tiesto.

Que la exótica concepción del pico descrito no fué un simple capricho,

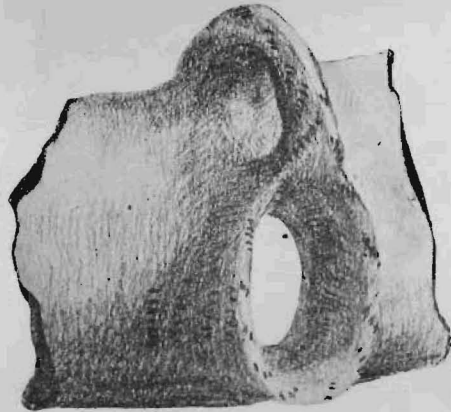


Fig. 85

como podría hacerlo suponer la atrevida estilización, y que los tubos de que venimos hablando tuvieron un fin determinado en la rústica culinaria de aquellos primitivos, nos lo demuestra, con sobrada evidencia, otro fragmento de idéntico destino, sin representación plástica, pero con somero

decorado : tal es la pieza de que da cuenta la figura 84, en que se ha conservado entera el asa, unida a un fragmento de borde, y por debajo de ella una abertura de amplio diámetro que hizo las veces de los mencionados tubos.

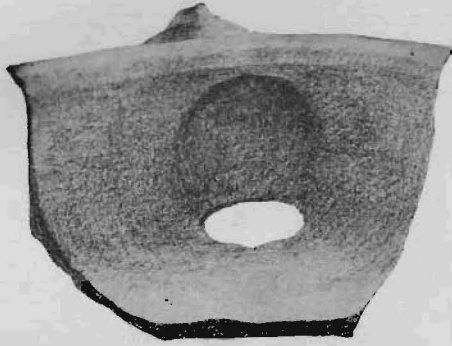


Fig. 86

Otra pequeña pieza que incluyo en el párrafo en que estudio las probables estilizaciones de colas (fig. 72) presenta también un agujero que todo hace suponer tuviera idéntico destino.

Para mayor comprensión de este extraño tipo de vasija he intentado reconstruir, semiesquemáticamente, los dos fragmentos últimamente citados, tal como yo imagino que debieron estar dispuestos en los vasos de que formaron parte (figs. 85 y 86) (1).

ASA SIMPLE

Una sola asa de tipo común fué retirada de los yacimientos del Malabrigo (fig. 87). Creo oportuno llamar la atención acerca de esta circunstancia, siendo tan grande la cantidad de alfarería removida y las asas escultóricas tan numerosas.

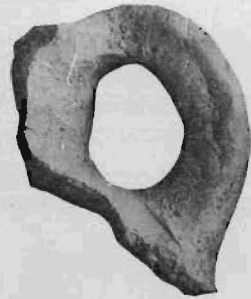


Fig. 87. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

(1) Vasos con fondo agujereado han sido ya señalados en otros pueblos aborígenes de América. Nordenskiöld ha estudiado detenidamente el empleo de vasijas de esta índole entre Chiriguano y Chanés. (Confr. : ERLAND NORDENSKIÖLD, *The changes in the material culture of two indian tribes under the influence of new surroundings*, capítulo XXII, Göteborg, 1920.) El doctor Jorge Magnin, infatigable e inteligente coleccionador de restos arqueológicos en la provincia de Córdoba, posee en su rica colección algunos fragmentos de fondos que corresponden a recipientes análogos a los publicados por el eminente americanista en la obra arriba citada (fig. 16 a).

BORDES

Bordes con agujero de suspensión

Entre el material recogido figuran diez fragmentos de borde provistos de agujero de suspensión.

Seis de ellos han sido perforados después de cocidos con un instrumento

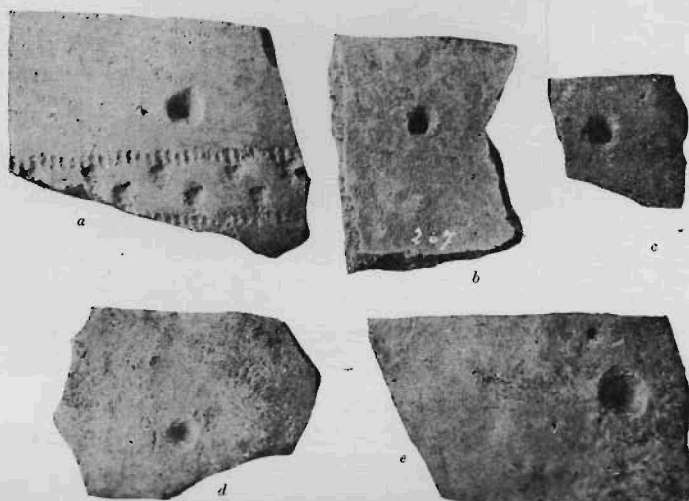


Fig. 88. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

punzante al cual se le ha impreso un movimiento de rotación, produciéndose así un agujero cónico; esta operación se efectuaba por ambas caras, haciendo coincidir las perforaciones (figs. 88 y 89 *b*). Uno de estos fragmentos está inconcluso (fig. 88, *d*); la perforación se ha hecho de un solo

lado y ha sido detenida aproximadamente a la mitad del espesor de la pared; en otro (fig. 88 *e*), se han iniciado las dos perforaciones pero su dirección no ha coincidido y han quedado las dos inconclusas.

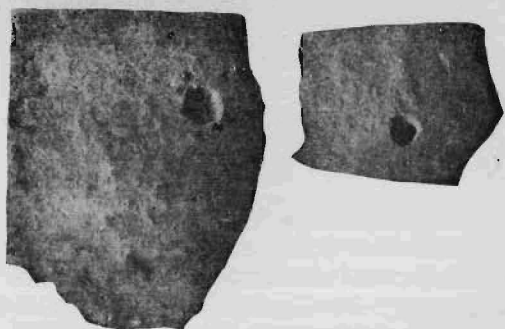


Fig. 89. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

Dos piezas presentan agujeros abiertos antes de la cocción, pero por análogo procedimiento (fig. 89).

Un fragmento, que parece haber pertenecido a una vasija de grandes dimensiones (fig. 90), está provisto de un amplio agujero de suspensión,

completamente circular, ejecutado en la pasta fresca y circuido, en ambas caras, por una doble serie de incisiones.



Fig. 90. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

Más curiosa aún resulta otra pequeña pieza que parece haber constituido el asa de una vasija y en la cual, el vano ordinario ha sido substituído por dos pequeños agujeros destinados, sin duda, al paso de tientos o cordeles (fig. 91) (1).

Bordes simples

Los fragmentos de bordes correspondientes a vasijas sin ornamentación son muy numerosos, pero todos ellos responden a tipos muy homogéneos. Los ejemplares que poseo pueden todos referirse aproximadamente, huelga decirlo, a los tipos establecidos en el croquis fig. 92). La gran mayoría responde al tipo *a*, borde que ha sido simplemente redondeado a mano. Luego figuran los cortados en bisel por medio de un instrumento alisador (*b*). Los tipos *c*, *d* y *e*, menos frecuentes, pueden considerarse como variantes de éste, sea que se acentúe un segundo bisel en la cara interna (*c*) o se forme una especie de cintura en la externa que provoca un pronunciamiento saliente del borde, (*d* y *e*).



Fig. 91. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

(1) Son de gran interés los informes y consideraciones que, acerca de los agujeros de suspensión y su relación cronológica con las asas, formula Nordenskiöld, en la obra anteriormente citada.

Los tipos *f* y *g* son menos frecuentes. El segundo, de paredes muy gruesas, no es sino el tipo *a* aumentado, correspondiendo, quizá, a vasijas de

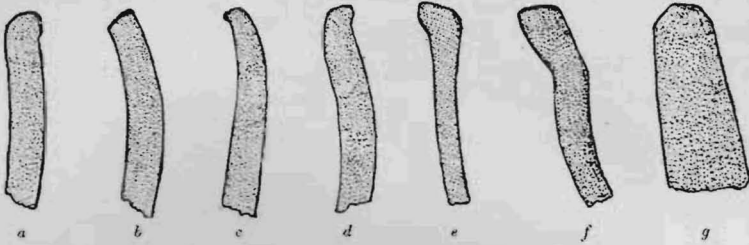


Fig. 92

gran tamaño. El otro es excepcional ; poseo un solo ejemplar, correspondiente a la sección bastante apreciable de un bol.

FRAGMENTOS DE VASOS DECORADOS

Decoración grabada y pintada

La mayor parte de las representaciones plásticas y de los fragmentos de vasos decorados, procedentes de los paraderos de que me ocupo, presentan

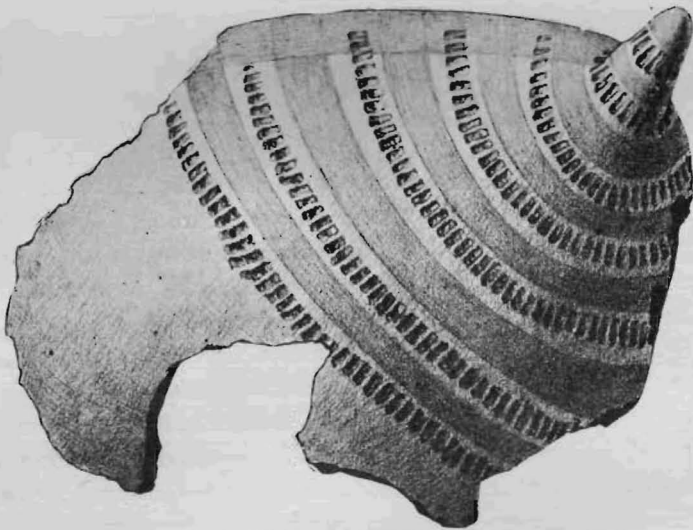


Fig. 93. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

huellas de pintura, y así como en algunas piezas ha sido posible determinar que toda la superficie fué pintada de un color uniforme, en varios fragmentos perduran nítidamente restos de guardas o decoraciones cromáticas.

El vaso cuyo fragmento publico en la figura 93 parece haber tenido una forma ligeramente navicular, con una boca elíptica. El extremo que se ha conservado presenta una protuberancia subcónica, circuida por dos trazos de

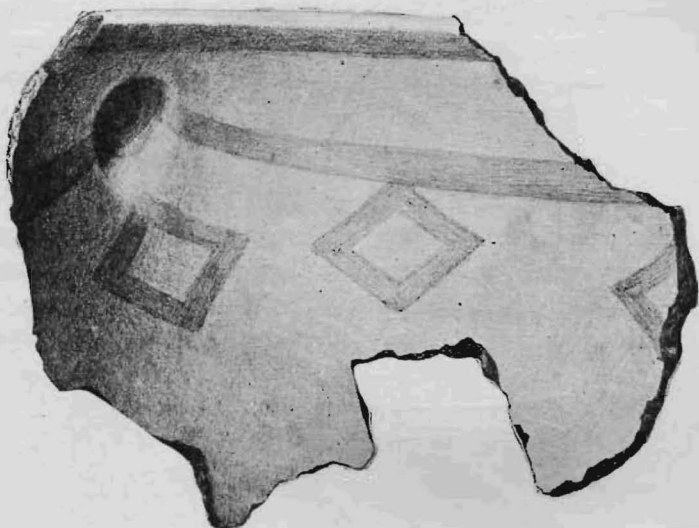


Fig. 94. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

incisiones sucesivas, trazos que se repiten, concéntricos, hasta cinco veces en la superficie externa del vaso. Luego se han pintado franjas rojas en todos los espacios que median entre los mencionados surcos; otra corre junto al borde de la vasija. En la cara interna corre también una franja junto al borde y otra paralela, a corta distancia; además, adviértese una serie rítmica de losanges, que probablemente rodearía el vientre del vaso (fig. 94). El excelente dibujo que incluyo da idea exacta de la hermosa pieza.

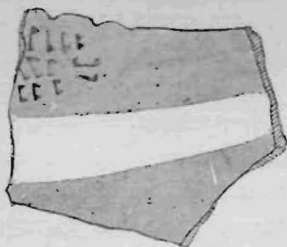


Fig. 95. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural



Fig. 96. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

Un pequeño fragmento, tan mutilado que su interpretación es totalmente imposible, presenta análogo tipo de ornamentación: surcos escalonados, paralelos, incisos muy suavemente, y los espacios intermedios pinta-

dos de un rojo tan vivo que, aún hoy, conservan puro su matiz carmíneo.

Otro presenta un borde muy plegado hacia el exterior, engalanado con ligeras escotaduras y un macizo de incisiones, y luego dos franjas rojas aparentemente paralelas (fig. 95). Más primitivo, otro trozo (fig. 96) ha sido decorado externamente por una triple serie de incisiones unguiculares paralelas, e internamente por una lista roja de cinco centímetros de ancho que sigue la línea del borde.

Decoración pintada

Entre las decoraciones obtenidas por exclusivo empleo de color debo citar, en primer término, un fragmento de vaso que presenta una guarda propiamente dicha (fig. 97). El color natural de la alfarería es de un rojo muy vivo, obtenido por una cocción tan perfecta que de no haber sido retirado

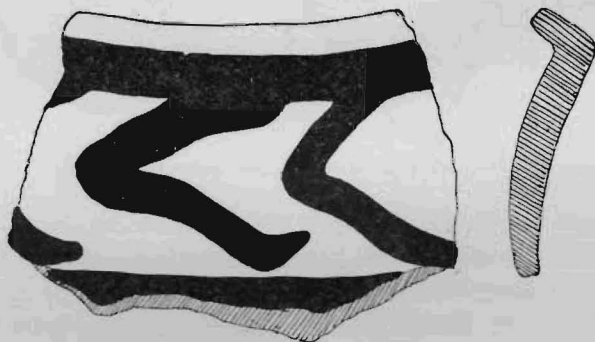


Fig. 97. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

personalmente del yacimiento, podría dudar acerca de su procedencia. Sobre ese fondo rojo se ha trazado, en negro, la sumaria decoración que puede verse en el dibujo: una serie de ángulos agudos encerrados entre dos franjas angostas, una de las cuales sigue el borde y la otra corre paralela a tres centímetros y medio de distancia, aproximadamente. El borde dobla hacia afuera casi en ángulo recto, y sobre su cara superior continúa la decoración formando una serie de pequeños triángulos muy irregulares.

Una pequeña sección de un vaso de apreciables dimensiones presenta análoga decoración: sobre el fondo rojo de una cerámica tan perfecta como la mencionada anteriormente, destácase una decoración de franjas negras, de la cual sólo se han conservado pequeños vestigios. Además de la pureza de su color rojo presenta esta pieza, en su superficie externa, prolijamente pulimentada, un brillo muy agradable obtenido, al parecer, mediante la aplicación de alguna substancia grasa (fig. 98).

Varios fragmentos posco en que la decoración ha consistido en pintar franjas rojas sobre el fondo pardo claro de la alfarería. Ninguna de las piezas

Fig. 99. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

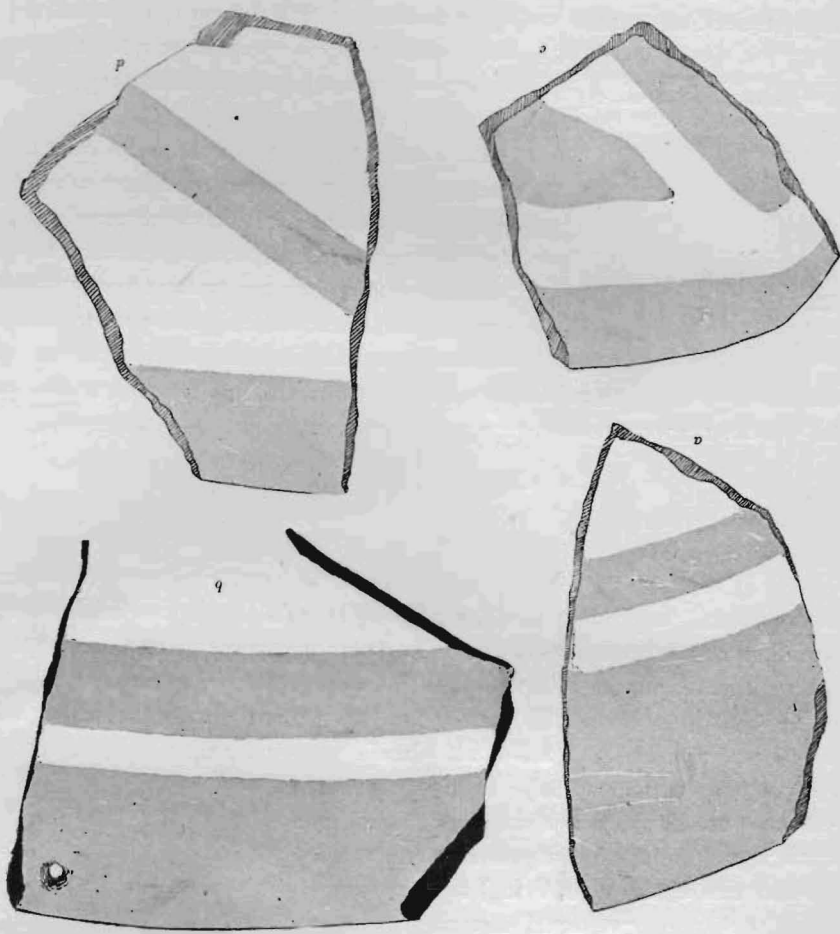
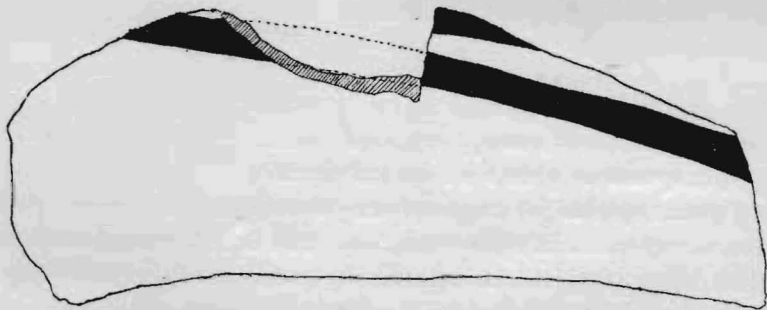


Fig. 98. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural



permite apreciar la composición obtenida por tan sencillos elementos, todas son de pequeñas dimensiones. He reunido en una lámina (fig. 99), los cuatro ejemplares mejor conservados; todos están representados en su cara interna. La exterior preséntase en uno de ellos (*a*) completamente ennegrecida por el uso, otro (*b*) carece de toda decoración y los dos últimos presentan huellas borrosas de un ornato análogo al de la cara interna.



Fig. 100. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

Decoración modelada y grabada

Algunas secciones de vasos presentan una ligera decoración modelada en relieve y complementada luego por medio de las ordinarias unidades ornamentales grabadas.

Una de ellas (fig. 100) presenta una curiosa decoración, bien evidente en la fotografía, en la cual merece señalarse el empleo de esos elementos análogos a los ojos de ciertas cabezas, que

hemos visto aparecer en otros ejemplares y que se repite aún en otro pequeño fragmento (fig. 101).

En otra pieza se ha modelado en abultado relieve un ángulo agudo cuyo vértice toca casi el borde del vaso; en la cresta de ese ángulo se ha grabado un surco escalonado y en su interior repítese el motivo, grabando tres nuevos ángulos paralelos (fig. 102).

Decoración grabada

Unguicular. — El más primitivo procedimiento para decorar alfarerías parece ser la presión unguicular; si bien es cierto que no faltan decoraciones de esta índole que llegan a adquirir cierta gracia por su ordenación rítmica, no lo es menos que por medio de ella parecen haberse intentado los primeros tanteos de decoración. Ejemplo de ello parecería ser una pequeña pieza (fig. 103) en que el incipiente artista se ha satisfecho con imprimir varias presiones unguiculares al azar.



Fig. 101. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

Combinaciones de líneas simples. — La línea simple, casi excluída en las decoraciones aborígenes del litoral, aparece representada en cuatro fragmentos (fig. 104). Tres de ellos acusan una aptitud decorativa por demás rudimentaria. En el ejemplar señalado con la letra *a*, se ha reducido el ornamento a

una raya incisa paralela al borde ; en el segundo (*b*) el motivo ha sido duplicado ; en el tercero se ha intentado combinar una guarda haciendo correr una quebrada entre dos horizontales paralelas, pero siempre ejecutada con la mayor torpeza ; en el cuarto fragmento (*c*) se acusa una habilidad mucho mayor : la guarda que lo engalana está constituida por una línea quebrada de trazos amplios y las superficies triangulares que cierra al tocar el borde han sido luego llenadas con pequeñas líneas perpendiculares.

Series de puntos, paralelas. — Curiosa decoración presenta el fragmento fotografiado en la figura 105 *a*. Cuatro series paralelas de puntos, aparentemente rectangulares. (Observados en detalle estos puntos, se advierte que fueron obtenidos mediante incisiones sucesivas efectuadas por medio de un instrumento de extremidad rectangular escotada, pero la ejecución ha sido muy poco prolija y el dibujo del punzón aparece vago y confuso.) Una protuberancia circular que presenta cierto aspecto de ojo muy estilizado, interrumpe el ritmo de esta decoración. A pesar de sus reducidas dimensiones, se advierte que este fragmento perteneció a una vasija de forma insólita.

Un fragmento sencillo, elegante y prolijamente ejecutado presenta la figura 105 *b*. Tres series rítmicas de puntos y un borde ligeramente inclinado hacia afuera bastaron para obtener un resultado satisfactorio. Realza la elegancia del conjunto la forma particular de los puntos, obtenidos por medio de incisiones oblicuas inferidas con un instrumento cilíndrico.



Fig. 103. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

Surcos paralelos. — He agrupado en la figura 106 tres ejemplares ornamentados por medio de elementos horizontales paralelos. El mayor (*a*) ha sido ejecutado muy toscamente, obteniendo el surco mediante una serie de incisiones contiguas ; en cambio el señalado con la letra *b* ha sido ejecutado con prolijidad, obteniendo el surco por medio de presiones contiguas efectuadas con un instrumento de punta aplanada, usado casi horizontalmente ; en el tercero se ha usado un procedimiento análogo, pero



Fig. 102. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

previamente ha sido ejecutado un surco simple, efectuándose luego como operación secundaria el escalonamiento interior.

Surcos quebrados paralelos. — En algunos ejemplares los surcos que dan sello propio a la alfarería de la región han sido dispuestos paralelamente, en

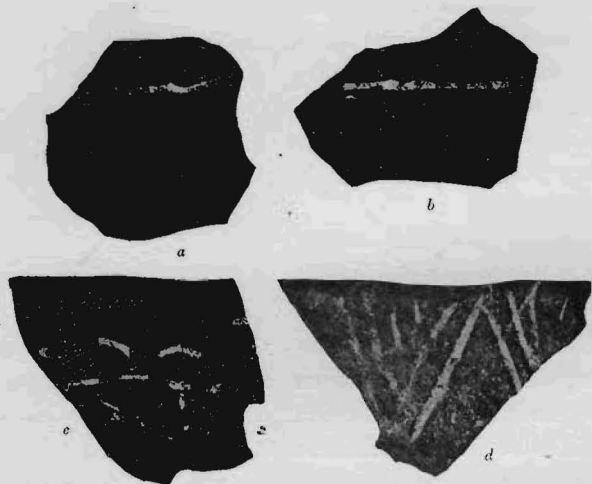


Fig. 104. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

forma quebrada (fig. 107). En los fragmentos *a* y *b* el borde de la vasija es horizontal, circunstancia que destaca por contraste la decoración quebrada ; en este último adviértese que la ornamentación no ha circundado en forma continuada toda la vasija: nótese, en el trozo conservado, una sección decorada cuyos extremos llevan, a guisa de remate, sendas protuberancias ornamentadas por el mismo elemento. El fragmento *c* parece haber pertenecido

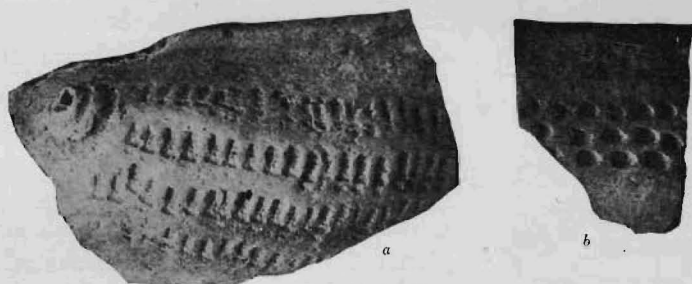


Fig. 105. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

a un vaso cuyo borde siguió una línea quebrada y paralela a ella se ejecutó la ornamentación, en la cara interna. Otro, *d*, debió tener un borde de extraño dibujo que acaso haya acompañado la línea quebrada de la decoración, el pedazo conservado es tan pequeño que poco puede deducirse de él ; la decoración mencionada es externa, en la cara interna se han trazado cuatro

surcos perpendiculares, paralelos y pareados. En las piezas indicadas con las letras *e* y *f* la línea quebrada paralelamente a la del borde se torna vacilante e imprecisa y podría igualmente interpretarse como un paralelismo de elementos ondulados o festoneados.

Otros ejemplares presentan una combinación más avanzada: dos líneas horizontales paralelas al borde y una línea quebrada (fig. 108). Las piezas señaladas con las letras *a* y *b* presentan bien definida esta combinación, en cambio la tercera (*c*) es por demás ambigua y confusa.

Otro pequeño ejemplar (fig. 109) presenta análoga combinación, pero la línea quebrada ha sido substituida por una ondulada.

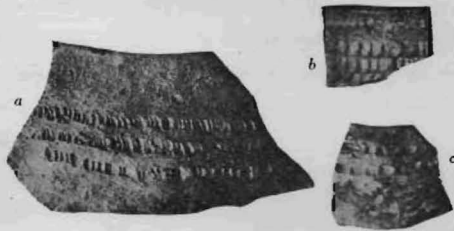


Fig. 106. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

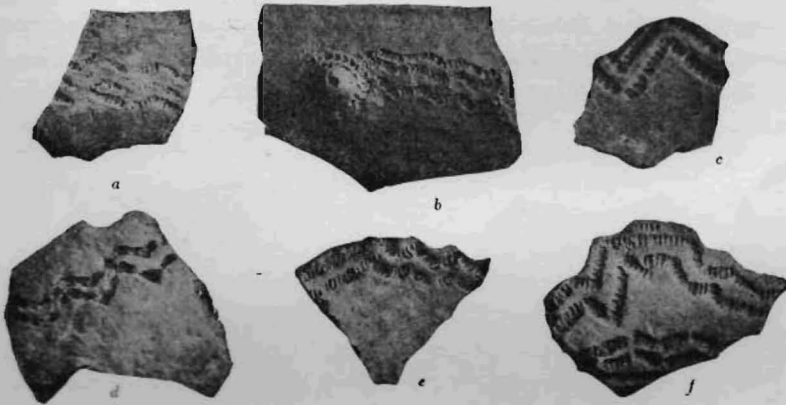


Fig. 107. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

Un fragmento, desgraciadamente muy mutilado, presenta una hermosa composición, obtenida por medio de los mismos elementos: pa-

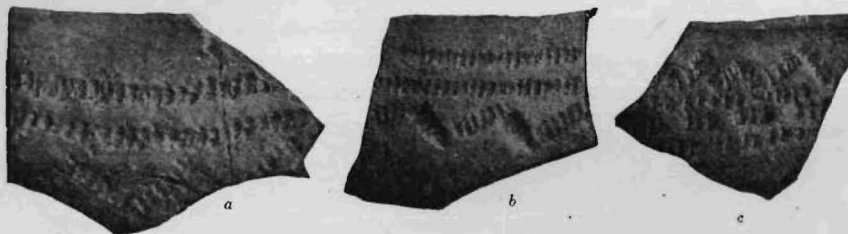


Fig. 108. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

recería haber formado parte de una serie rítmica de losanges encerrada entre dos líneas quebradas paralelas a sus lados, con una pequeña

raya interior, todo formado a base del surco con incisiones celulares (fig. 110).

Composiciones más avanzadas. — Extraña composición, espiralada en triángulos, presenta la sección de vaso reproducida en la figura 111. El autor ha marcado un punto como centro y luego ha comenzado a trazar, mediante un surco escalonado, las líneas de su espiral, simplificando en tres rectas cada vuelta de la voluta; así, a primera vista, presenta esta decoración el aspecto de varios triángulos concéntricos.



Fig. 109. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural



Fig. 110. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

El fragmento representado en la figura 112 constituye la culminación decorativa entre el material que estudio. Es realmente lamentable que la pequeñez de la parte conservada no permita reconstruir la complicada composición. Obsérvanse, primero, dos registros de distinta combinación, separados por doble línea, y adviértese que aún continuaba otra sección ornamentada. Es digno de señalarse, en primer término, dos meandros paralelos que se han conservado en



Fig. 111. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural



Fig. 112. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

la parte superior y que muy probablemente han de haber formado una greca; la inferior está decorada por medio de ángulos superpuestos, combinación que hemos visto aparecer repetidas veces en el curso del análisis del material que estudio. La unidad empleada es el surco escalonado.

CERÁMICA IMBRICADA

Entre el número enorme de fragmentos de alfarería extraídos de los paraderos del Malabrigo, solamente figura una pieza de cerámica imbricada (fig. 113).

Este tipo de alfarería, obtenido, como se sabe, mediante presiones digitounguiculares, más o menos rítmicas, no ha sido señalado hasta

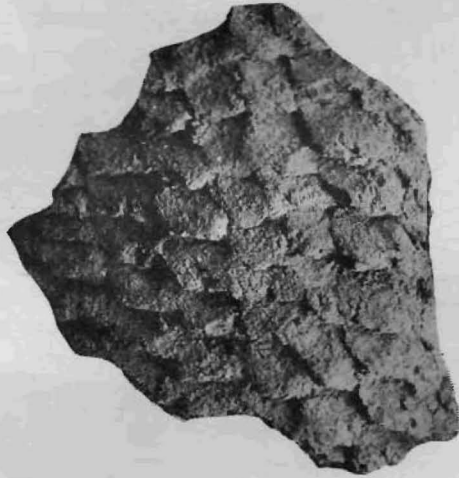


Fig. 113. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

hoy conjuntamente con representaciones plásticas; esta circunstancia, así como la de hallarse representado por un ejemplar único, me inclinan a creer que su presencia en el lugar sea esporádica (1).

OBJETOS VARIOS

Pendiente. — Un pequeño pendiente (fig. 114) es el único indicio de su coquetería personal que nos dejaran los antiguos habitantes del paradero. El curioso chisme tiene un cuerpo semiesférico, al cual se han agregado, en los polos, sendas protuberancias; la superior ha sido perforada para enhebrar el cordel que le sirviera de sostén, la inferior ha sido objeto de una sumaria decoración, constituida por tres series circulares de incisiones concéntricas.



Fig. 114. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

Tortero de uso. — Este resto, tan escaso en los paraderos del litoral, está representado por medio

(1) Outes, si bien reconoce que es éste un tipo de alfarería bastante difundido en el litoral (FÉLIX F. OUTES, *El primer hallazgo arqueológico en la isla de Martín García*, en

ejemplar (fig. 115). La pieza consiste, simplemente, en un disco bastante irregular, sin ninguna decoración, de bordes ligeramente alisados. De las piezas retiradas es la única cuya pasta tiene, como substancia antiplástica, alfarería molida. Este procedimiento tecnológico, tan usado en otras regiones del país, es en ésta poco frecuente.

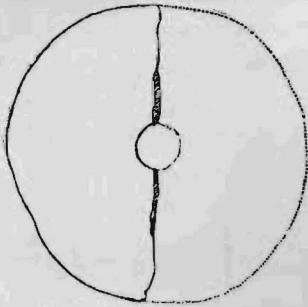


Fig. 115. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

na, que denota escasísima preparación y amasado. La cocción es también muy ligera por lo cual la pieza resulta frágil y relativamente blanda. La factura es completamente tosca, la pared es gruesa, aproximadamente de 8 milímetros de espesor.

La cara externa ha sido decorada con varias líneas paralelas de puntos, tan torpemente ejecutadas que el « paralelismo » sólo es posible advertirlo como intención.

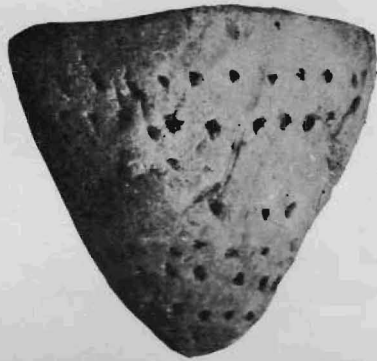


Fig. 116. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

INSTRUMENTOS DE PIEDRA

Las excavaciones efectuadas en los paraderos del Malabrigo prueban, una vez más, que este pueblo artista del Paraná desconoció casi por completo la industria lítica.

Anales de la Sociedad científica argentina, t. LXXXII, pág. 274, Buenos Aires, 1917) la incluye dentro de los restos característicos de la cultura guaraníca (OUTES, *Nuevo jalón*, pág. 53). La opinión del doctor Torres, al respecto, es difícil de precisar: a un fragmento de este tipo, encontrado en el cementerio de Mazaruca (E. R.) los clasificó como *alfarería típica de Mazaruca!* (LUIS MARÍA TORRES, *El cementerio indígena de Mazaruca*, en *Historia*, tomo I, plancha XIV, Buenos Aires, 1903), y refiriéndose *al mismo fragmento*, en otra publicación sincrónica, afirma: « ... fragmentos de una vasija que por los relieves que presenta hace que la consideremos como tipo especial, característico y muy común en los paraderos y cementerios del Uruguay y Entre Ríos » (LUIS MARÍA TORRES, *Los cementerios indígenas del sud de Entre Ríos*, en *Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, t. IX, pág. 69, fig. 3, Buenos Aires, 1903.)

Escasos fragmentos de cuarcita astillada aparecieron en la remoción, y sólo uno (fig. 117) presenta huellas evidentes de retoques o corrección de bordes. La pieza es muy rústica, de forma ligeramente amigdalóide, ha sido retocada en uno solo de sus bordes que, en ambas caras, presenta un grosero trabajo de adelgazamiento.



Fig. 117. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

También fueron extraídas algunas concreciones limoníticas, procedentes quizá de los sedimentos terciarios de las barrancas correntinas del Paraná (*).

Un núcleo de forma irregular, sin ningún vestigio de trabajo intencional,



Fig. 118. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

nal, posee una superficie lisa y adecuadas dimensiones (más o menos $90 \times 75 \times 50$ mm.) como para haber podido ser utilizado en calidad de percutor. Su estructura es de pequeñas capas concéntricas (fig. 118).



Fig. 119. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

Otro fragmento más pequeño, de limonita compacta, forma una planchuela de 10 milímetros de espesor con perímetro ligeramente trapezoidal; sobre el lado mayor ha sido toscamente afilada por frotamiento y sus superficies presentan numerosas estrías dirigidas diagonalmente (fig. 119).

Más grosero aún es otro pequeño fragmento constituido por una escalla de cuarcita rojiza, de forma completamente irregular, uno de cuyos bor-

(*) Debo a la gentileza de mi colega Joaquín Frenguelli la clasificación petrográfica de estas piezas, así como la indicación de su probable procedencia.

des han sido objeto de un ligero y basto trabajo de retoque (fig. 120).

El único instrumento realmente definido es una bola, del mismo material, cuyo núcleo originario debió tener forma de paralelepípedo, siendo transformado por frotamiento. Carece de surco y su superficie imperfecta-



Fig. 120. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural



Fig. 121. — Más o menos $\frac{2}{3}$ del tamaño natural

mente alisada presenta numerosas estrias irregulares — consecuencia del trabajo de restregamiento a que fuera sometida — y restos de las anfractuosidades del estado natural de la piedra. De forma subsférica, sus dimensiones aproximadas son : $60 \times 56 \times 45$ milímetros (fig. 121).

INSTRUMENTOS DE HUESO

Los instrumentos de hueso faltan totalmente en los paraderos del Malabrigo. Esta circunstancia es tanto más significativa teniendo en cuenta que la materia prima abunda de un modo extraordinario y, especialmente, los huesos largos de mamíferos grandes, partidos longitudinalmente para extraer la médula ; muchos de estos huesos, abandonados como residuos de cocina, sólo necesitarían un ligero retoque para transformarse en instrumentos punzantes o cortantes, sin embargo, entre la enorme cantidad que hemos analizado no se halló uno solo que presentara indicios de intervención deliberada.

Consideraciones generales

Por vez primera un paradero del pueblo artista del litoral paranaense ha sido explotado intensa y sistemáticamente.

En consecuencia, conviene especificar con minuciosidad los caracteres diferenciales que pueden individualizarlo, ya que la importancia de las investigaciones realizadas y de los informes recogidos permite no sólo precisar la calidad y abundancia de los restos que le son característicos, sino también aquellos que les fueron desconocidos.

Luego veremos que tales caracteres no difieren substancialmente de los señalados en los paraderos clásicos (Campana y Goya) (1), de los cuales sólo tenemos imperfecto conocimiento, sea por deficiencia de la explotación, sea por falta de publicación y descripción del material obtenido (extraviado luego, o recluso a perpetuidad en las anfractuosidades de algún museo) (2). Las investigaciones realizadas ratifican a aquellos en sus detalles esenciales, complementándolos en algunos aspectos, especialmente los que conciernen a las prácticas de inhumación, cuya importancia creo innecesario ponderar.

DESTINO DE LAS REPRESENTACIONES PLÁSTICAS

Llevo dicho en el desarrollo del presente estudio, en qué forma priva la alfarería en los paraderos estudiados, y cómo la abundancia de representaciones plásticas permite suponer que los vasos que con ellas se exornaron no debieron ser objetos de lujo, de uso excepcional, sino parte integrante del ajuar doméstico. Podría agregarse, en apoyo de esta hipótesis, que muchas de ellas presentan rastros de ollín, adherido en el contacto directo con el fuego.

Involucra esta afirmación, la de que la casi totalidad de las representaciones plásticas descritas formaron parte integrante de vasijas (sólo habría que exceptuar el molusco fig. 56, y tal cual ejemplar, dudoso por exceso de mutilación).

El doctor Luis María Torres, estudiando la *única* pieza zoomorfa que descubriera en sus repetidas y prolijas investigaciones en los yacimientos del delta paranaense, afirma lo contrario: « En cuanto al destino útil de

(1) Excluyo a los yacimientos del Delta del Paraná, pues, como se sabe, las representaciones plásticas — que conceptuamos característica principal de los paraderos mencionados — faltan en absoluto. El doctor Torres, en los numerosos viajes realizados durante los largos años que se dedicara al estudio de esa región, sólo encontró *una* pieza de esa índole, no obstante lo cual parecióle suficiente elemento de juicio para afirmar: « Una de las principales características de esta cultura es la presencia de representaciones zoomórficas (*sic*) y antropomórficas (*bisic*)... » (LUIS MARÍA TORRES, *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*, pág. 89, Buenos Aires, 1913). Felizmente una opinión suya vertida pocos años antes — contraria en absoluto a la enunciada, — me permite sostener mi tesis, sin estar en desacuerdo con él: « Sólo encuentro una característica estudiando los artefactos de tierra cocida, y ella es, que la cerámica zoomorfa y antropomorfa tipo de Campana y Goya, y demás yacimientos de la costa de Santa Fe, norte y oeste de Entre Ríos y Corrientes, no se encuentra en las islas del sur de Entre Ríos, ni en las de la parte occidental del Delta. » (LUIS MARÍA TORRES, *Arqueología de la cuenca del río Paraná*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XIV, pág. 120, Buenos Aires, 1907.)

(2) No he podido examinar las piezas procedentes de Goya, depositadas en el Museo etnográfico de la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires. Encajonada la mayor parte de sus ricas colecciones por insuficiencia del local, no ha sido posible extraerlas, a pesar de la buena voluntad de su director, el doctor Salvador Debenedetti.

estos objetos — dice, refiriéndose a la mencionada pieza, — puede adelantarse, en presencia del carácter que ofrecen casi todos, de no ser recipientes, tapas, asas, ni accesorios ornamentales » (1). Afirmación que luego ratifica en el capítulo destinado a la síntesis etnográfica de la cultura que estudia : « Estas representaciones consisten, en su mayoría, en figuras de tierra cocida, *sin aplicación útil posible*, pues, como recipientes no han podido servir y ni aún como accesorios ornamentales de los vasos » (2).

Podría creerse que el doctor Luis María Torres ha incurrido en este error por haber generalizado una conclusión, en base al escaso material de que disponía. Desgraciadamente, el pecado es más grave : a él le consta que lo que afirma es inexacto y, no obstante, lo afirma y lo ratifica, porque así conviene al sostenimiento de cierta hipótesis de que es autor. Pruebas al canto.

Los especialistas que anteriormente se ocuparon de esta clase de restos, no titubearon en su interpretación : « A todo esto hay que agregar — nos dicen Zeballos y Pico, en su somero informe — cerca de cincuenta ejemplares de obras del arte indígena, en barro cocido, todas ellas pintadas, *destinadas a adornos de los vasos*, entre los que citaremos varias cabezas de aves comunes » (3).

Ambrosetti, al describir las alfarerías encontradas en Goya, dice : « La otra clase de asa, común y abundante, presenta formas muy variadas, *sirviendo más bien que de utilidad práctica, de adornos que rodeaban el borde del vaso*. Las formas que se hallan son : la simple protuberancia corta, cilíndrica o cónica, aplastadas, siempre algo encorvadas, sin dibujos, las que debían hallarse a los lados del vaso, sobresaliendo como pequeños cuernos dirigidos hacia arriba. Otras son prismáticas, de sección triangular, punteagudas y también encorvadas, más o menos cubiertas de dibujos, que debían estar colocadas como las anteriores. Esta forma anterior se va modificando hasta transformarse en picos de loro, de dibujo y factura variables hasta lo infinito » (4). Luego, en el resto del trabajo, siempre que se refiere a las esculturas que estudia, las denomina *asas*, y en ninguno de los ejemplares que publica repara caracteres de « autonomía ».

El doctor Torres, como se sabe, ha glosado los trabajos que acabo de

(1) TORRES, *Los primitivos*, etc., página 96.

(2) TORRES, *Los primitivos*, etc., página 452. (Las palabras que aparecen en bastardilla han sido subrayadas en la transcripción.)

(3) ESTANISLAO S. ZEBALLOS y PEDRO P. PICO, *Informe sobre el túmulo prehistórico de Campana*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, tomo VI, página 257, Buenos Aires, 1878. (Las palabras que aparecen en bastardilla han sido subrayadas en la transcripción.)

(4) AMBROSETTI, *Los paraderos*, etc., página 405. (Las palabras que aparecen en bastardilla han sido subrayadas en la transcripción.)

citar, en su conocida monografía de síntesis sobre la arqueología de la cuenca del río Paraná. Más aún; describió y publicó algunos ejemplares procedentes de Campana, inéditos a la sazón, parte de la colección extraída de los yacimientos de Goya, y agregó todavía algunas piezas de variada procedencia, inéditas también.

Al referirse al « túmulo » de Campana, Torres ha transcrito diversos párrafos del citado informe de Zeballos y Pico, así como de la breve noticia sobre estos hallazgos que aquel publicara en la *Revue d'Anthropologie*, pero ha silenciado la opinión de los descubridores del yacimiento, acerca del destino de las esculturas zoomorfas, y él tampoco emite la suya.

Al estudiar el « túmulo » de Usurú (Goya), parece que ha emitido opinión, pero me es imposible interpretar en qué sentido: « Son en su mayoría representaciones zoomorfas, por excepción antropomorfas, objetos especiales por su forma y proporciones, o también simples partes de vasos, sirviendo de ornamento o con su destino útil determinado: en esta última forma se las encuentra comúnmente. » (?) Pero, a continuación, transcribe el siguiente párrafo de Ambrosetti, que importa, sin duda, una ratificación: « Como ya dije anteriormente las asas son prismáticas, de sección triangular y más o menos encorvadas, cubiertas con mayor o menor profusión de dibujos. *Estas últimas asas*, dada su forma encorvada y con su base ensanchada, se convierten fácilmente, dibujándole un círculo a cada lado, en cabezas toscas de papagayo... » (1).

Pero donde el autor nos da la clave de lo que piensa, es cuando describe las piezas descubiertas por él, en compañía de Outes, en Puerto Gaboto. Haciendo mención a un mamífero dice: « No parece que haya tenido un destino útil, *el objeto no ha servido de asa, pues, le falta el indicio de fractura*, como puede verse en piezas análogas de otras colecciones. » (2).

Para abreviar bastaría remitir al lector al citado trabajo donde el menos avisado podrá advertir que de las *veinticuatro* piezas descritas y publicadas, *veinte* presentan el « indicio de fractura », que a juicio del propio doctor Torres permite comprobar el desprendimiento del asa escultórica de la vasija de que formara parte (3).

Ocioso es decir que el autor de *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná* no ha tenido más fuentes de estudio que las mencionadas, pues a las piezas enumeradas en su monografía, que acabo de analizar, sólo ha

(1) TORRES, *Arqueología*, etc., página 105. (Las palabras que aparecen en bastardilla han sido subrayadas en la transcripción.)

(2) TORRES, *Arqueología*, etc., página 110. (Las palabras que aparecen en bastardilla han sido subrayadas en la transcripción.)

(3) TORRES, *Arqueología*, etc., *passim*. Puede consultarse también la lámina publicada por AMBROSETTI, *op. cit.*, página 416. A pesar de su deficiente impresión, podrá apreciar el lector, con un poco de detenimiento, que la gran mayoría de las piezas representadas muestran el aludido « indicio ».

agregado la cabeza hallada en el Delta, a que también he hecho referencia.

Creo que el número y calidad del material que en el presente y anteriores trabajos he dado a conocer, puede orientar definitivamente la opinión del lector que no se hubiera satisfecho con las pruebas aportadas por los descubridores de los yacimientos de Campana y de Goya.

ESPECIES REPRESENTADAS

El más ligero examen de las ilustraciones de esta clase de restos, publicadas hasta la fecha, evidencia que la gran mayoría de los individuos representados pertenecen a la familia de los psitácidos, pero, otras especies, cuentan también en variedad apreciable; de modo, pues, que sólo es posible hablar de una preferencia otorgada a los primeros, pero nunca de un *exclusivismo* o de una « preocupación constante » por representar determinada especie.

Discrepa también en esto el doctor Torres, y sus fundamentos no difieren, mayormente, de los analizados en el párrafo anterior.

No le ha bastado deformar en un solo aspecto la verdad; ha creído necesario, para oxigenar su agónica hipótesis totémica, difundir otra especie, aún más grosera, acerca del predominio, entre los sujetos representados por los artistas que estudiamos, de alguna especie que él debe considerar « categoría totem » (1).

Refiriéndose a la pieza que él descubriera en sus investigaciones en el delta paranaense y que clasificara como *felis onça*, afirma: « Esa preocupación por reproducir al tigre es constante en los objetos zoomórficos (sic) procedentes de varios puntos de la costa bonaerense, y como ya lo he hecho conocer también, en la parte de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, donde se encuentran túmulos como los que estoy estudiando » (2) (3).

Eludiendo, como siempre, todo calificativo a este sistema de generalización, basado en un ejemplar *único* y haciendo caso omiso de todo el material conocido, he de limitarme a la prueba objetiva que permita al lector, juzgar la seriedad científica con que trabaja el director del Museo de La Plata.

Dijimos que en su trabajo de síntesis sobre la arqueología de la cuenca del Paraná, el doctor Torres ha descrito veinticuatro piezas, pero las enumeradas alcanzan a cincuenta y tres, que él clasifica del siguiente modo:

(1) El lector encontrará el quid de estas tergiversaciones en las aventuradas hipótesis contenidas en un trabajo poco afortunado: LUIS MARÍA TORRES, *El totemismo: su origen, significado, efectos y supervivencias*, en *Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, tomo XX, página 485 y siguientes, Buenos Aires, 1911.

(2) TORRES, *Los primitivos*, etc., página 96.

Mamíferos	10
Aves	36
Moluscos	5
Peces	2

Ahora bien, entre los diez mamíferos que figuran en el cuadro que he formado, el número de « tigres » alcanza a la elevada cifra de *uno* (atendiendo siempre, por cierto, a las propias clasificaciones del autor) ⁽¹⁾.

Agregando este nuevo « tigre » al ya conocido, procedente del Delta, tendríamos *dos* representantes de la especie, dentro de las *cincuenta y cuatro* piezas enumeradas y clasificadas por el doctor Torres !!!

Así demostrado el fundamento de la afirmación analizada creo innecesario abundar en argumentos para probar la preferencia otorgada a los psilácidos, que ya señalara Ambrosetti ⁽²⁾, y que el mismo doctor Torres admitiera, antes de descubrir el « tigre » que trastornara tan profundamente su raciocinio ⁽³⁾.

ELEMENTOS DECORATIVOS

Entre el numeroso material extraído en el curso de nuestras investigaciones, no figura un solo fragmento decorado por medio de incrustaciones de cordelería. Esta interesante modalidad técnica que Outes descubriera y que de haberse generalizado hubiera constituido una excelente pista para rastrear el origen de este pueblo de artistas, queda — por ahora, al menos — muy debilitada como factor de caracterización ⁽⁴⁾.

⁽¹⁾ Pertenecen, a Campana : « dos mamíferos, diez aves y dos moluscos » (TORRES, *Arqueología*, etc., pág. 85); a Goya : « cinco representaciones de mamíferos » (*ibid.*, pág. 100), « diez y ocho piezas representativas de distintas especies de aves » (*ibid.*, pág. 102), « un armado » (*ibid.*, pág. 103), « dos ejemplares de esta categoría » (moluscos) (*ibid.*, pág. 103); a Gaboto : « un mamífero... dos aves... un armado » (*ibid.*, pág. 109); a la costa de Santa Fe : « un mamífero, un carancho, dos papagayos, dos loros, un flamenco y finalmente un molusco » (*ibid.*, pág. 116); a la costa de Entre Ríos : « un felino ! » (*ibid.*, pág. 118). Para la procedencia exacta de las piezas correspondientes a las dos últimas regiones, confróntese OUTES, *Nuevo jalón* página 55, nota 1.

⁽²⁾ AMBROSETTI, *Los paraderos*, etc., página 411 y *passim*.

⁽³⁾ TORRES, *Arqueología*, etc., páginas 86 y 87.

⁽⁴⁾ En la violenta crítica a que hiciera mención en la primera nota del presente trabajo — escrita, como tengo dicho, en colaboración con el doctor Torres — se reivindica para este último el mérito de haber descubierto en el litoral las primeras alfarerías decoradas con incrustaciones de cordelería : « Es así también, — dice, aludiéndome — cómo atribuye a Outes las primeras noticias respecto al procedimiento de ornamentación, consistente en impresiones de cordelería. Este « hallazgo », que motivara la comunicación titulada *Nuevo jalón* etc., de aquél, había sido anotado algunos años antes por Torres en sus *Primitivos habitantes*, etc. » (MÁRQUEZ MIRANDA, *op. cit.*, pág. 173.)

Y luego, en nota, precisa la cita (*Los primitivos*, etc., página 180) : « En la figura 58 reuno los dibujos y reproducciones semiesquemáticas de una serie de seis fragmentos que presentan un mismo carácter, o estilo primitivo, con tendencia a la combinación geo-

Cobra entonces especial interés el estudio de las unidades decorativas, de uso exclusivo en el pueblo cuya cultura procuramos estudiar. En un trabajo anterior tuve ocasión de reaccionar contra el criterio — a mi juicio erróneo — con que se había encarado hasta hoy el estudio de las composiciones decorativas de las alfarerías del litoral: « Los autores que se han ocupado de la arqueología de esta región, y podría citar en primer término los eruditos trabajos del doctor Torres, han dado tan preferente importancia a las composiciones decorativas, que en sus ilustraciones gráficas se limitan a la publicación de esquemas reconstructivos de esas composiciones, haciendo abstracción completa de los elementos y unidades decorativas que las constituyen; y en sus descripciones, nos hablan de « puntos, rayas y líneas » que en verdad no existen. Esas guardas están formadas por trazos característicos, constituidos por elementos decorativos peculiares. Por lo que respecta a los restos de este pueblo, en particular, basta observar las fotografías de representaciones zoomorfas publicadas anteriormente y las que aquí incluyo, para convencerse de que en su ornamentación no intervienen nunca líneas o rayas propiamente dichas (1) ».

métrica. Uno de ellos, el que lleva el número 3209, presenta aparentes analogías con algunos estilos de ornamentación que el profesor Holmes (W. H. HOLMES, *Aboriginal Pottery of the Bureau of American Ethnology (sic)*, 14, Washington, 1903), considera en sus *Methods of decorating*, obtenidos mediante la aplicación de lo *use of cord wrapped rocking tools*. » (MÁRQUEZ MIRANDA, *op. cit.*, pág. 174, nota 10).

Si los estilos a que se refiere el doctor Torres en la cita precedente, fueran — como pretende — los procedimientos de ornamentación señalados por Outes, aún no hubiera descubierto nada, pues sobrada diferencia existe entre demostrar, plena y acabadamente, el empleo de una modalidad tecnológica, y advertir, vaga y ambiguamente, que « presenta aparentes analogías », etc. Sólo podría reclamar, en tal caso, el capitolino mérito de un oportuno grito de alarma; pero este subalterno laurel tampoco le corresponde.

El procedimiento indicado por Holmes no guarda la más remota analogía con el descubierto por Outes. Holmes se refiere al empleo de un aparato giratorio (*rocking tools*), envuelto en sogá (*cord-wrapped*) que al rodar sobre la superficie fresca del vaso, produce una decoración peculiar. Outes, a la incrustación de una cuerda que al desaparecer, por efecto de la coadura, deja su impresión, que constituye el elemento decorativo.

Compuesta ya esta monografía, vió la luz un trabajo del profesor Outes, refutando los ataques que sobre éste y otros tópicos se le dirigen en la crítica a que vengo refiriéndome, Queda en él demostrada — con abrumadora copia de erudición — la sapiencia e integridad de sus autores. (FÉLIX F. OUTES, *Las representaciones plásticas de la cuenca paranaense*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo LI, Buenos Aires, 1923.) El talentoso publicista responsabiliza sólo al firmante, ignorando, sin duda, la complicidad del director del Museo de La Plata. Esta circunstancia que rebajaba más de lo tolerable el valor ético del libelo, fué la que me decidiera a no tomarlo en cuenta. Es de felicitarse que el autor desconociera ese desagradable antecedente, pues su defensa enriquece la bibliografía arqueológica del Litoral con un brillante trabajo.

Aprovecho esta oportunidad para agradecer al señor Outes los amables conceptos vertidos sobre mi persona, así como la defensa de mi modesta labor.

(1) ARANCIO, *Nuevos hallazgos*, página 23.

Estos conceptos fueron violentamente controvertidos por el agente del doctor Torres. Creyeron ellos ver en mis palabras la simple proposición de un cambio de terminología. Como no es ésta, oportunidad de desvirtuar las terribles diatribas que, en pintoresco maridaje, parieran los autores citados, he de limitarme a definir, algo más el criterio enunciado — provisional, — como lo tengo dicho.

Mi propósito se reduce a destacar, dentro del material que estudio, los caracteres privativos, peculiares, que puedan constituir un asidero sólido para individualizar el pueblo que lo ejecutara.

Atender — exclusivamente — a las composiciones decorativas, es tarea innocua en absoluto. Con muy poco esfuerzo podría formarse un cuadro de composiciones análogas, tomadas de muy diversos pueblos primitivos, presentes y pretéritos. En cambio, yo invitaría al doctor Torres y a su flamante sucursal, a que buscaran, fuera de la cuenca paranaense, una serie tan completa, definida y permanente de unidades típicas de decoración, como estos surcos, escalonados de tan diversos modos, o seccionados en pequeñas celdas, que he ido señalando accidentalmente al estudiar cada pieza.

Presumo que si el doctor Torres conociera del Paraná algo más que el complejo insular próximo a Buenos Aires, ya habría parado mientes, él también, en estos caracteres, más persistentes aún que las mismas representaciones plásticas (1).

La importancia que atribuyo a estos caracteres procuraré demostrarla en un trabajo especial, en que me propongo efectuar el estudio comparativo de las cerámicas ornamentadas de las diversas culturas del litoral y pueblos vecinos.

Pero de paso, y en breve espacio, puede demostrarse el error en que se ha incurrido hasta hoy en la apreciación de esos elementos, al considerarlos como líneas simples : tales surcos sólo pueden considerarse como dos líneas simples paralelas, cuyo espacio intermedio ha sido objeto de un dibujo secundario, acentuado aún, en este caso, por cuanto al factor for-

(1) Uno de los párrafos intercalados por el doctor Torres — *de su puño y letra* — en el citado trabajo de crítica, dice : « Me permito llamar la atención del señor Aparicio sobre las apreciaciones *capitales* (*sic*) que Torres formula en la página 569 de su obra, en punto al valor estilístico que atribuye a cada una de las culturas indígenas que estudia y al orden de sucesión en su teoría de técnica ornamental; y es de un *alto interés lo que dice* (*bisic*) sobre la ornamentación geometrizada o estilizada. En estos pasajes de la obra de Torres *está demostrado el esfuerzo de interpretación de la enorme suma de datos, que por primera vez fueron apreciados científicamente* (*trisie*). (MÁRQUEZ MIRANDA, *op. cit.*, pág. 184.) Con verdadero entusiasmo he accedido al llamado, pero mis esfuerzos interpretativos han sido vanos. Confieso que no he podido encontrar nada *de eso* que el doctor Torres dice haber puesto en la página 569 de su obra. Sin esperanzas ya de acertar con esas « observaciones capitales », o con « esa enorme suma de datos, por primera vez apreciados científicamente », doy al lector traslado de la gentil invitación, deseando que mejor éxito corone su empresa.

ma únese el factor relieve. Ahora bien, los más elementales compendios de composición ornamental nos informan que « los blancos, o sea el espacio que media entre un elemento y otro, son considerados como forma » (1). Luego, cuando esos espacios se llenan de color o se hacen objeto de un decorado complementario, se obtiene un nuevo elemento, *compuesto*. Júzguese, pues, hasta dónde resultará impropio considerar como líneas simples elementos tan complejos como los mencionados; aun cuando técnicamente puedan ser ejecutados de un solo trazo, como sucede en algunos casos.

CALIDAD DE LA CERÁMICA

Todo el material descrito pertenece a un tipo de cerámica muy uniforme. Podría repetir — refiriéndome a la totalidad — las observaciones apuntadas al estudiar las primeras piezas que se extrajeron del lugar: « La pasta aparece bastante homogénea en casi todos los ejemplares, llamando la atención, en algunos de ellos, la consistencia que ha alcanzado, a pesar de su cocción imperfecta. La resistencia al rayado es muy grande, imposible, por supuesto, de afectarse con la uña.

« La coloración, sujeta como se sabe a tantas variaciones por las alternativas del cocimiento, preséntase muy heterogénea, al punto de no existir dos piezas de tonalidad idéntica. La diversidad de coloración oscila desde el amarillento pálido hasta el rojizo pardo oscuro.

« La cocción presenta los caracteres distintivos habituales en todas las cerámicas del litoral, siendo evidente, en todas las fracturas, las tres zonas características, conservándose casi siempre muy ancha la faja negra (2).

« El pulimento de las piezas ha sido muy cuidado, advirtiéndose en las que se presentan adheridas a fragmentos de vasijas, gran diferencia entre el de éstos y el de la parte escultórica.

« El modelado de las figuras ha sido ejecutado sin ayuda de instrumento alguno, notándose el empleo de éstos sólo para los trabajos de pulimento y decoración (3). »

Cabría añadir que, a pesar de hallarse instalado el paradero sobre un terreno esencialmente arenoso, no ha entrado esta substancia en la composición de la pasta, compuesta exclusivamente con elementos arcillosos, sin que pueda advertirse el agregado de ningún *dégraissant*, debiéndose, sin

(1) MARTÍN M. MALHARRO, *El dibujo en la escuela primaria*, página 330, Buenos Aires, 1911.

(2) Al describir las piezas figuras 97 y 98 he hecho constar que constituyen una excepción a esta regla, pues la cocción ha afectado uniformemente todo el espesor de la pared.

(3) APARICIO, *Nuevos hallazgos*, página 27.

duda, la gran consistencia observada a la extrema compacidad, que denota un amasado muy prolijo.

En algunas piezas adviértense ligeras porosidades, debidas al probable empleo de un *dégraissant* vegetal. Curioso procedimiento técnico que oportunamente señalara la sagaz observación de mi compañero de investigaciones: « Es homogénea — dice, refiriéndose a la pasta en que estaban modelados algunos pequeños fragmentos que estudiara accidentalmente, — fina y compacta en los fragmentos más delgados; más o menos porosa en los más gruesos, debido a la presencia, en la superficie y en su espesor, de cavidades al parecer dejadas por la destrucción de pequeños tallos y hojas de pequeños vegetales, probablemente gramíneas. Esta particularidad demuestra, sin duda, que el barro destinado a la fabricación de los tiestos se mezclaba con tallos y hojas de gramíneas que, con sus tejidos silíceos, substituían a la falta de arena u otras rocas de cuarzo o sílice, aptas para dar la necesaria dureza a la pasta (1). »

Cerámica negra obtenida por el agregado de carbón a la pasta, del tipo de las procedentes de Laguna Brava, que Outes estudiara, no hemos encontrado en nuestras investigaciones (2).

Al hacer el estudio particular del material he dejado constancia, al describir algunas piezas, de la calidad excepcional de su estructura; creo, pues, innecesario detenerme a señalar los escasos ejemplares que no encuadran dentro de los caracteres generales que he establecido.

* ELABORACIÓN DE LA CERÁMICA

Sabido es, y harto, que el torno y todo otro procedimiento mecánico, aplicable a la elaboración de cerámica, han sido desconocidos por los aborígenes de América (3). Parecería, pues, redundante advertir que el material que estudio ha sido modelado a mano, sin otra ayuda que la de algunos rudimentarios instrumentos alisadores.

Obligánme, sin embargo, a considerar tan conocido asunto, las opiniones vertidas al efecto por el doctor Luis María Torres, quien atribuye a los aborígenes del delta paranense, insólitos procedimientos técnicos en la el-

(1) JOAQUÍN FRENGUELLI, *Excursión en los alrededores de Esperanza*, en *Boletín de la Academia nacional de ciencias de Córdoba*, tomo XXIV, página 279, Córdoba, 1920.

(2) OUTES, *Nuevo jalón*, página 58.

(3) Con singular unanimidad coinciden al respecto, desde los americanistas más autorizados (ERIC BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*, t. I, pág. 111, París, 1908), hasta los más elementales compendios de arqueología universal (FRANCISCO NAVAL Y AYERVE, *Tratado compendioso de arqueología y bellas artes*, t. II, pág. 65, Madrid, 1922) y los más someros tratados de cerámica (HENRY HAVARD, *La céramique (fabrication)*, pág. 20, París, sin fecha).

boración de sus alfarerías. Siendo su opinión la más autorizada, *oficialmente*, dentro del país, no es posible sentar conclusiones contrarias a las suyas, sin demostrar, previamente, el error en que ha incurrido al fundarlas.

Tanto en la monografía en que resume los hallazgos arqueológicos efectuados en la cuenca del Paraná ⁽¹⁾, como en su voluminosa obra sobre los aborígenes del Delta ⁽²⁾, el doctor Torres ha incluido sendos capítulos, destinados a estudiar la técnica de la fabricación de las alfarerías retiradas de cada yacimiento; luego, en ambos trabajos ha añadido un capítulo final de síntesis. Bien, pues, en la vasta divagación de esos intrincados galimatías, no se concreta nada; en cambio, se insinúan algunos informes y opiniones, a tal punto inusitados, que es realmente desagradable tener que puntualizarlos ⁽³⁾.

En la parte etnográfica de su obra capital, nos da el autor, en forma de síntesis, el resultado final de sus prolijas exploraciones, complementado por el análisis crítico de todas las fuentes documentales y tradicionales que estuvieron a su alcance. Acerca de los procedimientos de elaboración de alfarería, el autor llega a las siguientes conclusiones: « Los procedimientos de factura no han sido distintos a los ya conocidos, *habiendo sido ya aplicados por estos indígenas según las explicaciones de Ambrosetti en sus distintas memorias descriptivas* ⁽⁴⁾. El de la superposición de finas tiras de

⁽¹⁾ LUIS MARÍA TORRES, *Arqueología*, etc.

⁽²⁾ LUIS MARÍA TORRES, *Los primitivos*, etc.

⁽³⁾ No es en tono irónico que empleo aquí la palabra desagradable. Al estudiar las primeras piezas extraídas de los yacimientos del Malabrigo (*Nuevos hallazgos*, etc.) eludí ciertos tópicos — a riesgo de dejar trunca la pequeña monografía — a fin de no verme en la necesidad de citar la abultada obra del doctor Torres (*Los primitivos*, etc.). Un sentimiento de consideración personal hacia el autor me impedía rebatir las erradas conclusiones que en ella formula, a fin de asentar las que me sugería el examen de las piezas estudiadas. Menguado fué, sin duda, el premio de esta gentileza. En la filípica ya mencionada que el doctor Torres hiciera escribir contra mi modesto ensayo se me reprocha con obstinado ensañamiento el delito de esa omisión. (Omisión científicamente justificada, puesto que en dicha obra no se estudian yacimientos caracterizados por representaciones plásticas y no constituye, por lo tanto, un antecedente de mi trabajo.) Marrado así mi intento, no eludo hoy la cita que, a pesar de todo, limitaré a lo estrictamente necesario.

El lector dirá si la bravía pareja no hubiera salido gananciosa silenciando prudentemente pecado tan venial.

⁽⁴⁾ ¿Cómo podían tales indígenas aplicar las explicaciones dadas por Ambrosetti en « sus distintas memorias descriptivas », si Ambrosetti no ha suministrado ningún informe acerca de « procedimientos de factura »? ¿Cuáles son esas « distintas memorias descriptivas »? El autor sólo cita la referente a los paraderos de Goya; pero es el caso de que en esa monografía nada se dice sobre procedimientos de factura. Directamente vinculado con esta cultura, sólo tiene Ambrosetti otro trabajo (JUAN B. AMBROSETTI, *Sobre una colección de alfarerías minuanas*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. XIV, pág. 242 y sigs., Buenos Aires, 1893), en el cual tampoco se da ninguna noticia sobre fabricación de cerámica.

arcilla y presión simultánea, era el procedimiento que se usaba para la fabricación de las grandes vasijas. *El moldeado interno y el modelaje a mano han sido muy usuales* ⁽¹⁾.

Bien advertirá el lector dónde está lo grave de estas afirmaciones. El desatino que encierra la primera frase subrayada es simplemente hilarante, y bien lo sé hijo del inconfundible estilo del autor, pero en cambio, ¿cómo es posible admitir que el director del Museo de La Plata sostenga que: « el moldeado interno y el modelaje (*sic*) a mano han sido muy usuales »!!!

Respecto a la primera afirmación yo preferiría, en salvaguardia del prestigio científico del autor, creer que ignora el significado exacto del verbo moldear, pero él mismo se encarga de cortar esta honrosa retirada, pues al transmitir los informes recogidos por vía tradicional, acerca de la factura de la cerámica, agrega: « Los moldes que deben emplearse para este objeto, deben ser de plomo o hierro, para dar lustre al objeto » ⁽²⁾. Nada dice el informante acerca de la posibilidad de fabricar vasos sin ayuda del exótico aparato, y como el doctor Torres, en todo el curso de su obra, se apoya casi exclusivamente en esa noticia, ignoro qué suerte de molde creará él que han podido usar los primitivos habitantes del Delta.

La otra afirmación es aún más seria: « ...el *modelaje* a mano ha sido *muy usual* ». Vale decir que el doctor Torres admite — extraordinariamente, al menos — el empleo del torno o de algún otro procedimiento mecánico para la confección de vasos. De desear sería que lo puntualizara a la mayor brevedad, por la revolución que implicaría dentro de los conocimientos actuales de arqueología americana ⁽³⁾.

Los informes acerca de la cocción completan el inusitado método para fabricación de alfarerías. Al hacer el inventario de las piezas de cerámica extraídas del túmulo número 1 del río Carabelas, escinde el doctor Torres las de « cocción al aire libre », de las de « cocción en horno »!!! Luego, al describirlas, dice, refiriéndose a esta última: « la cocción ha sido uniforme, y se ve también que ella ha tenido lugar en horno, de manera que ella se realizase lentamente » ⁽⁴⁾. No dice el autor qué caracteres le han hecho *ver* el peregrino procedimiento, pero ello puede barruntarse en el párrafo siguiente, donde, refiriéndose a una alfarería, dice: « ...de una cocción evidentemente más ligera, por lo general al aire libre, *lo que les da ese color negruzco* »; o bien, en la parte pertinente del mencionado informe que le sirve de canon:

(1) TORRES, *Los primitivos*, etc., página 453. (Las palabras que aparecen en bastardilla han sido subrayadas en la transcripción.)

(2) TORRES, *Los primitivos*, etc., página 464.

(3) « Le potier a quatre manières de donner à sa pâte la forme qu'elle doit revêtir. Ces quatre manières son le *modelage*, le *façonnage au tour*, le *moulage* et le *coulage* » (HENRY HAVARD, *op. cit.*, pág. 20).

(4) TORRES, *ibidem*, página 88.

« Puede cocerse de dos maneras, en el horno y *en el aire* (?): en el primer caso después de cocido obtiene un color rojizo y debe sacarse del horno después de haberse enfriado, en el segundo caso se cubre el objeto con bosta de caballo y se hace fuego en su rededor hasta quedar convertida la bosta en ceniza, de esta manera de cocer se obtiene un color negruzco. Después se pintan (1). »

Los viajeros que han podido presenciar la fabricación de una vasija de cerámica son numerosos, y todos coinciden, con rara unanimidad, en señalar procedimientos análogos, en pueblos radicados en regiones muy distantes. Boman, después de describir — con la precisión y la claridad con que él es capaz de hacerlo — el proceso de la fabricación de un vaso, tal como lo observara en Susques, trae una prolija y erudita enumeración de autores que, en diversas regiones, fueron testigos de tan interesante industria (2).

Podrá advertirse allí que la diferencia fundamental de esos informes consiste en la manera de efectuar el modelado, según se apliquen porciones más o menos pequeñas de pasta. Es probable que esta modalidad varíe hasta de un individuo a otro, pues entre los escultores y modeladores de hoy puede advertirse que cada uno tiene *su manera* de ir agregando arcilla, para obtener compacidad en la masa. En principio, podemos aceptar que cuanto más pequeñas sean las partículas que se agreguen, más perfecta será la cohesión y, por consiguiente, más compacta resultará la obra modelada.

Pero, precisamente, en lo que coinciden todos los autores es en los métodos de cocción, efectuados *siempre al aire libre*.

Yo no he tenido la fortuna de presenciar la confección de un vaso, pero he podido conferenciar ampliamente con buen número de « olleras » y adquirirles productos de su elaboración. Así, en el curso de mis viajes de estudio, he podido reunir alfarería moderna de San Luis (dep. de Merlo), de Córdoba (deps. Calamuchita, Ischilín y Punilla) de Jujuy (deps. Capital y Tilcara) y, finalmente, del altiplano de Bolivia.

Estas piezas responden a tipos muy variados, en cuanto a forma y decoración, pero todas han sido cocidas — según los informes obtenidos de sus autoras — por procedimientos análogos a los indicados por Boman y los autores que él cita.

Menos feliz que el doctor Torres, no he encontrado tan estupendos medios informativos, pero he tenido, en cambio, la compensación de encontrar — intactos — los fogones donde un núcleo, étnicamente afín con los pobladores de los paraderos del Malabrigo, cocía sus tiestos. Toda la playa

(1) TORRES, *ibidem*, página 464. (Las palabras que aparecen en bastardilla han sido subrayadas en la transcripción.)

(2) BOMAN, *op. cit.*, tomo II, página 478.

del río Salado, desde Santa Fe, hasta algunas leguas al norte de Esperanza, está sembrada de pequeños fragmentos de alfarería y, esporádicamente, suelen hallarse también algunos rústicos instrumentos de piedra. En los alrededores de Esperanza hemos hallado, nítidamente recortadas sobre la playa blanquecina, algunas circunferencias rojizas constituidas por características « tierras cocidas ». Excavando el interior de esas circunferencias descúbrese, en seguida, las paredes gruesas y resistentes de antiguos fogones (fig. 122). Fué Frenguelli, antiguo conocedor de la región, quien descubrió y estudió estos interesantes vestigios de la vida aborígen : « En efecto, — dice — los varios trozos están dispuestos uno al lado de otro, en forma de una circunferencia más o menos regular, como si representasen la boca de antiguos *fogones* excavados en la superficie del banco. En estos casos se



Fig. 122

observa muy claramente que los fragmentos presentan una superficie, la que delimita la cavidad del *fogón*, más o menos alisada, más endurecida, algo lustrosa y como si la superficie de la cavidad del *fogón*, antes de sufrir la acción del fuego, hubiese sido embadurnada con agua arcillosa con el intento de regularizar sus paredes. Frecuentemente, en la misma superficie se observan, además, algunos surcos cóncavos, profundos hasta de cuatro milímetros, de superficie longitudinalmente surcada con finas estrías paralelas, que parecen haber sido modeladas con la yema del dedo o con otro cuerpo cilíndrico, provisto de pequeñas asperezas, que se deslizaba sobre la superficie aún blanda del interior del *fogón*. La zona que ha sufrido la acción del fuego o, en otros términos, la pared del *fogón* presenta un espesor variable según los puntos y según los casos, y en su parte externa se continúa con el loess que la envuelve, mediante una transición rápida en que se observan todos los grados intermedios entre la parte cocida del loess y la parte normal de la misma roca. Ni entre los fragmentos, ni en los res-

tos de fogones *in situ*, encontramos partes escoriáceas ni vestigios de estructura fluidal (1). »

Nada podría añadir a la prolija descripción transcrita, con la cual concuerdo en absoluto, y se ajusta exactamente a los fogones que en persona he excavado.

Estos fogones, cuya forma es generalmente más o menos globular, parecen indicar un dispositivo de cocción que respondería, con exactitud, a las referencias obtenidas en la sierra cordobesa, cuyas « olleras » me informaron que antes de la cocción se procede a abrir un pequeño pozo que se empareja bien, se llena de leña, poniendo la vasija en medio, luego se enciende el fuego e inmediatamente se tapa todo con « leña de vaca ». La parte más delicada de la cochura consiste en evitar que se consuma esta « leña » y que alguna llama gane el exterior, pues la corriente de aire que entonces se introduce provoca, en la parte de la vasija que afecta, una elevación de temperatura que la quema, produciéndole una mancha negra indeleble (los *coups de feu*, de que habla Boman).

Es indudable que una cocción efectuada en un ambiente tan cerrado, si se dirige con atención, puede llegar a resultados muy satisfactorios, los cuales se obtienen también sin ayuda del fogón, sabiendo disponer la leña en forma adecuada.

Boggiani vió efectuar esta operación a tan pulcros y finos alfareros como son los caduveos y nos la describe del siguiente modo: « Poi, contornata la terraglia da una parete di asticelle di legna secca disposte in ordine una sopra l'altra, di modo che non abbiano a toccarla cadendo durante la combustione, ma che ne sorpassino l'altezza, vi si dà fuoco, curando che tutta la legna bruci nello stesso tempo. Generalmente è cotta la creta quando è consumata la legna. La creta che era prima grigia diventa giallo-rossiccia, in qualche parte chiazzata di nero (2). »

Los payaguás, únicos que pueden competir en capacidad artística con los caduveos, no disponían de medios más perfeccionados, a estar a los informes de un gran conocedor de ellos — Juan Francisco de Aguirre — que en su mentado *Diario*, nos dice: « Las ollas las labran al tiento, sin ningún molde, haciendo centro donde les acomoda; tiran sus círculos y cuadros. Las pulen con huesos; las queman haciendo fuego al rededor y las pintan de blanco, encarnado y negro (3). »

Del Campana, pudo estudiar a ceramistas cuya fama es proverbial, los chiriguano: « Costruito il vaso — nos dice — prima di cuocerlo si espone al sole per far prendere alla creta un po' più di consistenza, dopo di che la fabbricatrice ne liscia ancora una volta le pareti coll'ittancia e

(1) FRENGUELLI, *op. cit.*, página 282.

(2) BOGGIANI, *op. cit.*, página 134. (Las palabras que aparecen en bastardilla han sido subrayadas en la transcripción.)

(3) *Diario de Aguirre*, página 356.

quindi procede alla cottura. Ciò ella eseguisce ammicchiando torno torno al vaso dei pezzetti di legno ai quali pone fuoco avendo cura di surrogarne sempre altri finchè la terraglia non sia cotta completamente. Tavolta invece del legno si suole impiegare dello sterco di vacca ben secco » (1).

Boman elogia también el resultado de la pieza que vió cocer: « Les vases, séchés à l'air, étaient places sur le sol et couverts d'un monceau d'excrements secs de bœuf, qu'on allumait et laissait brûler jusqu'à ce que ce combustible fût complètement consumé par le feu. *Les vases, avaient alors pris une jolie couleur rouge brique et étaient bien et régulièrement cuits, ne présentant presque pas de « coup de feu »* (2). »

Es ya tiempo de dejar constancia que eso del « color negruzco » que se obtiene cociendo al aire libre, es también pura fantasía. A los testimonios transcritos, subrayados en la parte pertinente, podría agregar que las piezas que poseo son todas amarillentas o rojizas y dos de ellas (procedentes de Jujuy) de un rojo intenso.

Ocioso creo advertir que el mismo procedimiento dará diversos resultados según la prolijidad o competencia del operador. No hay, pues, motivos para alarmarse en presencia de alfarerías que denoten muy diversos grados de perfección en su cocimiento. Las « olleras » a quienes he inquirido me han ponderado la dificultad y lentitud de estas operaciones. Koslowsky, en cambio, nos relata la cocción que él vió efectuar durante su interesante y proficua estada entre los guatós, como una operación rápida y sencillísima: « Cuando está seco el pote, amontonan hojas y ramitas delgadas y secas a su rededor, lo que proporciona un fuego de poca fuerza y duración. Diez minutos es lo más que dura la llama, quedando el barro cocido y la vasija pronta para el uso » (3).

La calidad y cantidad de los informes y opiniones citados, son suficientes, a mi juicio, para demostrar que esa optimista visión que el doctor Torres tiene de los primitivos alfareros paranaenses — poseedores de hornos, de moldes y, tal vez, de tornos — es producto exclusivo de una imaginación exaltada.

INSTRUMENTOS DE PIEDRA Y DE HUESO

Los paraderos de Goya contenían escaso instrumental lítico, acerca de cuya calidad, poco informa la vaga descripción de Ambrosetti (4). Empero,

(1) Citado por FÉLIX F. OUTES, *La cerámica chiriguana*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XVI, página 123, Buenos Aires, 1909.

(2) BOMAN, *op. cit.*, tomo II, páginas 479 y 480. (Las palabras que aparecen en bastardilla han sido subrayadas en la transcripción.)

(3) JULIO KOSLOWSKY, *Tres semanas entre los indios guatós*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo VI, página 241, La Plata, 1895.

(4) AMBROSETTI, *Los paraderos, etc.*, página 416.

parece inferirse que era rudimentario, dada la escasa importancia que le atribuye. Sería ésta una analogía más con los paraderos de Malabrigo, cuyo instrumental de piedra es de una pobreza que no necesita ponderarse.

Análoga observación podría hacerse con respecto al instrumental de hueso, ausente en absoluto en ambos paraderos.

Y es curioso observar que el « túmulo » de Campana, en cambio, contenía — a estar a los informes de sus exploradores — una extraordinaria riqueza en instrumentos de piedra y de hueso. Esta diferencia hace más lamentable la pérdida del material extraído de dicho « túmulo », pues no creo aventurado suponer que un prolijo estudio de ese instrumental nos explicara esta desigualdad industrial, de núcleos étnicos afines, como el resultado de un posible comercio con otros pueblos, más o menos próximos, que hubieran alcanzado un mayor grado de adelanto en tales manufacturas (1).

PRÁCTICAS DE INHUMACIÓN

Los informes publicados acerca de la remoción del « túmulo » de Campana poco dicen acerca de las condiciones en que se hallaban inhumados los numerosos restos esqueléticos que contenía el yacimiento. En uno de esos informes se da cuenta de que en la exploración preliminar que Zeballos y Pico realizaron, fué hallado un esqueleto entero que « presentaba una posición del todo original » (aproximadamente una posición fetal) (2). Luego sabemos que en los trabajos de explotación fué extraído otro esqueleto que pudo ser transportado entero, dentro de un gran cajón. Además dice el citado informe, : « Descubrimos 27 cadáveres, inclusive dos de niños, de todos los cuales pudimos reunir restos importantes de 18, pues la naturaleza del terreno, del todo absorbente, los mantenía en muy alto grado de humedad (3). » Más adelante agrega : « Además trajimos 18 paquetes que contenían restos humanos, más o menos enteros y útiles (4). » Los autores atribuyeron, como se ve, al mal estado de conservación la imposibilidad de conseguir esqueletos completos, pero es evidente que no constataron si los

(1) Outes, al fijar los caracteres diferenciales de las tres culturas que establece para la cuenca del Parana, dice, refiriéndose a la que estudiamos : « puede asegurarse que su industria de la piedra sólo alcanzó un desarrollo limitadísimo, pero es indudable, en cambio, que su instrumental y armas de hueso, aunque poco variados, ofrecen formas estables (OUTES, *Nuevo jalón*, pág. 54). Esta última afirmación, no muy sólida en la época en que fuera formulada — pues sólo podría basarse en el mal conocido material de Campana, — creo que puede hoy desecharse, hasta que nuevos descubrimientos, poco probables, permitan recitlarla con mayor fundamento.

(2) ZEBALLOS y PICO, *op. cit.*, página 250.

(3) *Ibidem*, página 256.

(4) *Ibidem*. página 256.

huesos extraídos eran restos de esqueletos parcialmente destruídos, o si habían sido inhumados ya incompletos y en desorden.

Ambrosetti poco pudo decir acerca de los restos humanos a que hace referencia, dada la forma casi accidental en que tuvo que recorrer los paraderos que tan abundante material le suministraron.

Mi compañero de investigaciones ha descrito, en el lugar correspondiente, con la precisión que le es habitual, las condiciones en que se hallaban los despojos humanos contenidos en los montículos que bordean el Malabrigo. Trátase, en síntesis, de sepulturas secundarias, efectuadas con posterioridad a la descomposición de los tejidos blandos, sin orden alguno, advirtiéndose, en la mayoría de los casos, que sólo había sido depositada una parte de los esqueletos.

Este hecho, minuciosa y prolijamente comprobado, aporta un nuevo y valioso elemento de juicio para la clasificación étnica de los antiguos habitantes de estos paraderos. Sabido es que esta práctica, desconocida por los aborígenes que en el momento de la conquista poblaban nuestro litoral fluvial, ha perdurado hasta hoy, entre varios pueblos chaqueños.

Sin pretender agotar la bibliografía respectiva, he de fundar esa afirmación en algunas informaciones autorizadas, a fin de localizar geográficamente, dentro del área que nos interesa, los pueblos que tuvieron tales hábitos.

Boggiani, que tan a fondo conoció a los modernos pobladores chaqueños y, especialmente, a esos « indios artistas », según su propio decir, nos ha relatado minuciosamente los hábitos funerarios de los caduveos: « ... cuando muere algún individuo de la tribu, acostumbra enterrar el cadáver en el sitio mismo donde murió; dejándolo enterrado unos diez o doce días, después de los cuales lo desentierran, limpian los huesos de las carnes que todavía quedasen sin desprender, empaquetan esos restos en unas esteras, y los transportan, desde cualquier distancia que se encuentren, a la *casa de los muertos*, que es un lugar apartado entre serranías y bosques, y allí los entierran de nuevo y definitivamente (1). »

Colini, el erudito editor de la obra capital de Boggiani, en la interesante y bien informada monografía que ha incluido a modo de apéndice, ratifica esta práctica: « Quando il malato moriva ad una grande distanza dal cimitero, — dice, refiriéndose a los mbayás — per non portare alla tomba il suo cadavere in putrefazione, usavano di avvolgerlo con una stuoia, sospendendolo ad un ramo finché si fosse disseccato: dopo di che lo portavano al sepolcro di famiglia » (2).

Esta práctica, difundida entre los diversos pueblos salvajes, no ha sido

(1) GUIDO BOGGIANI, *Etnografía del Alto Paraguay*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XVIII, página 616, Buenos Aires, 1897. (Las palabras que aparecen en bastardilla están en esa forma en el texto original.)

(2) G. A. COLINI, *op. cit.*, página 333.

exclusiva, entre los chaqueños, de los caduveos y sus antepasados. Dobrizhoffer atribuye costumbres análogas al pueblo que tan profundamente estudiara : « Gli Abiponi spogliavano delle parti molli le ossa dei guerrieri caduti in guerra, le avvolgevano con una pelle e le portavano a casa sopra un cavallo, facendo spesso un viaggio superiore a 200 leghe. Ma se i nemici incalzavano e li obbligavano a lasciare i cadaveri sul campo di battaglia, i parenti facevano ricerca delle ossa alla prima occasione e non riposavano finché non le avessero trovate, esponendosi a qualsiasi fatica e rischio per adempire questo dovere (1). »

Peleschi, durante su larga estada entre los matacos, pudo enterarse de la realización de prácticas análogas : « Se sigue que aún cuando un individuo haya muerto fuera del territorio van los parientes y los habitantes de la toltería a buscar sus restos para reimpatriarlos y darles sepultura : mas como eso de arrastrar un cadáver sería cosa algo más que sería para gente que marcha a pie, y que muchas veces tiene que andar centenares de kilómetros, por lo tanto esperan a que el cadáver haya perdido las carnes y en ese estado transportan los huesos... Cuando sobreviene la muerte, si es de mañana, en esa misma tarde, y si es de noche, en la mañana siguiente, colocan el cadáver dentro de un hoyo : mas no lo tapan, únicamente le echan ramas por encima, a fin de que no puedan servir de pasto a los tigres, a los perros, ni a las aves de rapiña. Concluída la descomposición, o lo queman como he dicho, o lo tapan con tierra definitivamente (2). »

Un explorador sagaz y minucioso, Julio Koslowsky, pudo observar costumbres parecidas durante sus arriesgadas andanzas por el alto Paraguay : « Pasando ahora a las ceremonias y costumbres en la inhumación de sus muertos — dice, hablando de los bororós, — he podido saber que el entierro no se lleva a cabo inmediatamente, sino cuando ya comienza la putrefacción. » Y más adelante agrega : « El entierro que practican es sólo provisorio, hasta que desaparece la carne ; después exhuman el cuerpo, limpian los huesos y adornan el esqueleto con plumas y uruzú, enterrándole luego definitivamente en canastas de hojas de palmera o en bolsas con dibujos hechos de piel de jaguar. Los bororós de Descalvados dejan ahora enterrados a sus difuntos de uno a dos años antes de proceder a la inhumación definitiva y empleando siempre como envolturas, en ambos entierros, pieles de jaguar. No ha mucho tiempo, estos mismos indios efectuaban la exhumación pocas semanas después del entierro para limpiar los huesos de la carne que aún quedara adherida (3). »

(1) DOBRIZHOFFER (citado por COLINI, *ibidem*).

(2) JUAN PELLESCI, *Los indios matacos y su lengua*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XVIII, página 207, Buenos Aires, 1897.

(3) JULIO KOSLOWSKY, *Algunos datos sobre los indios bororós*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo VI, páginas 398 y 399, La Plata, 1895.

Steinen tuvo la fortuna de presenciar, « desde el principio hasta el fin » una ceremonia de esta índole, entre otras agrupaciones de bororós: « El primer entierro — dice — tiene lugar al segundo o tercer día, cuando ya la putrefacción excluye toda duda sobre la muerte del individuo. El entierro se efectúa en el bosque, cerca del agua, y después de quince días se le descarna teniendo entonces lugar la fiesta principal, cuyo objeto es el adorno y embalaje del esqueleto. » Describe luego la complicada ceremonia y añade: « La mandíbula inferior del muerto fué untada primeramente de urucú, por los jóvenes que se hallaban en el medio del cuarto (1). » Continúa relatando el complejo aderezo del cráneo y la exótica pompa de su « bendición », y más adelante narra el arreglo del resto de los despojos: « Todos los huesos fueron untados uno por uno con urucú; el fémur, húmero, radio, tibia, la pelvis separada en dos partes, las costillas, tarsos, carpos hasta la última falange del pie (2). » Y termina explicando su enrevesado embalaje, hasta que el fúnebre bulto es llevado a su definitiva sepultura.

He abundado en ejemplos acerca de prácticas de inhumación secundaria, en pueblos próximos a la cuenca paranaense a fin de vincular — por medio de un elemento eficaz de caracterización — el pueblo que estudiamos a determinadas agrupaciones étnicas.

No conozco ninguna fuente histórica en que se atribuyan prácticas análogas a los aborígenes que habitaban, dentro de nuestro territorio actual, las márgenes de los grandes ríos litorales. Sólo habría que exceptuar una vaga noticia de Lozano acerca de los charrúas: « También cargan con los huesos de sus parientes difuntos a donde quiera que se mudan, haciéndoles el amor muy leve esa carga hedionda (3). » La cual, además de no referirse a la misma costumbre — pues se trata en realidad de la traslación del enterratorio de la tribu al nuevo *habitat* — carece de toda confirmación, y ha sido rechazada por los autores que se han ocupado especialmente de ese pueblo (4).

VINCULACIONES ÉTNICAS

Zeballos atribuyó a la « fameuse race guaraní », los restos que extrajera del « túmulo » de Campana, cometiendo así un error, disculpado

(1) Acerca de la preparación de la pasta de Uruçú, confróntese GUIDO BOGGIANI, *I Cadmei*, página 111.

(2) Karl von den Steinen (citado por KOSLOWSKY, *Algunos datos, etc.*, pág. 400 y sigs.).

(3) PEDRO LOZANO, *Historia de la conquista del Paraguay. Río de la Plata y Tucumán*, tomo I, página 408, Buenos Aires, 1874.

(4) JOSÉ H. FIGUEIRA, *Los primitivos habitantes del Uruguay*, página 24, Montevideo, 1894; ORESTES ARAÚJO, *Historia de los charrúas y demás tribus indígenas del Uruguay*, primera parte, página 99, Montevideo, 1911.

ble en su época, pero tan evidente hoy que sería inocente refutarlo (1).

Ambrosetti, después de estudiar el material obtenido en Goya, se pregunta : « ¿ Quienes fueron estos artistas perdidos a través de los siglos? ¿ Quienes supieron con tanta habilidad dar a las cabezas que modelaron esa expresión de vida que presentan? ». Y luego, muy acertadamente, se echa a buscar entre las agrupaciones aborígenes del litoral, alguna cuyos sentimientos artísticos puedan demostrar una afinidad con los antiguos autores de las esculturas zoomorfas. « Haciendo el inventario de todas ellas — dice — se recuerda una que casi no deja lugar a dudas. Me refiero a los payaguás, hoy casi del todo extinguidos y cuyos últimos representantes viven aún en los suburbios de la ciudad de la Asunción del Paraguay, comerciando en objetos de su fabricación. » Y cita, luego, en apoyo de su tesis, la opinión de un buen conocedor del Chaco, el coronel Luis Jorge Fontana, transcribiendo de su obra *El gran Chaco*, la siguiente referencia : « No puede dudarse que estos indios son los más hábiles de esta región, porque todavía los conceptuamos más industriosos que los *Chiriguanos*; son los *verdaderos y solos artistas* del Chaco, los únicos que practican trabajos de *escultura en barro cocido* o en madera representando figuras humanas. » De ahí concluye : « Por estos datos creo que los Paraderos que nos ocupan han pertenecido a indios de la nación Payaguá en una época anterior a la conquista española, y sobre todo, lo que hace mas fe en mí, es que tanto los payaguás como los habitantes de los Paraderos vivían de la caza y de la pesca, siendo ambos artistas (2). »

No estaba mal rastreada, sin duda, la filiación. La aptitud artística es uno de los rasgos diferenciales más netos y permanentes que pueda presentar un pueblo primitivo. Es por eso tanto más de lamentar que el malogrado maestro cometiera la ingenuidad de agregar — llegando hasta a darles mayor importancia — ciertos caracteres totalmente inocuos.

Valióle esto una enérgica réplica de Outes : « Es evidente que el profesor Ambrosetti llega a esa solución utilizando elementos de juicio desprovistos en absoluto de valor probatorio. La caza, la pesca o tal cual vago paralelismo en las manifestaciones de la vida psíquica, son simples términos generales perfectamente vacuos (3). »

Justa es, sin duda, la crítica, pero excesiva, por cuanto a los pueriles caracteres que Outes desecha, agregaba Ambrosetti otros muy atendibles : la

(1) Justo es recordar, sin embargo, que dos años después de la aparición de la mentada comunicación de Zeballos a la *Revue d'anthropologie*, Ameghino ponía, ya, en duda esa atribución (Conf. FLORENTINO AMEGHINO, *La antigüedad del hombre en el Plata*, pág. 371, París, 1880).

(2) AMBROSETTI, *Los paraderos*, etc., página 418 y *passim*. (Las palabras que aparecen en bastardilla están en esa forma en el texto original.)

(3) OUTES, *Nuevo jalón*, etc., página 64.

capacidad artística de los payaguás, que el propio crítico pusiera en evidencia, en otra oportunidad⁽¹⁾; y, lo que es más interesante aún, la evidente analogía entre las cerámicas zoomorfas que estudiamos y las que elaboraban los bravos corsarios que se extinguieron pacíficamente en los suburbios de la capital paraguaya.

Luego, Outes, apoyándose principalmente en la práctica de decorar alfarerías por medio de impresiones de cordelería, vincula los autores de las hermosas esculturas que estudiamos, con los mbayás, cuyos descendientes actuales, los caduveos, conservan dicha modalidad técnica y, además, « fabrican objetos zoomórficos (sic) de metal y modelan en sus alfarerías a los animales que los rodean »⁽²⁾.

El fundamento de esa hipótesis es de indiscutible solidez. Una modalidad tecnológica tan curiosa, es un rasgo de individualización precioso; máxime cuando se sabe que de los aborígenes que habitaban la cuenca del Paraná, sólo fué practicada por las referidas agrupaciones étnicas.

Faltaba, empero, comprobar la universalidad del procedimiento a fin de que su valor probatorio fuera absoluto. Mas, como lo tengo dicho, el análisis del material que estudio nos lleva a conclusiones negativas. Los habitantes de los paraderos de las márgenes del Malabrigo no desconocieron la aludida técnica decorativa⁽³⁾, pero su uso parece haber sido de excepción; entre el numeroso conjunto que hoy publico no se ha registrado una sola pieza decorada por medio de incrustaciones de cordelería.

Haciendo abstracción de este factor — así debilitado, — creemos que los otros invocados por Outes, acerca de las manifestaciones plásticas de los caduveos no aventajan a los de la misma índole, aducidos por Ambrosetti con respecto a los payaguás.

Corresponde, entonces — en nuestra opinión, — considerar otros elementos de juicio que permitan resolver el problema en favor de una u otra hipótesis; ya que es indudable que payaguás y caduveos son los únicos pueblos litorales capaces de la creación plástica.

La tarea no es difícil.

Los payaguás nos son bien conocidos. Ateniéndonos, por simplificar, a la fuente más autorizada, sabemos, por testimonio del minucioso Aguirre, que los alcanzara todavía en una época de relativo esplendor, que era éste un pueblo eminentemente canoero, que hizo del agua su medio de acción y su fuente de recursos, y así resultó epónimo para el río que sirviera de teatro a sus hazañas.

(1) OUTES, FÉLIX, F., *Los asuntos decorativos bíblicos en los objetos de ceremonial pagano payaguá*, en *Anales del Museo nacional de Historia natural de Buenos Aires*, tomo XXVI, páginas 383 a 401, Buenos Aires, 1915.

(2) OUTES, *Nuevo jalón*, etc., página 65.

(3) Conf. APARICIO, *Nuevos hallazgos*, etc., página 25 y siguientes.

No posee, por cierto, el Malabrigo — ni pudo poseer en la época que los aborígenes habitaron sus márgenes — el caudal necesario para sustentar un pueblo de navegantes; y que los antiguos pobladores hicieron poco caso del río nos los prueban: primero, el escaso número de residuos de pesca encontrados entre los desperdicios de su cocina, productos de caza, casi en su totalidad; luego, como lo tengo dicho en el capítulo pertinente, la costa fué el lugar menos habitado de los paraderos, al paracer sólo se la utilizó como sitio de fabricación de alfarerías. Concuerta esta observación con un informe de Aguirre, acerca de la elaboración de cerámica entre los payaguás: «... la tierra propia abunda en las orillas del río, después de una corta capa de arena (1)»

El alejamiento del río y la ictiofagia excepcional serían ya argumentos decisivos para desechar la filiación payaguá de aquellos moradores, pero, a mayor abundamiento, agregaremos el de su curiosa costumbre funeraria que el ilustre demarcador relata así: « En el modo de enterrar varían algo las naciones; unos los dejan con la cabeza fuera del sepulcro de pie derecho; otras con el medio cuerpo afuera, y otras les ponen o lo largo. Los payaguás acostumbran el primero, en una isla que está próxima llamada de San Francisco costa arriba... » (2). Azara nos da una información concordante, pero aún más precisa: « Allí enterraban antes sus difuntos — dice refiriéndose a los cementerios de los payaguás — en pie, dejando fuera la cabeza cubierta con una olla de barro; pero como los tigres se los comiesen hoy los entierran enteramente con sus flechas y pequeñas alhajas (3). »

Bastaría la eliminación de una de las dos hipótesis, para que la otra subsistiera notablemente reforzada. Pero se robustece, aún más, si tenemos en cuenta que a la interesante modalidad técnica que Outes descubriera — no despreciable, sin duda, a pesar de que en Malabrigo sólo aparezca, excepcionalmente — y a las otras afinidades que él señalara, agréganse ahora las prácticas funerarias observadas en el curso de nuestras investigaciones, cuya analogía con las de los caduveos y sus antepasados los guaycurúes, creo haber puesto de manifiesto con el apoyo de las opiniones más autorizadas (4).

(1) *Diario de Aguirre*, página 354.

(2) *Diario de Aguirre*, página 358.

(3) AZARA, FÉLIX de, *Geografía física y esférica del Paruquay y Misiones Guaraníes*, en *Anales del Museo nacional de Montevideo*, sección histórico-filosófica, I, pág. 357, Montevideo, 1904. Con ligeras variantes reptese esta información en la obra capital del eminente español: *Voyages dans l'Amérique Méridionale*, París, 1809.

(4) Me he limitado en esta breve disquisición a compulsar las opiniones vertidas en los trabajos que tratan, especialmente, de la cultura caracterizada por representaciones plásticas. Eludo, pues, de intento, las afirmaciones que, accidentalmente, formula el doctor Torres en su citada obra. En el párrafo destinado al estudio de « Industria y Artes » — parte etnográfica — se refiere el doctor Torres a la cerámica con « ornamentación pintada en

Conclusiones

Resumiendo las consideraciones formuladas, podemos concretar el resultado de nuestras investigaciones, en la siguiente forma :

1° Los yacimientos arqueológicos de la margen derecha del río Malabrigo, están constituidos por « restos de médanos recientes, consolidados », que los aborígenes utilizaron para establecer su *habitat* y sus enterratorios, al amparo de las crecientes (Frenguelli) ;

2° Los restos de industria encontrados en la remoción consisten, casi exclusivamente, en fragmentos de alfarería. Destácanse, en primer lugar, las bellas esculturas zoomórfas y antropomórfas; las cuales, en su inmensa mayoría, formaron parte integrante de vasos, sirviéndoles de asas u ornamento. Como sujetos preferidos para la concepción de estos adornos, adviértese una marcada preferencia hacia los psitácidos. Son dignas también de especial mención las asas tubulares, que parecen constituir un resto peculiar de esta cultura. Muy rudimentario y escaso el instrumental de piedra; el de hueso, falta en absoluto ;

3° Los restos humanos denotan siempre una inhumación secundaria — posterior al desprendimiento de los tejidos blandos — efectuada sin orden alguno ;

4° Los residuos de cocina demuestran que la caza fué el principal sustento de los pobladores del paradero; consumieron también abundantes

rojo, negro y blanco » y sostiene que « no sería aventurado indicar como probable el origen *Chaná* y *afines* de esta industria ». (TORRES, *Los primitivos*, etc., pág. 452.) Ambrosetti que fué quien primero descubriera ese tipo de restos, y presentara la descripción completa de los yacimientos en que se encuentran, con todas sus características e inventario del instrumental, lo atribuyó a un pueblo que « seguramente y casi fuera de duda ha sido guaraní » (J. B. AMBROSETTI, *Los cementerios prehistóricos del Alto Paraná*, en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. XVI, pág. 251, Buenos Aires, 1895). Probablemente ha incurrido Torres en este error por seguir las opiniones de Figueira (conf. : JOSÉ H. FIGUEIRA, *Chanás*, en ORESTES ARAÚJO, *Diccionario geográfico del Uruguay*, pág. 222, Montevideo, 1900). Posteriormente Outes ha demostrado (OUTES, *El primer hallazgo*, etc., pág. 276) que fué acertada la filiación que diera Ambrosetti, y cuáles fueron las causas del error de Figueira.

Volviendo a nuestro autor, ocurre que al efectuar la exégesis de su vasta producción, no vacila en atribuir a « pueblos chanás y afines » los « restos de cerámica con ornamentación plástica y pintada, zoomórfica y antropomórfica » (TORRES, *Los primitivos*, etc., pág. 573). Tan elemental es el error que involucra esta lamentable confusión, que pone en evidencia un desconocimiento total del problema que se propone dilucidar. No podría, pues, referirme a las opiniones de mi severo crítico sin someterlas a riguroso examen, y ello podría hacer sospechar que existe, de mi parte, el preconcebido propósito de atacarlo. Por eso he creído más oportuno eludir las, ya que ellas han sido formuladas de un modo accidental.

moluscos, pero su ictiofagia fué casi excepcional. Ningún indicio permite suponer que practicaran la agricultura ;

5° Cronológicamente, pueden considerarse esos yacimientos como pertenecientes a una época precolombiana, dada la falta absoluta de todo vestigio de influencia europea, así en los restos faunísticos, como industriales ;

6° Étnicamente, considero a los antiguos habitantes de los paraderos estudiados, como pertenecientes al grupo Mbayá-Guaycurú, antepasados de los actuales caduveos.

Francisco de Aparicio.

Paraná, septiembre de 1923.



BIBLIOTEC